

Estudios



MonLeón

50 cts.

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí mencionados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Se envía el Catálogo General gratis a quien lo solicite.

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicarse que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NÚMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA, Y 8 PESETAS PARA LOS DEMÁS PAÍSES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR. Apartado 158. — VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

CONOCIMIENTOS ÚTILES

EDUCACION E HIGIENE

	En rústica	En tela
El exceso de población y el problema sexual , por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor	10	12
Enfermedades sexuales , por el doctor Lázaro Sirlin. Segunda edición	1	
Medios para evitar el embarazo , por G. Hardy. Segunda edición	3'50	5
La mujer, el amor y el sexo , por Jean Marestan	1	
Educación sexual de los jóvenes , por el doctor Mayoux. Segunda edición	2	3'50
Amor sin peligros , por el Dr. W. Wasroche. Segunda edición	2	3'50
Generación consciente , por Frank Sutor. Embriología, por el doctor Isaac Puente ...	1	3'50
El veneno maldito , Dr. F. Elosu	1	
Eugénica , por Luis Huerta	2	
Libertad sexual de las mujeres , por Julio R. Barcos. Cuarta edición	3	4'50
El a b c de la puericultura moderna , por el doctor Marcel Prunier	1	
El alcohol y el tabaco , por León Tolstoi. La maternidad consciente. Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza , por Manuel Devaldés	1	
La educación sexual , por Jean Marestan...	2	3'50
	3'50	5

Sexualismo libertario (Amor libre), por E. Pagán

	En rústica	En tela
La educación sexual y la diferenciación sexual , por el doctor Gregorio Marañón... ..	0'50	
Lo que debe saber toda joven , por la doctora Mary Wood	1	2'50
Educación y crianza de los niños , por Luis Khune	0'75	
Camino de perfección , por Carlos Brandt. La expresión del rostro , Luis Khune ...	2	3'50
	18	

NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRITICA

Gandhi, animador de la India , por Higinio Noja Ruiz	1'50	3
Como el caballo de Atia , por Higinio Noja Ruiz	5	6'50
La que supo vivir su amor , por Higinio Noja Ruiz	4	5'50
Hacia una nueva organización social , por Higinio Noja Ruiz	2	3'50
El botón de fuego , por José López Montenegro	3	4'50
Un puente sobre el abismo , por Higinio Noja Ruiz	2	3'50
La muñeca , por F. Caro Crespo	1'50	
La desocupación y la maquinaria , por J. A. Mac Donald. Segunda edición	1'50	3
La vida de un hombre innecesario (La policía secreta del zar) , por Máximo Gorki. El año 2000 , por Edward Bellamy	2	3'50
La conquista del pan , por Kropotkin ...	2	3'50
	1'50	3

A los lectores y amigos de ESTUDIOS

Sin duda parecerá increíble que haya individuos capaces de estafar a una publicación como ESTUDIOS, cuya labor utilísima y desinteresada es bien conocida.

Hasta que la realidad nos ha tocado tan de cerca, no hemos podido suponer que hubiera quien, denominándose a sí mismo *compañero*, fuera capaz de aprovecharse de nuestra buena fe y de corresponder a ella tratando de apuñalar traidoramente a estas páginas, sostenidas a costa de tantos sacrificios.

Sin embargo, la situación creada a esta Revista por las deudas de los paqueteros morosos ha llegado a un extremo tan insostenible, que nos obliga a plantear la cuestión ante los lectores y amigos de ESTUDIOS, con el fin de ver de hallar una solución con ayuda de todos.

Para que se conozca la situación angustiosa que motiva estas líneas, vamos a dar una relación de estos morosos, con la cantidad que adeuda cada uno, advirtiendo que en esta relación no figuran aquellos quienes nos consta que no han podido pagar, a pesar de su buen deseo, por enfermedad u otras causas ineludibles. Los que figuran en ella son sólo los más desaprensivos, muchos de los cuales cumplen fielmente con otras editoriales burguesas.

A pesar de no figurar todas las deudas, nuestros lectores podrán comprobar que el total de las anotadas supone un déficit de 7.287'75 pesetas. Este déficit, para una publicación como ESTUDIOS, sostenida sin base de capital alguno y sin más ingresos que el pago de sus ejemplares, constituye un lastre enorme que amenaza su vida de una manera irremediable, precisamente cuando más necesaria y útil es su labor en medio de la desorientación ideológica existente.

Para aminorar este déficit solicitamos de todos una pequeña ayuda, un pequeño esfuerzo, que por pequeño que sea constituirá para nosotros un estímulo altamente apreciable.

Esta ayuda puede consistir en comprarnos un libro o buscar un nuevo suscriptor.

Si cada uno pone de su parte la pequeña ayuda que supone el comprar un libro o el buscar un nuevo suscriptor para ESTUDIOS, estamos seguros que salvaremos el obstáculo enorme que supone su déficit y podrá alcanzar esta Revista el nivel de superación cultural y ética que demanda el momento presente.

Esperamos de todos este pequeño e inmenso favor.

LISTA DE MOROSOS

	<i>Pesetas</i>		<i>Pesetas</i>
ABLAÑA, El Rollo (Oviedo), Nazario Alvarez ...	17'30		
ABLAÑA (Oviedo), Laudelino Rodríguez ...	20'90		
AGAETE (Canarias), Manuel Jiménez Hernández ...	12'—		
ALCAZARQUIVIR (Marruecos), Lucio González Díaz ...	37'70		
ALGECIRAS (Cádiz), Cristóbal Gamboa, librería ...	23'50		
ALICANTE, Gregorio Baeza ...	154'20		
ALMADEN (Ciudad Real), Agustín Gallego Segura ...	121'05		
ALMANSA (Albacete), Julián López Ruano, librería ...	24'15		
ALMANSA (Albacete), Pedro Martínez, librería ...	30'15		
ALMANSA (Albacete), Diego Sáez Villaescusa ...	15'30		
ALMANSA (Albacete), Antonio Tarín, empleado ferroviario ...	48'—		
ALMENDRALEJO (Badajoz), Faustino Portero Barreda ...	12'—		
ALMUDEVAR (Huesca), Alberto Bueno ...	39'40		
AREQUIPA (Perú, S. A.), Armando Rivera, librería ...	108'55		
AYAMONTE (Huelva), Antonio de los Reyes, librería ...	26'—		
BADALONA (Barcelona), Francisco Martínez ...	19'70		
BERJA (Almería), José Salmerón Martín ...	9'85		
BILBAO, Felipe Aboitís ...	12'20		
BILBAO, Victoriano Balbás ...	15'—		
BUENOS AIRES (Argentina), Antonio Almadén, librería ...	21'—		
	767'95		
		<i>Suma anterior</i> ...	767'95
		BUENOS AIRES (Argentina), Emilio A. Alvarez ...	25'55
		BUENOS AIRES (Argentina), José Coma ...	63'50
		BUENOS AIRES (Argentina), Eugenio Navas ...	255'05
		BUÑOL (Valencia), José Perelló ...	47'20
		CABEZA DE BUEY (Badajoz), Eugenio Capilla ...	16'—
		CADIZ, José Egea Ortiz ...	32'—
		CADIZ, Pedro Muñoz de Arenillas ...	12'—
		CADIZ, Vicente Ballester ...	14'75
		CADIZ, Antonio Peña Pérez ...	47'50
		CALAHORRA (Logroño), Julio Díaz, kiosco ...	17'05
		CARMONA (Sevilla), Leónidas Roldán García, librería ...	14'25
		CARTAGENA (Murcia), José Alcaraz, kiosco ...	20'—
		CARTAGENA (Murcia), José Lorente ...	83'15
		CASTELLON, Antonio Bellmunt ...	39'10
		CEUTA (Marruecos), Miguel D'Lom, kiosco ...	106'—
		CIEZA (Murcia), Fructuoso Martínez ...	40'90
		COCENTAINA (Alicante), Juan Agulló ...	28'95
		COCENTAINA (Alicante), Salvador Martí, encuadernación ...	72'85
		CONCORDIA (Argentina), Cantalicio Santos ...	32'40
		CORDOBA, Manuel Numancia, puesto de periódicos ...	25'—
		CORDOBA, Diego Torralbo, kiosco ...	13'60
		DESIERTO ERANDIO (Vizcaya), Benigno Martínez ...	11'90
		ELCHE (Alicante), Mariano López Jiménez ...	46'20
			1.832'85
	<i>Suma y sigue</i> ...	<i>Suma y sigue</i> ...	1.832'85

	Pesetas		Pesetas
	1.832'85	Suma anterior	3.496'—
ELDA (Alicante), José Tortosa	81'50	PUENTEGENIL (Córdoba), Rafael Tiviño	16'—
EL FERROL (Coruña), Manuel Iglesias, Librería Cervantes	95'75	PUERTO MAR DEL PLATA (Argentina), José Ujaldón	34'90
FERNAN NÚÑEZ (Córdoba), Martín Álvarez	66'30	QUITO (Ecuador, C. A.), Luis F. Torres, Librería Horizontes	88'25
GATA DE GORGOS (Alicante), Miguel Mulet Monfort	12'—	REUS (Tarragona), Modesto Hortaneda	31'—
GENERAL PICO (Argentina), Isidro D. Martínez	63'—	RONDA (Málaga), Pedro Cañamaque Aguilera	27'80
GENERAL PICO (Argentina), Juan Ferrini	151'40	ROSARIO (Argentina), L. Gornotti Eyzaguirre	59'—
GERONA, Jaime Gelis	28'50	ROSARIO (Argentina), Ulpiano Pérez	83'85
GRANADA, Domingo Campaña	107'55	ROSARIO (Argentina), Bernabé Villena, G. Pro Prensa	95'25
GUADIX (Granada), Mariano García Hortal, librero	17'30	SAHAGUN (León), Ventura Fuertes, kiosco	25'90
HOMESTEAD (U. S. A.), Juan Bais Ayala	79'65	SALLENT (Barcelona), Vicente Flotats	26'60
HUESCA, Inocencio Castañ, librería	71'—	SAMA LANGREO (Oviedo), José García Banciella	57'80
JAEN, Sabas Lechuga	74'55	SAN CUGAT DEL VALLES (Barcelona), Francisco Martínez	48'80
JAUJA (Perú, S. A.), Máximo Pecho, librería	96'65	SAN FERNANDO (Cádiz), P. Luciano Cañavate, librería	57'20
JEREZ DE LA FRONTERA (Cádiz), Miguel Gener, librería	48'—	SAN JUAN (Argentina), Saturio Pina	31'30
LANUS (Argentina), Biblioteca Popular	69'70	SAN JUAN (Argentina), Bautista Platero	59'40
LAS PALMAS (Canarias), Francisco González López, librería	20'—	SAN PEDRO (Argentina), Vicente Perrone	41'50
LEBRIJA (Sevilla), Antonio Ruiz González	22'45	SANTA CRUZ DE TENERIFE (Canarias), Juan Pedro Ascanio	52'75
LERIDA, Juan Qui	34'75	SANTANDER, Antonio Solana	267'95
LIMA (Perú, S. A.), Agencia Geo	102'95	SANTA POLA (Alicante), Manuel González	23'55
LOS ANGELES (U. S. A.), Lorenzo Hernández	215'95	SANTIAGO (Chile, S. A.), Quiterio Chávez Utrera, librería	79'25
LOS ANGELES (U. S. A.), M. Flores Cabanillas	241'—	SAO PAULO (Brasil, S. A.), Francisco Aroca	182'90
MALAGA, José de Avila, Centro de Suscripciones	29'10	SAO PAULO (Brasil, S. A.), Miguel Collado López	28'90
MATARO (Barcelona), Juan Campany, Centro de Suscripciones	20'—	SEO DE URGEL (Lérida), Juan Pallerola, tienda	27'05
MEDINA RIOSECO (Valladolid), F. Iglesias Salvador, imprenta	40'60	SHELBY HUARON (Perú, S. A.), Edilberto Párraga	18'—
MEDINA-SIDONIA (Cádiz), M. Moreno, Librería Española	15'15	SUECA (Valencia), Camilo Albert	10'90
MEJICO (Centro América), Martín Rodó, librería	59'60	TANGER (Marruecos), Juan Mestre, G. Pro Cultura	18'90
MIERES (Oviedo), Perfecto Benito	36'—	TARRAGONA, Pablo Salvat Figuerola	10'—
MISLATA (Valencia), Enrique Belloch	93'45	TOCINA (Sevilla), José Ramos Martos	13'—
MONCADA (Valencia), Ateneo de Divulgación Social	76'25	TORRELAVEGA (Santander), José Ceballos	100'—
MONZON (Huesca), Joaquín Sotos, imprenta	20'15	TRES ARROYOS (Argentina), Domingo Lahourcade	106'70
NEW YORK (U. S. A.), Librería Cervantes	16'—	TUCUMAN (Argentina), Gregorio F. Fernández	103'45
NEW YORK (U. S. A.), I. A. Pérez, Librería Intuición	85'70	TUDELA VEGUIN (Oviedo), Nicanor Rodríguez	20'—
OLIVA DE JEREZ (Badajoz), Plácido Gata Barrero	16'65	TURON (Oviedo), Enrique Fernández Zapico	26'60
LOT (Gerona), Fermín Adelantado	112'50	UTRERA (Sevilla), Tomás Martínez	57'45
OVIEDO, Jacinto Blanco García	47'65	VALENCIA, Heliodoro Andrés Hernández	21'60
PALENCIANA (Córdoba), Ant.º Linares Castro	28'50	VALENCIA, Manuela Coca, puesto periódicos	89'55
PARADAS (Sevilla), Manuel Fernández	12'—	VALENCIA (Grao), Ateneo Racionalista	46'05
PARIS (Francia), J. Gondol, Librería Universal	36'25	VALENCIA, Juan Serra Villó	305'80
PETREL (Alicante), Francisco Bernabeu	61'35	VALLADOLID, Arturo Herrero	134'55
PUEBLA CARAMINAL (Coruña), Federico Díaz	30'—	VICH (Barcelona), José Ginestet Puigvi	16'—
PEÑARROYA PUEBLONUEVO (Córdoba), José Rubio	92'70	VILLANUEVA MINAS (Sevilla), Juan Cano Trujillo	34'25
PUENTEGENIL (Córdoba), Antonio Navarro	17'60	VINAROZ (Castellón), Sebastián Forner	78'25
		ZARAGOZA, Enrique Gracia, agente de librería	154'—
Suma y sigue	3.496'—	TOTAL	7.287'75

Al mismo tiempo que publicamos los nombres de los morosos, quienes contribuyen a matar cuanto de digno y útil pugna por abrirse paso entre la estulticia y la indiferencia general, cumplenos también patentizar desde este mismo sitio nuestro más sincero agradecimiento a nuestros corresponsales y suscriptores que cumplen debidamente en sus pagos, a cuya valiosa y entusiasta cooperación debemos la difusión y el éxito de ESTUDIOS.

De ellos, y de todos cuantos de buena fe consideran eficaz y provechosa la labor educativa e ideológica de estas páginas, esperamos un pequeño esfuerzo para contrarrestar el peso del enorme déficit contraído.

¡Lectores, suscriptores, corresponsales, amigos todos! ¡ESTUDIOS espera vuestra ayuda!
¡COMPRAD UN LIBRO! ¡BUSCAD UN NUEVO SUSCRIPTOR!

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

— Diciembre

Año XI 1933
Núm. 124

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158. — VALENCIA

Actualidad

Dionysios

«¿Qué va a pasar aquí después del 19 de noviembre?», se pregunta casi todo el mundo.

A mí me parece bien claro lo que va a pasar. Tendremos un fascismo de derechas o de izquierdas. En el fondo, tanto da. Tan idiota será si es de izquierdas como si es de derechas. Ya sé que esta opinión me valdría, de aparecer antes de las elecciones, el ser acusado de confabulación con las derechas, o algo semejante: de estar vendido a la reacción, por ejemplo. Los pobres hombres que hacen la campaña electoral izquierdista en periódicos y mítines no tienen otra cosa que decir de los que nos reímos de su tontería, tan absoluta como la de sus congéneres de la derecha. Por otra parte, como ellos están a disposición del primer postor, no se explican que haya quien no esté vendido a alguien.

Tendremos, como digo, un fascismo de izquierdas o de derechas, es decir, de Largo Caballero o de Gil Robles. A no ser que los españoles que se ganan la vida honestamente con su trabajo, esto es, la gran mayoría, se cansen de una vez de todos, de los de la izquierda y de los de la derecha, que en fin de cuentas son iguales, y los mande a paseo. Es la única esperanza que nos queda a todos los que apenas podemos resistir ya el asco que nos inspira la cada vez mayor indecencia de la política.

Indecencia que sale a flote, con más desnudez que nunca, en días como estos en que escribo. Esto es, en vísperas electorales.

Aparte de los lugares comunes a que ya aludí en mis notas del número anterior, y de las frases huecas, sin pepita, ¡qué diluvio de estupideces, de desvergüenzas! Un hombre honrado enrojecería para toda la vida si se viera en trance, por cualquier circunstancia, de decir la mitad de las cosas que dicen los aspirantes a diputados y sus corifeos. Los únicos que se explica tengan algún interés en la política, en la indecencia que es la política. Los primeros, porque, salvo rarísimas excepciones, no tendrían otro modo de vivir que el de ser diputados; los segundos, porque tampoco tendrían otro modo de vivir que el que los diputados les facilitan. ¿Qué sería de... (ponga aquí el lector el nombre de muchos de los que serán diputados cuando estas líneas se publiquen) si no fueran diputados? ¿Qué sería de los que a estas horas hacen la propaganda de las candidaturas, si los candidatos, una vez diputados, no les empleasen aquí o allá? A esto, nada más que a esto, se reduce toda la política. Y por esto, sólo por esto, se lanzan en periódicos y mítines tantas estupideces y tantas desvergüenzas, cuando no algo peor, es decir, todo eso que si un hombre honrado se viese en trance de decir, por cualquier circunstancia, le haría enrojecer para mientras viviera.

* * *

Aquel escritor tan enemigo de la fuerza física en cualquiera de sus aspectos, tan idea-

lista, tan humanitario, a Gabriel Alomar me refiero, ha acabado presidiendo, en compañía de Mussolini, un combate de boxeo. Siempre me sonó a falso el idealismo, el humanitarismo de Alomar. Siempre me pareció todo lo que escribía superficial. Tanto, que hacía ya mucho tiempo que no le leía. Todo su lirismo, toda su animadversión a la fuerza física me parecía hojarasca. Nada fácil de digerir, por otra parte. Hay escritores indigestos; los más; pero pocos hasta tal punto como el supuesto idealista Alomar. Su libro sobre el futurismo, por ejemplo, calificado de lírico por críticos complacientes, es sencillamente pesado como el plomo. Y hueco, esto es, superficial, como sus columnas de prosa periodística. Me place la comprobación que el mismo Alomar ha dado de que no me engañaba al juzgar falsos su idealismo, su humanitarismo, su lirismo; porque de que su forma de expresarlos era pesada, no tenía duda alguna.

* * *

Lo que más ha escandalizado a los periódicos, de la fuga de March, es que un empleado de prisiones le haya puesto en libertad por humanitarismo. Se explicarían perfectamente que March hubiera comprado a uno o varios carceleros para que le libertaran; pero que uno de éstos, por sentimientos de humanidad, le haya abierto las puertas de la cárcel, no se lo explican. Lo primero es admisible; lo segundo, no. ¿A dónde iríamos a parar por ese camino? No está mal que un millonario compre a un carcelero para que le liberte. Es un delito imperdonable que no medie compra, que le baste al millonario inspirar compasión para verse libre. Sobre todo, si se tiene en cuenta que del primer modo sólo podrían salir de la cárcel los millonarios, y que del segundo modo es fácil que obtuvieran también la libertad algunos desgraciados. ¿Verdad, señores periodistas?

* * *

¿Se publicarán estos comentarios? Vuelvo con esto a mi primera nota. Esto es: al fascismo que está a las puertas, si los españoles honestos no mandan a derechas e izquierdas a paseo. No es fácil que suceda esto, por desgracia. Temo, pues, lo otro, tanto, que

repito mi pregunta: «¿Se publicarán estos comentarios?» Si he de decir lo que pienso, creo que no, tanto si el fascismo que se instaure es de derechas como si es de izquierdas. ¡Ojalá me engañe!

Lector:

No deje de adquirir el magnífico Almanaque de ESTUDIOS para 1934. En el hogar de todo hombre culto debe figurar este hermoso almanaque de pared que le recordará las fechas más memorables para la libertad y el progreso humanos. Sólo vale 25 céntimos.

INFANCIA EN CRUZ

Por Gastón Leval

Es este un libro impresionante y trágico, que rebosa dolor y amargura, y en el cual su autor narra su niñez atormentada por la crueldad incomprensible de la propia madre.

Cuesta trabajo admitir que esta obra es el relato fiel de una vida. Admitir que una madre sea capaz de hacer sufrir con tal refinamiento a la carne de su carne, se hace muy duro y echa por tierra lo que tantas veces se ha dicho y repetido acerca de la santidad y abnegación de las madres.

Sin embargo, no cabe duda que es el trasunto fiel de una realidad dolorosa y terrible lo que en esta obra se relata. Se adivina el dolor íntimo que sufre su autor al escribir tan tremenda acusación contra su propia madre, y se comprende que nadie sería capaz de escribir tan amargas verdades si, como Gastón Leval, no lo hiciera inspirado en el propósito noble de procurar la redención del niño y la liberación del hombre.

«Podréis discutir —arguye Leval— si se tiene o no derecho a decir estas verdades: censurarme, escupirme. Todo me será indiferente, si ello sirve para salvar a los miles de niños que llevan una existencia maldita, de golpes y sufrimientos horribles. Contra una injusticia, se manifiesta la opinión, se protesta. Pero, y a los niños martirizados cruelmente durante quince años, ¿quién los defiende? Y ¿quién les quitará más tarde el puñal que toda su vida se removerá en su corazón, siempre retorcido de angustia y de dolor? ¡Escribo para ellos! ¡Hay que salvarlos!»

Precio, 3 ptas.; encuadernado en tela, 4'50.

La barbarie organizada

F. R.

Los progresos de la técnica moderna de los armamentos

El desarrollo de la técnica, durante los diez primeros años posteriores a la guerra, ha dado como resultado un cambio sorprendente en la cantidad y en la calidad de las fuerzas armadas en todos los países. No cabe duda alguna de que en tales cambios han influido no poco, tanto los motivos políticos como la experiencia adquirida durante la conflagración mundial.

La transformación más importante realizada en los armamentos de la postguerra consiste en la aparición, en vasta escala, de nuevos medios mecánicos de combate, a saber: aviones, autos blindados, tanques, cruceros rápidos y submarinos.

La aviación

El aumento cuantitativo en la aviación queda plenamente demostrado con sólo repasar las cifras que transcribimos, relativas al número de aviones de guerra de que disponen, en tiempo de paz, Inglaterra, Estados Unidos y Francia:

1914	1923	1926	1930	1932
310	2.200	2.900	5.200	5.500

Pero la labor armamentista no se ha limitado a aumentar el número de aviones, sino que, al propio tiempo, hase procurado perfeccionarlos; así, la velocidad de un avión de caza ha pasado, de los 225 kilómetros por hora que podía alcanzar en 1918, a 370 en 1932; la velocidad de un avión de reconocimiento, que era de 200 kilómetros hora, es, actualmente, de 320, y los grandes aeroplanos de bombardeo, verdaderos gigantes del aire, cuya potencia es fantástica, alcanzan en nuestros días velocidades de 250 kilómetros por hora contra 150 que era el máximo en 1918. La carga posible que pueden transportar las grandes flotas aéreas se ha elevado de las 40 toneladas a 1.800.

En la actualidad se están realizando trabajos intensísimos, que, según los técnicos, van por buen camino, para lanzar un modelo de avión dirigido por medio de la radio.

El enorme desenvolvimiento de la aviación ha planteado, por lo que respecta a la guerra aérea, nuevos problemas, como el de la participación en el combate de grupos aéreos independientes, especie de escuadra

aérea de unos 600 a 1.000 aparatos. Es de todo punto interesante saber que el ministro italiano del Aire, Italo Balbo, discípulo del general Douav, estima que la aviación puede decidir las victorias y resolver todos los problemas de guerra: los aparatos de bombardeo, al destruir los centros industriales del enemigo, así como todas sus fuerzas armadas de tierra y mar, son, por sí solos, capaces de dar fin a una contienda. Será también la aviación la que se apoderará del territorio enemigo, asegurando, por medio del desembarque aéreo, de importantes contingentes de tropas, el éxito conseguido por las escuadrillas aéreas.

En 1932, durante las maniobras de defensa del ejército norteamericano en las islas Hawai, la flota aérea realizó el tema táctico que se le había asignado, consistente en destruir la flota naval enemiga; en las maniobras militares francesas de 1932, efectuáronse operaciones de descenso de tropas; y Alemania, aunque el Tratado de Versalles limitara su armamento, se prepara asimismo, indudablemente, mediante ensayos aéreos que la capaciten para la guerra futura. Como una prueba convincente de lo que puede ser la batalla aérea, merece citarse la novela fantástica de Helder *Guerre aérienne en 1936*, recientemente aparecido en francés, y que, aunque no lo parezca, contiene en realidad más pasajes verídicos que de pura fantasía. De otro lado, el escritor inglés Fuller escribe: «Las fuerzas aéreas son el medio de combate más poderoso que puede «saltar» por encima del ejército y de la flota enemigos y combatir desde detrás del frente, sistema más eficaz que un ataque. La voluntad del pueblo podrá contrarrestarse, también, mediante el empleo de gases esparcidos por los aviones.»

Tanques y autos blindados

Los tanques aparecieron en los campos de batalla hacia fines de la Gran Guerra, pero su utilización no se había difundido. Actualmente todos los ejércitos hallanse dotados de gran cantidad de esos carros de asalto. Así, por ejemplo, en una división americana de infantería, que antes carecía de estos elementos de combate, van anejos 24 tanques; el ejército francés, que en tiempo de paz cuenta con 2.000 tanques, puede triplicar esta cifra en un mes, en caso de guerra.

Exactamente como en el caso de los aviones, los tanques, a la par que se multiplicaban, perfeccionábanse; su velocidad, que en terreno llano era de 5 a 6 kilómetros por hora y en los campos de batalla de 2 a 3,

hase elevado ahora a los 30 y 40. Algunos modelos recientes, como por ejemplo el «Cristi» 1932, pueden alcanzar los 100 kilómetros por hora en orugas, y los 150 sobre ruedas solas; el radio de acción —alejamiento de la base—, que en un principio era de 50 a 60 kilómetros, es hoy de 300 a 500. Las chapas blindadas, que, inicialmente, tan sólo protegían a los tanques contra el fuego de fusiles y ametralladoras, pueden preservarle, ahora, de los obuses de la artillería. Se ha llegado a un enorme progreso en cuanto al poder de penetración, pues los tanques pueden franquear fosos de dos a cinco metros, obstáculos verticales de un metro a 1,50 m., y ascender por pendientes inclinadas hasta 45°.

Existen tanques anfibios, con los cuales es posible atravesar lagunas y ríos. Y en estos momentos se está estudiando la creación de aerotanques, transportados por aviones, y de tanques «saltadores» que puedan vencer los mayores obstáculos.

En el ejército americano, el número de máquinas guerreras con motor ha ascendido, de 40.000 en 1918, a 200.000 en 1930.

El auge alcanzado por los autos blindados y los tanques ha creado el problema de la motorización de los ejércitos, que actualmente se efectúa mediante la creación de importantes unidades motorizadas, las cuales reciben el nombre de «concentraciones de ataque», y pueden cargar al enemigo de fondo, es decir, realizar incursiones en su retaguardia y trasfrente en una extensión de más de cuatrocientos kilómetros.

Fusiles y artillería

Casi todos los medios combativos de antes se han transformado cualitativamente. Las tendencias predominantes en tales cambios son: el aumento de la potencia de tiro, el empleo de medios automáticos —fusiles semi-automáticos, ametralladoras automáticas, cañones automáticos—, acrecentamiento del alcance y de la exactitud en el blanco, perfeccionamiento de los transportes y la movilidad de las instalaciones.

Si la velocidad de disparo de un fusil fué y continúa siendo de diez o doce tiros por minuto, el fusil semi-automático dispara 60 tiros por minuto, y la pistola ametralladora de Thomson (Estados Unidos) puede hacer 400 disparos. La pistola de Gast, que es del mismo tipo que la anterior, pero con doble cañón, es capaz de disparar 2.000 tiros. La ametralladora cenit de Krauss, para avión, también tiene una potencialidad de 2.000 tiros por minuto. La velocidad práctica de una ametralladora en acecho era, en 1918, de 200 disparos por minuto, y las de gran calibre alcanzaban los 300. Estas cifras han sido rebasadas en estos últimos años y se disparan 300 y 400 tiros respectivamente para cada modelo de ametralladora. El alcance se ha aumentado también considerablemente, pues la ametralladora de acecho lanza sus balas a una distancia de 3.000 metros, en vez de 1.500 que era el máximo diez años atrás. La ametralladora cenit de Hotchkiss alcanza los 6.000 metros.

Por ejemplo, en 1914-18, las divisiones de infantería de las naciones beligerantes contaban de 18 a 24 ame-

tralladoras ligeras. En 1932, una división en pie de guerra había de estar dotada de 144 a 255 ametralladoras de esta clase.

Merced al empleo del apuntaje óptico, de las medidas de distancia y de los instrumentos que permiten disparar en posición resguardada, el fuego de las ametralladoras ha decuplicado su eficacia.

En todos los ejércitos se ha creado una artillería pesada de reserva, dependiente del Estado Mayor —alrededor del 30 % de toda la artillería— que se destina a utilizarla en el momento de las operaciones decisivas.

La Marina de guerra

Después de la guerra mundial, la Armada marítima ha sufrido importantes transformaciones. El aumento de la flota de las cinco grandes potencias: Inglaterra, Estados Unidos, Japón, Francia e Italia, puede observarse analizando los siguientes datos:

Categoría de barcos	1922	1927	1932
Acorazados	63	63	63
Portaaviones	7	14	23
Cruceros contem.	35	89	320
Contratorpederos de escuadra contem.	437	502	830
Submarinos	153	265	466

La tendencia del aumento se fija, principalmente, en los acorazados ligeros tipo «Washington» y en los submarinos, lo cual evidencia que la preparación de la guerra tiene como base la soberanía mundial y el alcanzar la hegemonía de las rutas marítimas que unen las metrópolis con sus colonias.

El aumento en desplazamiento de los barcos de distintas categorías de tonelaje medio, es el siguiente, en toneladas:

	Acorazados de línea	Cruceros de línea	Cruceros rápidos	Contra-torpederos de escuadra	Submarinos
1914 ...	19.000	20.000	4.000	500	450
1923 ...	29.000	29.000	5.000	1.000	700
1932 ...	30.000	32.000	5.000	1.500	1.000

La superación del calado posibilita el acrecentar la potencia de las máquinas y del armamento general del navío.

La potencia de los motores, en H. P., es la siguiente:

	Acorazados de línea	Cruceros	Contra-torpederos de escuadra	Submarinos
1918 ...	36.000	40.000	38.000	1.100
1932 ...	56.800	130.000	50.000	7.600

Estudios

El aumento en la potencia de las máquinas permite acelerar la velocidad:

Velocidad en millas marinas (cada milla 1'74 km.)

	Cruceros	Contratorpederos de escuadra	Submarinos
1926 ...	32'0	33'0	16'0
1932 ...	47'7	42'0	20'0

De suerte que al alcanzar mayor velocidad, los navíos extienden su radio de acción:

Radio de acción en millas marinas

	Cruceros	Torpederos de escuadra	Submarinos
1918	4.000	2.400	8.000
1932	10.000	4.000	10.000

	Acorazados de línea	Cruceros de línea
1913	6.920	540
1932	9.548	990

Después de la guerra se ha desarrollado enormemente la técnica de los torpedos. Se ha inventado uno de éstos que puede ser dirigido, por medio de la radio y de una manera autónoma, hacia el barco que se desea hundir.

El aumento de las materias explosivas en la deflagración de los torpedos (en kilogramos):

	Contratorpe- deros	Cruceros rápidos
1913	360	360
1932	1.500	1.000

Además, la Marina de guerra ha visto acrecida con un nuevo tipo de navíos portaaviones que pueden transportar más de cien aeroplanos.

Las cinco grandes potencias marítimas del mundo, tenían, en 1932, dieciséis portaaviones cada una, desplazando un total de 301.756 toneladas.

Los efectivos

Por mucho que haga la burguesía con objeto de reemplazar al hombre por la máquina, puesto que sabe que aquél, «reunido en masa no es, políticamente, seguro», no ha logrado todavía su finalidad.

Si, en fuerza igual, la cantidad de combatientes disminuye a causa del empleo de nuevas máquinas guerreras, el número de ejércitos, en cambio, aumenta.

De suerte que aquello del «caballero acorazado», es decir, la creación de un ejército poco numeroso pero

dotado de los más perfeccionados pertrechos es, por ahora, un sueño irrealizable.

Así, pues, el número de combatientes (en millares) en los ejércitos que citamos, en tiempo de paz, puede compararse como sigue:

	Italia	E. U.	Japón	Francia	Ingl.	Total
1913 ...	827	267	264	213	275	1.846
1930 ...	275	383	390	439	206	1.145
1933 ...	724'3	281'8	491'4	325'5	300	2.193

Como puede observarse, el número de soldados, en tiempo de paz, en los ejércitos de las cinco grandes potencias del mundo era, en 1930, superior en 300.000 hombres al de 1913-14.

Y las reservas, que en los mismos países sumaban de siete a ocho millones de hombres en 1914, rebasaron en 1930 los veinte millones.

* * *

Si las pérdidas de la pasada guerra imperialista ascendían, en los países beligerantes, a más de nueve millones de muertos y a cerca de diecinueve millones de heridos, las bajas en la futura contienda ultraimperialista se contarán por docenas de millones, víctimas entre las que habrá mujeres, niños y ancianos, habitantes de aldeas, pueblos y ciudades muy alejadas del frente de batalla, pero destruidas o castigadas por bombardeos aéreos; sin contar con que el hambre, la compañera inseparable de las guerras, diezmará poblaciones enteras, y, además, las horribles epidemias provocadas por la guerra bacteriológica culminarán la obra de aniquilamiento.

* * *

Todos los datos recogidos nos permiten suponer que, en la conflagración venidera, la descomposición revolucionaria de los ejércitos se realizará aceleradamente. Los círculos militares de alta graduación, los Estados Mayores de todos los países, se dan perfecta cuenta de semejante peligro, y de ahí sus esfuerzos por suplir al hombre por la máquina y la multitud de precauciones que se están tomando.

Una de éstas consiste en reforzar los cuadros castrenses mediante la incorporación de oficiales de academia, representantes de las castas privilegiadas, y por la graduación de los parías que se prestan a representar el papel de lacayo.

La acumulación de efectivos estratocráticamente preparados se asegura, en tales ejércitos, por conducto de las sociedades llamadas deportivas y otras no clasificadas.

Si en 1913 el ejército francés contaba, en todos sus contingentes, con un 34 % de profesionales —suboficiales y soldados reenganchados—, esta cifra, en 1930, rebasaba el 50 % y en la actualidad se calcula ya en un 60 %. De otro lado, la preparación de la «carne de cañón dócil» hállase asegurada por la creación de innumerables organizaciones fascistas, fuerzas de guerra disimuladas, que desempeñan un importantísimo papel en la

La libertad individual ante la Medicina

Isaac Puente

El sentimiento de libertad, como cualquier otra facultad humana, es susceptible de desarrollarse por el cultivo y de atrofiarse por una educación deformadora. Pero, ante todo, el respeto que nos merecen ciertos mitos, o la autoridad que concedemos a ciertas instituciones, nos hacen aceptar voluntariamente y de buen grado las limitaciones que en nombre suyo se nos imponen. Para decirlo más concretamente, la obligatoriedad de la vacuna antivariolosa es acatada por la generalidad de las gentes como una medida salvadora, y, por tanto, no llegan a sentir menoscabada con ello su libertad, ni sienten siquiera la comezón de rebelarse contra tal medida. Ello es debido al respeto que se tiene a la Medicina y al prestigio de que goza la Sanidad; en una palabra, la creencia en un mito.

Porque cuando tal no sucede, como le ocurre al naturista; cuando se ha perdido la fe en la Medicina oficial y se sabe que la vacuna no tiene la inocuidad ni siquiera las ventajas que se le atribuyen, sino que representa un modo de impurificación humoral y un intento de deformar a la Naturaleza, entonces es cuando se siente la dignidad herida y cuando la obligatoriedad subleva nuestro sentimiento de libertad y cuando la rebeldía busca todos los caminos para no sucumbir a la prueba o para anular sus efectos.

preparación militar de los habitantes de los respectivos países.

En Inglaterra, por ejemplo, la preparación militar superior y la Escuela de Cadetes, aseguran, conjuntamente, la instrucción de 100.000 hombres por año. En Italia existe una milicia fascista de 300.000 individuos. Y en Alemania es de todos sabido que los «nazistas» están desarrollando enormemente la preparación militar de los teutones.

Empezamos por partir de este postulado: Ni la Ciencia médica ni la Sanidad oficial pueden alardear de infalibles. Por el contrario, puede acusárselas, con sobra de argumentación, de que siguen un camino equivocado, tanto en curar las enfermedades como en tratar de prevenirlas.

Y esto sentado, nos creemos obligados a protestar contra la tendencia progresiva de la Sanidad oficial, a imponer limitaciones y restricciones a la libertad individual.

Además de la vacunación antivariólica, obligatoria cada siete años, se trata de obligar a la vacunación antituberculosa de los recién nacidos, con la vacuna de Calmette y Guérin, no obstante lo incierto y enigmático de sus resultados, y a pesar de la tragedia de Lubeck, de la que se hizo eco la prensa, y cuyas numerosas defunciones han sido atribuidas a una deficiente preparación de la vacuna. Pero además, y con motivo de epidemias, se obliga a la vacunación antiftífica, que también es obligatoria en el ejército, se pretende imponer también la antigripal y la antidiftérica, y a este paso, cada individuo habrá de recibir, como si se tratara de un fichero, ocho o diez vacunaciones diferentes, que dado su efecto pasajero, habrá necesidad de repetir cada cinco o cada diez años.

En Alcira, donde se le veneraba a Ferrán, fué vacunada toda la población con la vacuna antialfa, de pretendida eficacia antituberculosa, que no ha sido confirmada por la experimentación, pero que se sigue usando en inclusas y asilos.

Se pretende también hacer obligatoria la declaración de ciertas enfermedades, como por ejemplo las infectocontagiosas, y hasta su tratamiento médico. En Francia, la Institución Grancher tiene un personal de enfer-

meras y médicos visitantes encargados de despistar a los enfermos tuberculosos, con el propósito de apartar a los niños de su contacto, los cuales son alejados del hogar y puestos al cuidado de familias sanas de la campiña. Con parecida afición a la fisgonería, se incuba entre el personal sanitario la creación de una policía sanitaria encargada de hacer registros domiciliarios y reconocimientos corporales, especie de cacheos sanitarios.

Se habla de establecer el delito de contagio venéreo, el certificado médico prematrimonial, la investigación de la paternidad, la hospitalización obligatoria y cien intervenciones más, que son otras tantas asechanzas contra la libertad del individuo.

El régimen hospitalario se confunde por entero con el de cuartel. El manicomio es bastante más horrible que un presidio. Las leproserías y los asilos parecen más un lugar de cumplir condena que un cobijo amable o que un lugar de curación.

Todas estas incursiones en lo sagrado de la personalidad y en la integridad de nuestro organismo, gravitan sobre el individuo inerte, quien no tiene otra garantía contra la extralimitación o contra el abuso, que la supuesta honradez profesional del médico. Tal supuesta honradez ha recibido ya más pisadas que una estera, y en más de una ocasión ha amparado la reclusión manicomial de un desgraciado.

No podemos menos de aceptar una limitación a la libertad del individuo. Nuestro derecho a padecer una enfermedad termina allí donde exponemos a los demás a padecerla. De igual modo que tenemos derecho a tomar el sol, pero no hacer a los demás sombra. La libertad de uno termina allí donde comienza la de otro. Pero el procedimiento que la Sanidad oficial sigue para evitar este abuso, es mil veces peor que el abuso mismo. Pase que se obligara al enfermo contagioso al aislamiento; pero pretender imponer a todos, a los receptivos y a los inmunes, a los cuidadosos de su salud y a los dilapidadores, a los que comulgan como a los que no comulgan con tales ruedas de molino, una vacunación como la antivariólica, esto raya en el límite de lo abusivo. Equivale a hundir una población para evitar el hundimiento de una casa.

Porque a lo que obliga la Medicina es precisamente a eso que quiere evitar: a padecer una enfermedad, que en el caso de la antivariólica no es ni siquiera natural.

El caso de la vacunación antivariólica merece un aporte de datos.

La viruela es una enfermedad epidémica de un gran poder de contagiosidad, pero que, no obstante, respeta a un buen número de individuos. Sólo se padece una vez, pues confiere inmunidad para toda la vida. Perteneció al grupo de las fiebres eruptivas (sarampión, escarlatina, rubéola, etc.), que atacan preferentemente a los niños; se padecen sólo una vez y equivalen a una influencia seleccionadora sobre la especie, pues sólo matan o dejan malparados a los niños débiles no preparados para las mil asechanzas de la vida. Se las atribuye, además, por la erupción que provocan, una influencia depuradora de la sangre.

Las cicatrices de la viruela, que han contribuido más que nada a hacerla odiosa, indican una infección secundaria de las pústulas o la falta de limpieza y de cuidados elementales de higiene. Reventando las vejigas de pus apenas formadas y lavándolas luego con una solución antiséptica, no dejan huella apreciable.

En Inglaterra, donde la vacunación no es obligatoria, las epidemias que se padecen son sumamente benignas y con una mortalidad insignificante.

Todavía no se conoce el germen productor de la viruela, y la enfermedad que produce la vacunación no es una viruela atenuada, sino una enfermedad propia del ganado vacuno, el cow-pox, de la que se contagian los ordeñadores.

La vacunación está lejos de ser inofensiva. Cuando prende, equivale a una enfermedad de casi tanta duración e intensidad como la viruela, aunque no se formen más vesículas que las producidas por la inoculación. Confiere una inmunidad pasajera que se calcula en unos diez años, siendo por lo tanto preciso vacunarse unas ocho o diez veces en la vida.

El efecto de la vacuna o la ausencia de la depuración orgánica, preservadora de otras enfermedades que se atribuye por algunos a la viruela, no está exenta de estragos. Equivalen a una deformación de la Naturaleza, que por desconocerla, no debiéramos tratar de perturbar. La tuberculosis encuentra mayor número de organismos en los que cebarse. Y aunque no puedan atribuírsele, después de la vacunación han aparecido dos enfermedades: la meningitis cerebroespinal y la encefalitis letárgica.

Los últimos instantes de Foción o el valor de la amistad

Han Ryner

El decreto que el pueblo había aprobado exigía que la ejecución de los condenados fuese inmediata. Así, éstos fueron encerrados en una sala cuyo único mobiliario consistía en una mesita, arrinconada en un ángulo, y un lecho bastante grande arrimado a la pared. Foción, al verlo, dijo, dirigiéndose a sus amigos:

—Sentémonos, y antes de que la insípida paz de la muerte se apodere de nosotros, saboreemos la paz del espíritu vivo.

Todos obedecieron a su indicación y sentáronse, pero ocupando tan sólo las extremidades del lecho y reservando a Foción el centro. Pero él, sin querer percatarse de ello, despojóse de su manto, lo extendió en el suelo y se sentó frente a ellos.

Un aura luminosa y que casi llegaba a ser una sonrisa, dulcificaba los rudos rasgos de su faz. Se disponía, sin duda, a pronunciar algunas palabras noblemente profundas. Pero el servidor de los Once entró en aquel mo-

mento llevando el mortero y las hierbas para confeccionar el brebaje. E, inmediatamente, comenzó a machacar la cicuta en la mesita del rincón. Al divisarle, Thudipo prorrumpió en llanto, y lamentábase de que toda su virtuosa vida hubiese sido una sucesión de infortunios. Injuriaba a los atenienses, quienes, añadiendo una nueva injusticia a las muchas que le habían infligido los hombres y el destino, le condenaban a morir con Foción. Entonces, como sucede a menudo, el noble orgullo que sostenía al héroe exteriorizóse con cierta soberbia:

—Procura ostentar dignamente la gloria de morir con Foción—dijo éste.

Thudipo, ruborizándose, se mordió los labios para contener sus gemidos. Pero continuó sollozando en silencio y, de vez en cuando, un suspiro mal comprimido se escapaba de su pecho.

Foción continuó:

—Hoy van a desaparecer los últimos hom-

No tiene nada de científico el mirar las enfermedades desde el punto de vista limitado del profesionalismo. La Sanidad está obligada a tener una preocupación por las consecuencias y resonancias lejanas que pueden tener sus intentos de enmendar la plana a la Naturaleza. Sabemos que una enfermedad se previene con una vacuna, pero ignoramos las consecuencias que en la salud ulterior del sujeto puede tener esa vacunación. Sabemos que gracias a la vacunación se ha conseguido ver desaparecer las epidemias de viruela, pero estamos lejos de poder decir que eso se ha conseguido sin quebranto para la raza y para las generaciones venideras. Por desgracia, en Medicina son frecuentes esta clase de aleccionamientos. A conse-

cuencia de la magnitud del estrago producido, se viene en conocimiento de que un tratamiento tenido por excelente era un solemne disparate.

Y es que la Medicina debe revisar su concepto de la salud (véase en números anteriores de ESTUDIOS «Los dos conceptos de salud»), su concepto del terreno y su concepto de la Naturaleza, antes de pretender imponer normas rectoras y atentados a la libertad.

Quien cuida de su salud y quien tiene en gran estima la naturalidad de sus inmunidades y de sus defensas, ha de recibir por fuerza, con más indignación que un bofetón en el rostro, el insulto de unos microbios bajo su piel.

bres justos de Atenas. En verdad os digo que en modo alguno quisiera sobrevivirles. ¿Qué podría yo hacer en una ciudad en la que los jueces, ebrios de muerte o de cobardía, se truecan en esclavos de un rey extranjero? ¿Cuál sería mi situación en un país miserable en el que, desaparecidos vosotros, no quedaría ya ningún ser digno del glorioso nombre de ciudadano, y digno, sobre todo, del más grande y del más resplandeciente de todos los nombres: del de hombre?

Con la benevolencia profesional con que los asesinos legales acompañan sus crímenes, un magistrado le preguntó:

—¿Tienes algo que decirle a tu hijo?

Foción cerró los párpados un momento. Sus cejas, que se han hecho célebres por la manera de contractarse, frunciéronse todavía más. Mentalmente veía a Focus ebrio y titubeante. Recordaba a este amigo del vino y de las cortesanas. Divisaba a Focus que, aun en ayunas, realizaba gestos viles y adoptaba actitudes innobles; oía sus palabras que, aun cuando no las envolviesen los vapores de la embriaguez, olían a bajeza. Ganado por la repulsión, Foción sentía subir hasta sus entreabiertos labios una como invencible náusea y estas palabras de desaliento: «¿Qué puedo decirle, so pretexto de que es mi hijo, a un ateniense tan despreciable como los demás de este tiempo?» No obstante, penosamente, sofocó estas palabras de bilis. Contriñóse a una especie de sonrisa, y dijo:

—Le recomiendo que no guarde resentimiento alguno contra nadie por la injusticia que se ha cometido con su padre.

Luego, sin preocuparse del magistrado, continuó explicando a sus amigos:

—El resentimiento por una injusticia es un vino excesivamente fuerte que tan sólo pueden beber los hombres preparados. Embriaga a los débiles hasta inducirles a la venganza, que no es más que un tambaleo y una caída hacia una nueva injusticia. Razón tenía el gran Sócrates al decir: «Si infero un daño a quien me ha hecho mal, hago que en la tierra existan, por culpa mía, dos males en vez de uno.»

Y, después de un breve silencio meditativo, continuó:

—¡Sócrates!... Queridos amigos, vamos a morir igual que aquel gran sabio. Elevemos nuestras almas, si tenemos fuerzas para ello, tan alto como hizo subir él la suya.

Neocles hizo observar:

—Prodicos, el maestro de Sócrates, hubo

de beber, también, la cicuta. A menudo, al leer a Prodicos o cuando recuerdo su preciosa vida y su noble muerte, acuso a la posteridad de ser tan injusta como sus contemporáneos. ¿En qué puede ser inferior a Sócrates —de quien constantemente hablamos como un ser excepcional— aquel Prodicos del que jamás nos acordamos?

Hegemon respondió:

—Porque Prodicos era menos generoso. Cobraba por dar sus lecciones. Y puesto que cobró de por vida el precio de sus enseñanzas, no puede postularse, para él, nuestra admiración.

Pero Thudipo, mirando con rencor a Foción que le arrastraba en su caída, exclamó:

—Además, este Prodicos era muy orgulloso y excesivamente pedante... Nadie ha podido igualar la gracia familiar de Sócrates. Ni antes ni después que él ha habido quien poseyera la virtud de hacerse perdonar.

Hablaba Thudipo con una aspereza cada vez más agresiva y sus acusaciones eran casi directas. Ofendidos por la injuria que ello representaba para su querido amigo, Neocles, Pitocles y Hegemon comenzaron a platicar con Foción como si Thudipo no estuviese junto a ellos. Hegemon, que se hallaba al lado de aquél, apartóse de él y fué a ocupar un sitio al lado de los otros. Entonces Thudipo, amargado, se acurrucó en su rincón como la bestia perseguida se refugia en su cubil. Callóse un instante; pero al poco rato gritó:

—Si los dioses existen, que castiguen a los atenienses.

—¿No se castigan ya ellos mismos —dijo dulcemente Foción— privándose del hombre justo que fuiste siempre?

Y Hegemon concluyó:

—No permitas, ¡oh Thudipo!, que su injusticia aplaste por más tiempo tu espíritu justo y benévolo. El castigado serías tú, tú que jamás cometiste falta alguna.

Y esto diciendo se aproximó a aquel a quien hablaba, y el acento de sus palabras era dulce y afectuoso.

—¡Oh, Thudipo, hasta ahora digno de ser amigo del gran Foción!, no maldigas a nadie. Si aquel a quien maldigo es mejor que yo, me hago comparable a un Agnónidas o a un Melitos. Se trata de un individuo que vale menos que yo, mis maldiciones son peñaños por los que descendo hasta su cieno.

En aquel instante el servidor de los Once preguntó:

—¿A quién debo presentar la primera copa?

Hegemon y Neocles, tendiendo a la par sus manos ávidas, gritaron:

—¡A mí! ¡A mí!

Pero Thudipo, con una sonrisa crispada por un comienzo de odio, interrumpió:

—Si admiraseis como merece a Foción, dejaríais que él decidiese.

La sonrisa de Thudipo iba distendiéndose paulatinamente como una malicia infantil y como una pueril revancha.

Hegemon, ruborizándose, inclinó la cabeza. Y Neocles confesó:

—Tienes razón.

Luego, volviéndose hacia Foción, suplicó, con una voz húmeda de contenidas lágrimas:

—¡Oh tú, el mejor de los hombres!, permíteme beber primero; evítame las cuatro angustias de ver morir a los cuatro amigos a quienes más amo.

—Solicitas una cosa muy triste para mí y para éstos. Pero nada puedo negarte, como no te lo negué jamás, y, si nuestros amigos consistenten en ello, creo que puedes comenzar.

Foción trató de sonreirse como hubiera sonreído Sócrates y miraba satisfecho a Thudipo. Este, nuevamente encerrado en su desesperación, no apercibía ya nada de lo que acaecía en torno suyo. Si hubiese apercibido, en el rudo y severo rostro, bajo unas cejas que no sabían desfruncirse, aquella expresión que Foción creía ser una sonrisa, ¿hubiese recordado el fácil sonreír socrático?

Pero, ¿es cierto que jamás debe forzarse la inteligencia de los hombres? El discípulo de Xenócrates, intentando a su vez sacrificar a las Gracias y expansionar sus ásperos rasgos, ¿no se sublimizaba mediante la buena voluntad, y, en su derrota exterior, con el triunfo sobre sí mismo?

Cuando Neocles hubo apurado el contenido de la copa, levantóse, dobló su manto y fué a sentarse al lado de Foción.

—¿Volveremos a encontrarnos más allá?

—preguntó tomándole la mano.

—Así lo espero, y esta esperanza contribuye a embellecer el viaje.

Pero Thudipo intervino:

—Aunque creyese en los dogmas de tu primer maestro; incluso si, como Platón, viese en mi existencia actual el instante de una eternidad, lamentaría que las famosas

reminiscencias no se truequen jamás en recuerdos. Nadie, después de Pitágoras, se ha atrevido a proclamar: «Antes de ser Pitágoras fuí Etárides.» Así, pues, si volvemos a encontrarnos, ya en la otra vida, ya en nuestra próxima existencia humana, ¿qué interés puede tener el encuentro, si hemos de ser incapaces de reconocernos?

—Tampoco yo —aclaró Foción— espero poseer ningún recuerdo preciso. Pero aprecio por anticipado la bella reminiscencia que se llamará —que se llama ya ahora— amistad. Y mi afecto próximo logrará, sin duda, producirte algún bien.

Así, su plática, ya que no su sonrisa, imitaba la gracia ligera y amable de las palabras de Sócrates.

UNA OBRA DE GRAN UTILIDAD

LA ESFINGE ROJA

Por Han Ryner

Sin duda alguna, una de las mejores y más acabadas obras de este gran escritor de fama ya universal, es *La Esfinge Roja*. En ella plantea un problema de gran alcance social, al cual deberán hacer frente quizá muy pronto todos los hombres de conciencia libre: el problema de la guerra, única solución que el capitalismo, en su situación desesperada, trata de lanzar al mundo para salvar sus odiosos privilegios.

No puede seguirse ya considerando a los pueblos como a rebaños inconscientes, propicios a dejarse matar estúpidamente. La guerra es un crimen horrible, un asesinato brutal y odioso, aunque los tiburones de la Banca, de la alta política y los fabricantes de armamentos traten de disfrazarlo con los tópicos Patria, Civilización, Derecho, etc., para nutrir sus arcas, ávidas de oro.

Leed esta obra, de emoción y de belleza incomparable, inspirada en una nueva moral humana y más digna.

Precio, 3 Ptas.; encuadernado en tela, 4'50.

La compulsión religiosa y el instinto sexual

El matrimonio caldeo

S. Velasco

Las costumbres sexuales de los caldeos, a partir de la fecha histórica en que sus fastos fueron registrados en las tablillas de barro o en los bajorrelieves de sus monumentos, se caracterizan por dos aspectos netamente diferenciados uno de otro, aunque ambos considerados como legales, dignos y honrosos: la prostitución sagrada y el matrimonio.

Como quiera que la primera revestía caracteres especialísimos y se envolvía en los sutiles cendales de la religiosidad, adquiriendo formas insospechadas de refinamientos y ritualismos, nos ocuparemos de ella en último lugar, comenzando la descripción por el matrimonio que, como se verá, llevaba impreso el sello de los usos pretéritos y la indeleble huella de un primitivismo no muy lejano, si bien rápida y eficazmente superado. Subsistían, en las ceremonias matrimoniales caldeas, los rasgos que caracterizaran la implantación del vínculo en los primeros tiempos, tal cual queda reseñado en nuestros artículos precedentes, puesto que, así como el caldeo primitivo —y, en general, todo hombre en su estado prístino— apeló al recurso de las ofrendas y de los obsequios para atraerse buenamente a la mujer y supeditarla a su férula, los habitantes del imperio del dios Bel compraban a las mujeres que habían elegido como a compañeras del hogar.

Cierto que, bajo la orientación, a veces no desprovista de aciertos, de los sacerdotes caldeos, la compra de la hembra se fué haciendo menos brutal, perdió en salvajismo —que es tanto como decir que perdió su naturalidad— y adquirió formas especulativas al ser reglamentada y, lo que es curioso, santificada, pero no dignificó a la mujer.

Al promulgar Hamurabí sus leyes, reformó asimismo el procedimiento matrimonial,

puesto que al dar unidad al panteón caldeo, supeditando la grandeza de todos los dioses locales a la ingente magnificencia y a la todopoderosa tutela de Marduk, el dios de Babilonia, restó autoridad a Nirosh Salman, la divinidad fálica, aminoró las prerrogativas sacerdotales, restringiendo su poderío y poniendo coto a sus arbitrariedades. Pero no pudo, en modo alguno —tan arraigada estaba la costumbre en el alma popular— abolir completamente la compraventa de mujeres y menos impedir que el producto de la sustracción de las más hermosas sirviera para dotar a las menos agraciadas, o, dicho en otras palabras, para comprarles un marido a aquellas que, de otro modo, habrían permanecido en el celibato. Así, no es de extrañar que en el movimiento protestatario que surgiera al intentar Hamurabí anular aquel sistema matrimonial, se distinguieran en la oposición, de una manera vehemente, enérgica y hasta violenta, casi todas las mujeres del país (1).

Hamurabí, pues, hubo de concretar su reforma a simples medidas de higiene preventiva —el varón o la hembra atacados de enfermedades contagiosas no podían contraer matrimonio, o, en el caso de estar casados, les cabía recurrir al divorcio— y a una reglamentación todavía más estricta, limitando, además, el número de mujeres que podía tomar cada varón.

La ceremonia matrimonial tenía lugar cada seis lunas, precisamente en el día en que este astro brillaba en toda su plenitud. Presidía los festejos el rey en persona o uno de sus más altos dignatarios, y los matrimonios eran, por así decirlo, colectivos —Mussolini

(1) Ch.-F. Jean: *Les lettres de Hammourabi á Sîn-Iddinam*. París, 1913.

ha copiado, seguramente, su fiesta del «matrimonio en masa» de estos usos caldeos—. En el día señalado, y cuando el sol coronaba la cima de la «zigurath» —especie de santuario— de Nirosh, congregábase la muchedumbre en la gran plaza circular que estaba situada frente a la mansión real. Al pie de ésta levantábase una a modo de glorieta en la que resplandecía, a los besos ardientes del astro diurno, un trono de oro. En él se sentaba el rey, rodeado de sus ministros y de los sacerdotes, para presenciar la fiesta, en tanto que el jefe de sus eunucos sostenía un enorme parasol para que Febo no abrasara su augusta faz, y dos esclavos agitaban constantemente grandes abanicos para ahuyentar las moscas.

Unos diez codos por debajo del estrado real y cinco sobre el nivel del suelo, habíase erigido un tablado, a cada uno de cuyos lados se situaban dos heraldos cubiertos de riquísimas túnicas alegóricas en las que se veía un enorme falo de oro penetrando en una vulva plateada. Las mujeres que habían de ser puestas a la venta ocupaban el espacio intermedio entre aquellos individuos, que actuaban de «subastadores», y que se relevaban alternativamente según el número de hembras a pregonar —a veces más de sesenta—.

Las muchachas destinadas al matrimonio habían de presentarse en público, en aquella especie de escenario, completamente desnudas, aunque les estaba permitido realzar su belleza mediante algunos artificios, tales como untarse el cuerpo y la cabellera con ungüentos perfumados, teñirse las uñas con pasta de henné y enrojecer la palma de las manos, el pezón y parte de los senos con colorete. Para dar un tono rosado a las mejillas recurrían a un ingrediente vegetal de color verde que, al contacto con la piel, modificábase enrojeciendo, y no desdeñaban oscurecer sus párpados y prolongar las pestañas por medio de productos especiales.

Cuando todas las muchachas se hallaban presentes, uno de los heraldos daba la señal imponiendo silencio a los circundantes, y el Gran Sacerdote adelantábase hacia la multitud, exclamando:

«¡Oh fecunda divinidad!; ¡oh Señor de los misterios!; ¡oh tú, que rompes el himen de las vírgenes, dignate aumentar la familia de los súbditos de tu siervo, nuestro rey y soberano del mundo! ¡Oh Salman, haz que el desfloramiento de la nueva esposa se rea-

lice sin dificultades y que sus coitos sean prodigios en retoños de humanidad; multiplica en su cuerpo las señales de buen presagio! ¡Nirosh, tú que excitas los sentidos, deslumbrá la vista del esposo y haz zumbiar sus oídos! ¡Escucha, oh Salman, las rogativas de la esposa! ¡Oye, oh Nirosh, el deseo del marido! ¡Ayuda, Nirosh-Salman, la obra de la nueva pareja y que sea su mayor gloria una legión de hijos!» (1).

La muchedumbre repetía, en una como letanía monótona y persistente, frase por frase, la original y categórica plegaria del sacerdote. Terminada la invocación, uno de los subastadores tomaba de la mano a la más hermosa de las muchachas, y, avanzando con ella hasta situarse en primer plano, exclamaba:

«¿Quién desea adquirir a la más agraciada de entre las más bellas?»

Y comenzaba, así, la subasta, en la que, por grados, iban siendo otorgadas al mejor postor; primero, las más bonitas; luego, las que lo eran menos, y, finalmente, se ofrecían las feas, a las que, según la importancia de sus defectos, se asignaba una dote consistente en una, dos o tres vacas, procedentes, como hemos indicado ya, de lo que habían ofrecido anteriormente por las mujeres hermosas. Hamurabí, al respetar este sistema, ordenó, sin embargo, que en cada subasta los postores no podían adquirir más de una esposa, y aquellos que por su pobreza o avaricia habían de conformarse con una fea o se vendían a ella por el cebo de la dote, estaban incapacitados, durante todo el año, de adquirir ninguna nueva mujer.

Cada adquisición de esposa o de marido era registrada en los libros de la ciudad por los escribas, sentados al pie del tablado, y, luego, el contrato matrimonial había de formalizarse definitivamente mediante la adquisición de la «oliva sagrada» que, con fina arcilla, confeccionaban dos alfareros situados, uno, en la extremidad oriental de la plaza, el cual, provisto de un torno, trabajaba para la gente rica; y el otro, en la parte occidental, sin torno, a donde se dirigían los pobres. Ambos, sin embargo, realizaban idéntica operación, consistente en grabar en la arcilla oval los nombres de los contrayentes con la fecha de la unión.

(1) Han Ryner: *La tour des peuples*. París, 1919. François Martin: *Textes religieux assyro-babyloniens*. París, 1900.

¡Abaja la guerra!

*Un episodio
de la batalla de Custoza*

Edmundo de Amicis

De cuantos episodios de guerra he leído u oído, el que me ha hecho pensar más a menudo y con más detenimiento es el que me contó un valiente oficial que tomó parte en el mismo.

En la batalla de Custoza de 1866, no recuerdo si sobre las alturas de Montecroce o de otra colina, en una de aquellas alternativas de asaltos y contraasaltos, en las cuales las columnas de una o de otra parte se rompían en tropas desordenadas y en piquetes, algunos de los cuales iban errando por algún tiempo entre el humo, o se detenían uno o dos como perdidos, llegaron a la carrera sobre la cúspide, procedentes de las dos partes contrarias, dos puñados de extraviados italianos y austríacos, todos tan deprimidos por el can-

sancio, y tan extenuados, que en el acto mismo de verse se pararon unos enfrente de otros, como obedeciendo a la orden de sus jefes, reducidos a la impotencia absoluta de dar un paso más o de hacer siquiera un acto ofensivo.

Permanecieron los unos y los otros bajos los rayos ardientes del sol, chorreando sudor, con las bocas abiertas y los ojos fuera de las órbitas, anhelando horriblemente, y mirándose como estupefactos.

Apenas tomado aliento, uno de los austríacos, primero, después dos, después casi todos, metieron el dedo índice en el cañón del fusil y, sacándolo fuera, se lo enseñaron a los nuestros sin decir una palabra: ninguno tenía el dedo negro de pólvora. Aquel acto

Realizada esta formalidad, los esposos podían dirigirse a su hogar sin reparo alguno y se les consideraba legalmente unidos. No se precisaba, para el matrimonio, ninguna otra ceremonia especial ni era preciso que los recién casados visitaran el santuario de la divinidad. Tan sólo habían de ofrecer, para retribuir a los alfareros, dos tórtolas que debían ir encerradas en una jaula de madera de rosal, pero cuando no les era dable cumplir este requisito aceptábanse también otros animales: corderos, cabritos, etc., o bien joyas de un valor relativamente elevado, según se desprende de los grabados murales descubiertos no ha mucho en lo que fué templo de Bel (1).

El matrimonio caldeo, pues, si bien se rodeaba de cierta aparatosisidad, no revestía la forma complicada de una ceremonia sacramental, sino más bien el aspecto de un formalismo civil, por medio del cual se tendía a incrementar la población —las clases diri-

gentes fueron siempre enemigas de la restricción de la natalidad— y a facilitar, en la medida de lo posible, la satisfacción sexual a todas las hembras, por poco agradecidas que fuesen y aunque la Naturaleza las hubiese dotado de un defecto físico o de una deformación cualquiera.

Destaca asimismo, en la ceremonia, el naturalismo del lenguaje empleado por el sacerdote, y más aun resulta chocante, para una mentalidad de nuestro siglo, agobiado bajo el peso de una moral cristiana absurda y colusoria, el gráfico y categórico simbolismo del vestido usado por los heraldos. Ello hace suponer que aquellas gentes no velaron nunca a los ojos de la juventud el verdadero significado y empleo de los órganos sexuales, de suerte que nadie ignoraba el mecanismo del coito. Rudimentaria, si se quiere, podía ser la educación sexual de las muchedumbres de aquellos tiempos, pero el hecho de que las cuestiones referentes a la libido fuesen tratadas con tanta naturalidad y sin velajes de ninguna especie, es un alto exponente del amplio criterio de comprensión que animaba a las personas cultas de la época.

(1) Vincent Scheil y Dieulafoy: *Esagil ou le temple de Bel Mardouk a Babylone*. París, 1913.

¿Abundancia o escasez?

Gabriel Hardy

Unos cuantos amigos me escriben exponiéndome que no comparten integralmente mis puntos de vista. Afirman, razonablemente, que en el mundo no se cosechan sólo patatas y cereales y que, además, existen los productos cárneos y derivados. Evidentemente. Pero ello no prueba que tengamos suficiente carne, legumbres, fruta, queso, etc. Mi mayor placer consistiría en contestar con todo detalle a esos buenos amigos, pero el lugar de que dispongo en ESTUDIOS me lo impide y, para quien desee más amplitud de datos y explicaciones, remito al lector a mi obra *El exceso de población y el problema*

sexual, recientemente editada por esta Revista.

¡Hablemos de la carne!

Resulta tarea fácil formarse una idea de la parte o cantidad de carne que puede atribuirse, como consumo, a un individuo adulto varón para los períodos de tiempo examinados en mi artículo precedente.

Decíamos en el mismo que la población había pasado de los 530 millones de habitantes a los 630. Reduzcamos esta población, en la que están incluidos los niños, las mujeres y los ancianos en un cuarto, con el fin de asimilarla a un número aproximado de varones

quería decir: «No hemos disparado, no hemos matado, ¡no matéis!»

«Fueron pocos momentos —me dijo el oficial—, pero en aquel brevísimo tiempo, como se dice que ocurre a los naufragos antes de perder la conciencia, me cruzó por la mente un pensamiento lucidísimo, casi venido sobre una honda de otros pensamientos atropellados y fugaces, que no me expliqué sino más tarde a mí mismo. Cuanta piedad hacia el prójimo puede entrar en el corazón de un hombre que tenga la muerte en la garganta, entró en mi corazón en aquel punto. Pensé que aquellos soldados no nos odiaban, que ni siquiera sus otros compañeros de armas odiaban a nuestros compañeros; que no era aquella grandísima mayoría la que había querido semejante guerra; que todos sabían comprender la injusticia de la causa por la cual combatían, y que hubieran dado, a haber podido, la razón a nuestros potentes derechos, a la faz del mundo; que era, pues, en aquel caso, como en otros mil, una fuerza extraña al mayor número, al país verdadero, una lucha de orgullo de los intereses de unos pocos, lo que había lanzado a tantos miles de hombres a una guerra injusta e inútil; y, como un relámpago, me hirió la mente la idea de

que un día, con el impulso de la civilización, en aquel como en otros países, aquella fuerza habría sido vencida, porque las cuestiones entre los pueblos se resolverían por la libre conciencia de aquellas grandes muchedumbres, en las cuales no nace espontáneamente la ambición ni el odio inicuo, y que un encuentro terrible, miserable como aquel que yo veía, no sería ya posible entre criaturas humanas civilizadas. Todo esto fué como una visión instantánea; por una y otra parte hicieron desaparecer de los dos lados los piquetes, que se reunieron a sus respectivos cuerpos. El combate volvió a emprenderse, y acaso alguno de aquellos soldados, que al verse se habían ahorrado recíprocamente la vida, de lejos, sin verse siquiera, se mataran los unos a los otros.»

Este hecho me trae a la imaginación, cada vez que pienso en la guerra, el eco de una voz que repite obstinada y solemnemente, con acento de compasión profunda y casi de sobrehumana certidumbre, lo siguiente: «Sí, día vendrá en el cual, como dijeron aquellos pobres soldados austríacos a los soldados italianos, le dirá uno a otro pueblo: «¡Yo no mato, no me matéis!»

Estudios

adultos. Digamos, de paso, que el matemático Lagrange, al hacer estos cálculos reducía la población tan sólo en un quinto, de suerte que yo hago una concesión mayor. Supongamos, pues, que en el período de 1901 a 1910, existían 400 millones de habitante adultos, y en el de 1921 a 1930, 475 millones.

Veamos a continuación el número de animales criados en los países que estudiáramos, en millones de cabezas:

	1901 - 10	1921 - 30
Bovinos	243	277
Lanares	400	385
Porcinos	127	153

Admitiendo que, por término medio, todos esos animales tengan el peso aproximado que se adjudica a las variedades que producen mayor cantidad de carne, obtendremos, para cada buey, 255 kilos de carne aprovechable; para cada carnero, 20 kilos, y para cada tocino, 50 kilos. Partiendo de estas cifras resultará que, en millones de toneladas, había la siguiente cantidad de carne:

	1901 - 10	1921 - 30
De buey	54.700	69.250
De carnero	8.800	8.470
De tocino	6.350	7.650

Pero de tales cantidades no puede disponerse anualmente. Según *Aide-memoire de l'ingenieur agricole* (Vermorel), cada año tan sólo se sacrifica la quinta parte de la existencia de animales astados, la cuarta de la totalidad de carneros y la mitad de porcino. Así, pues, podemos disponer anualmente de la siguiente carne, en miles de toneladas:

	1901 - 10	1921 - 30
Buey	10.940	13.850
Carnero	2.200	2.100
Tocino	3.185	3.825
Total	16.325	19.775

Con ello se obtienen, como ración correspondiente a cada adulto varón, las cantidades siguientes:

	Por año, en kilos	Por día, en gramos
1901-10	40'8	115
1921-30	41'0	115

La ración reglamentaria que percibe cada soldado francés, en carne deshuesada y cruda, es de 300 gramos al día. En nuestros cálculos, los 115 gramos comprenden los huesos, los menudillos y los desechos.

Estamos muy lejos de vivir en la abundancia. Y téngase en cuenta que en nuestras estadísticas no entra ninguno de los países que, por sus condiciones peculiares de clima, etc., no pueden dedicarse a la cría de ganado, los cuales provocarían, indefectiblemente, una notable disminución de la parte insignificante que corresponde a cada ser humano civilizado.

¿Y el pescado? ¿Y los conejos, gallinas, caza y volatería general?», diréis vosotros. A ello argüiré que, reunidos todos esos animales, no lograrían acrecer en una décima parte la cantidad total de carne que hemos obtenido. No existe exceso de ningún producto alimenticio. Todo lo contrario.

FE DE ERRATAS.—En nuestro trabajo «*Abundancia o penuria*», publicado en el número anterior, se deslizó una errata de composición que queremos subsanar, aunque el buen juicio del lector ya lo habrá hecho. En el segundo párrafo, línea 9, decía: «...hay que reservar una cantidad apreciable para las hembras», debiendo decir «para las siembras».

ORIGEN Y DESARROLLO DEL TRABAJO HUMANO

Por Jorge Fr. Nicolai

El trabajo como maldición.—El trabajo específicamente humano.—El hombre primitivo no trabaja.—La primera esclavitud: Mujeres y Agricultura.—Igualdad de derechos.—Diferenciación sexual biológicamente adecuada.—La segunda esclavitud: Hombres y Oficios.—La influencia de los instrumentos.—Imprescindibilidad de los trabajos forzados.—La superfluidad del obrero.—Los siglos XIX y XX.—La máquina salvadora.—Resumen.

Precio, una peseta.

El número extraordinario y el Almanaque de ESTUDIOS para 1934

Nuestros lectores han de verse gratamente sorprendidos al recibir el próximo número de 1.º de enero, que, como todos los años, será extraordinario y verdaderamente selecto en texto e ilustraciones.

El de este año superará en todos conceptos a los anteriores, y estamos seguros de merecer la aprobación y el aplauso de todos. Tal número será una demostración de lo que ESTUDIOS podría ser si no tuviera que arrastrar el lastre enorme que supone el déficit causado por las deudas de los morosos.

Su precio será, como en anteriores años, el de UNA PESETA ejemplar, con el descuento acostumbrado para los corresponsales.

También el Almanaque para 1934 será notabilísimo, constituyendo una nota de buen gusto artístico y muy superado al anterior, con las efemérides de las fechas que más han contribuido al progreso humano y de aquellos hechos que por su importancia histórica merecen recordarse, en sustitución del santoral embrutecedor.

A pesar de ser este Almanaque muy superior al pasado, la mayor tirada nos permite ofrecerlo al módico precio de 0'25 pesetas, que es su coste estricto de confección, con el 20 % de descuento para los vendedores.

Los suscriptores directos de ESTUDIOS (únicamente los que tienen abonada su suscripción por adelantado a esta Administración) recibirán el Almanaque gratuito.

Tanto el extraordinario como el Almanaque suponen un alarde y un gran esfuerzo, teniendo en cuenta la situación creada a esta Revista por los morosos.

No obstante, confiamos en que cuantos consideran útil la labor de ESTUDIOS, nos ayudarán conquistando nuevos suscriptores y comprando libros.

NOTAS.—Los corresponsales recibirán conjuntamente tantos almanaques como ejemplares del extraordinario, advirtiendo que como la tirada es limitada, no se servirán más almanaques que ejemplares de dicho extraordinario.

Los suscriptores que antes del 25 del actual diciembre no hayan enviado por giro postal las 6'50 pesetas del nuevo año de suscripción, recibirán el número extraordinario a reembolso de 7 pesetas (6'50 por la suscripción, más 0'50 por gastos de reembolso), quedando así abonada su suscripción a ESTUDIOS por todo el año de 1934.

Educación y enseñanza

Emilio Littré

El compromiso actual que constituye nuestro sistema de educación y de enseñanza, lo he criticado por los resultados idénticos que da desde hace trescientos años en toda Europa. No entraré en la crítica teórica; me agrada más exponer el nuevo sistema tal como lo propone la filosofía positiva. No se trata de destruir, tarea demasiado fácil actualmente; es preciso indicar cada vez cómo se reemplaza. Este sistema comprende la educación y la enseñanza; sólo una situación revuelta, como es la de Occidente, permite la separación. La enseñanza debe fortificar la educación y no quebrantarla, y actualmente, lejos de fortificarla, la quebranta. Teniendo que llenar semejante condición es forzoso que las bases del sistema sean las ciencias, que, siendo incompatibles con toda teología y con toda metafísica, vienen a combatir incesantemente lo que la una y la otra afirman. Sólo se evitará la contradicción incorporando las ciencias a la educación; pero no las ciencias tal como se suponen, y tales como son en la actualidad, fragmentarias, incompletas, aisladas, especiales, pueden llenar esta gran misión, sino las ciencias sistematizadas por la filosofía positiva y reducidas a una sola ciencia. Gracias a una escala ascendente, que es a la vez verificada por la Historia y dada por las conexiones naturales, se va de lo más simple a lo más compuesto, de lo más general a lo menos general. Comenzando por las matemáticas se llega a la astronomía, de ésta a la física, de aquí a la química, de ésta a la biología y de la biología a la sociología. De esta manera el ciclo filosófico queda completo, y el que se instruye así conoce el mundo exterior, el hombre individual y a la sociedad. ¿Qué hay más que conocer sino las sugerencias ilusorias de la imaginación, que, creadora y omnipotente al principio, abandona cada vez más el sitio a las nociones positivas? Pero, ¿qué menos, si efectivamente se quiere tener una verdadera ciencia, una filosofía, es decir, una dirección para el corazón y para la inteligencia? Este fué el error, inevitable, sin duda, pero capital, de algunos de los últimos y más eminentes pensadores de la biología, Cabanis, por ejemplo, al suponer que todo conocimiento podía obtenerse del estudio del hombre individual. Este no es nada; la ley de la evolución continua está completamente fuera de la biología, la domina y sólo puede ser determinada por la Historia.

De aquí resulta la sexta y última ciencia o sociología, que abraza, desde luego, el conjunto de los fenómenos

naturales, suple definitivamente a toda teología como a toda metafísica e indica las condiciones de la nueva educación, sin caer en el desprecio de la teología, que colocando la enseñanza moral al salir de la primera infancia, no le da otro sostén que el de creencias constantemente amenazadas; ni en el desprecio de la metafísica, que pone la enseñanza científica elemental en la edad en que el joven, ya desarrollado, reclamaría las verdaderas instrucciones para entrar en la vida.

Paralelamente a la educación positiva se desarrolla una educación estética que, aunque subordinada, tiene una importancia capital. Por sólo esta subordinación, el arte puede recobrar el lugar que tuvo en las sociedades verdaderamente organizadas, en el paganismo y en el catolicismo. ¿Qué es en nuestras sociedades revueltas? Un placer, limitado por un lado a un pequeño número, y, por otro, desprovisto de su fin social. En este estado los espíritus se hacen inhábiles para sentir las producciones de los tiempos desaparecidos. Se recordará el desdén que en el siglo XVIII se sintió hacia Homero; pero la sociología, haciéndose la ciencia común de los pueblos, dispone a gozar la radiante *Iliada*, y renovando con las fuentes del conocimiento las de la imaginación, crea público para los artistas y artistas para el público.

Tal educación debe ser universal. Una educación restringida fué condición necesaria del régimen teológico que presidió el desarrollo inicial de la humanidad. Una educación universal es la condición no menos necesaria del régimen positivo, que tomará la dirección de las inteligencias. Tal es el progreso. En la remota antigüedad, en el orden pagano, el único alimento espiritual de los pueblos era la leyenda: la de Osiris e Isis o la de Júpiter y Neptuno. Más tarde, en el orden cristiano, además de que la teología, habiéndose hecho monoteísta, adquirió más racionalidad, hubo para todas las clases, sin excepción, una enseñanza moral, un catecismo. En el orden positivo, este catecismo toma otras proporciones; no pudiendo fundar la moral sobre una teología que se desvanece, la funda en el conocimiento real del conjunto de las cosas. De aquí nace la necesidad de un plan de educación formulado por la filosofía positiva. Este vasto conjunto, que de tal modo sobrepaja a las educaciones más extendidas, y que debe, sin embargo, ser participación de todas, no es, en el fondo, más que un catecismo.

Humanitarismo y Eugenismo

Eugen Relgis

IV

La superpoblación y la guerra

También la guerra es disgénica. Los que afirman hoy que la guerra es una forma de selección de la raza, proclaman con cinismo una necedad criminal. Por el contrario, «aquel cuyo deseo es el mejorar la raza es un pacifista necesariamente». No insistiremos aquí sobre esta cuestión, desarrollada en otras obras nuestras y dilucidada de una manera definitiva en la *Biología de la guerra*, del profesor Georg Fr. Nicolai. En un folleto titulado *La causa biológica y la prevención de la guerra*, Manuel Devaldés ha expuesto también el problema del «pacifismo científico», partiendo de la idea, paradójica en apariencia, de que la guerra de 1914-1918 fué un efecto directo de la superpoblación europea.

Como neomaltusiano, Devaldés se consagra al problema esencial de la superpoblación, aunque la guerra moderna tenga también causas específicas, puestas en evidencia por el antagonismo económico y político de los diversos imperialismos. Difícil es disimular que los «ideales» patrióticos y las cruzadas «por el Derecho y la Civilización» son puros pretextos. Mediante una lógica llevada al extremo, los maltusianos podrían llegar a probar que los antagonismos económicos y políticos son también efectos de la superpoblación. Devaldés examina, según Malthus y otros autores, el carácter de este último fenómeno, mostrando las relaciones de concurrencia existentes entre países agrícolas y países industriales; los países industriales tienen un exceso de población que no puede sustentarse más que forzando a los países agrícolas a suministrarles víveres a cambio de productos manufacturados. Por otra parte, la lucha entre países industriales mantiene el odio entre los pueblos que buscan mercados. La posesión de colonias por tal o cual nación mantiene las envidias internacionales que preparan las guerras futuras.

En Inglaterra, donde el maltusianismo ha influenciado de una manera más evidente la mentalidad de una élite, la National Birth-Rate Commission (Comité Nacional de la Tasa de la Natalidad) ha reconocido, en su informe de 1916, que «la presión de la población en todos los países entraña, como principal consecuencia histórica, emigraciones e invasiones, no sólo con miras a un establecimiento pacífico, sino también para la conquista y para el sometimiento y la explotación de los pueblos más débiles. Los conflictos interna-

cionales encuentran siempre en ello su causa principal». En otros tiempos, esas emigraciones (invasiones de los bárbaros) se efectuaban sin el menor escrúpulo por lo que respecta a los países a cuya costa se hacían; hoy en día, se llevan a cabo con más hipocresía, so pretexto de convenciones y de protectorados. Y Devaldés saca la conclusión siguiente: «En el porvenir, cuando esta concepción de las causas de la guerra sea compartida por un número mayor y siempre creciente de personas, será a la superpoblación de los países beligerantes a la que se achacará su responsabilidad de guerra.»

La Naturaleza opone a la superpoblación un «freno represivo»: la guerra, u otros medios, para hacer desaparecer a los seres en número excesivo: el hambre o, más bien, la subnutrición y las epidemias, por ejemplo. Mas el hombre, al menos en su tipo superior, ha llegado a adquirir una capacidad de autodefensa que le lleva a juzgar de una nueva manera a los fenómenos naturales. No los considera ya como absolutos, como inevitables. La superpoblación es un fenómeno natural, es decir, biológico, pero mantenido por supersticiones colectivas; empero, el hombre puede evitarlo haciendo uso de su razón. He demostrado que la ciencia le proporciona bastantes medios para limitar los nacimientos sin atrofiar el instinto genésico. Evidentemente, el Estado, cada Estado, que se halla fundado sobre la idea nacional o sobre el imperialismo políticoeconómico, se opone a la selección voluntaria por esterilización o limitación de los nacimientos: tiene necesidad de carne de cañón. Lo mismo que la Iglesia, el Estado suministra al militarismo sus instrumentos de opresión y de persuasión. Los patriotas se sienten también obligados a procrear *ad majorem gloriam Patriæ...* «Multiplicaos», gritan a coro las gentes de la casta eclesiástica y de la casta militar. El efecto es, además, doblemente execrable: primero, por el mantenimiento de la superpoblación y de todas sus miserias; segundo, por la siega que hace finalmente la guerra de los hombres más sanos y más aptos para regenerar la raza, quedando, por el contrario, salvaguardados los degenerados.

He ahí por qué es lógica la paradoja de Devaldés. Cita numerosas opiniones de economistas y de sabios, que todos llegan a esta conclusión: «La reglamentación de la procreación es la manera más eficaz de asegurar el cese de la guerra.» (Adelyne More.) Pero, añade nuestro autor, la limitación de los nacimientos debe ser *mundial*, pues el planeta hállase sometido hoy a leyes unitarias. Si, por ejemplo, Europa practica el eugenismo, quedará expuesta al peligro de una inva-

sión del Asia prolífica, pese a toda su superioridad en materia de técnica.

En efecto, de igual modo que la limitación de los armamentos, la limitación de los nacimientos no será eficaz más que en el cuadro planetario. La única organización mundial que es capaz de reunir informaciones estadísticas para tomar después las medidas necesarias para una reglamentación de los nacimientos es la Sociedad de las Naciones. Pero esta organización es ante todo obra de los Estados que han preparado y acarreado la Guerra Europea de 1914-18. Sin embargo, la idea eugenista, armoniosamente asociada al maltusianismo, se abre camino, quizá a pasos aun imperceptibles, pero teniendo ante sí la perspectiva de imponerse, tarde o temprano, a una Sociedad de Naciones puesta realmente al servicio de la humanidad.

V

La moral de la maternidad consciente

La exposición teórica, rigurosamente documentada, que ha hecho Manuel Devaldés del eugenismo y del maltusianismo en *La Maternidad consciente* (1), halla su ilustración literaria, pero muy verídica también en el fondo, en *Ton corps est á toi* (*Tu cuerpo es tuyo*), de Víctor Margueritte, aparecido casi al mismo tiempo. Estas dos obras, auxiliadas de un manual práctico, serían suficientes para la educación sexual integral. Devaldés nos ha dado cifras, datos, argumentos lógicos; Margueritte, que, por su acción pacifista, se ha mostrado como una conciencia sincera y pura, no ha vacilado en atacar los problemas sexuales con una precisión y con una virulencia que sólo pueden incomodar a los hipócritas sentimentales y a los puritanos, habituados a no mirar a la verdad cara a cara.

En el pensamiento de Manuel Devaldés y de Víctor Margueritte, sus libros eran, como el primero de estos escritores nos participó en la época de su publicación, «el comienzo de una acción de los maltusianos franceses para la anulación de la odiosa ley del 31 de julio de 1920 contra la propaganda maltusiana». Esta ley confunde sencillamente la propaganda por la generación consciente con la propaganda por el aborto. La táctica de los Gobiernos es sencilla: consideran como un crimen la selección de los nacimientos, cuando en realidad ésta constituye uno de los más altos deberes para con la humanidad. Mas Devaldés tiene la valentía de condenar a los enfermos que dan vida a otros enfermos: «Esos saboteadores de la vida deben ser considerados y tratados como malhechores por los humanos acrisolados que sientan en sí mismos el sufrimiento de todos los pobres seres así engendrados.»

Ante todo, hay que desechar la objeción de los que proclaman el «respeto a la vida por encima de todo», diciendo: «No tenemos derecho a matar antes del nacimiento ni tampoco a eludir la ley natural de la con-

cepción con odiosas medidas médicas.» Resultaría de esto que el sufrimiento sería obligatorio en forma de las más horribles herencias morbosas. Por «respeto a la vida», habría que dejar a los sífilíticos, a los tuberculosos, a los epilépticos, a los alcohólicos, a los criminales multiplicarse... hasta la más completa degeneración y, a no dudar, hasta la extinción de la humanidad.

Otra idea que seduce a algunas personas y que inspira su objeción, consiste en que la degeneración sería una condición de la manifestación del genio en el arte, en la filosofía y en la ciencia. La lista de los hombres geniales que fueron sífilíticos, tuberculosos y alcohólicos, ejerce impresión sobre ellas. En realidad, debiera suscitar su horror. «El genio es una neurosis», afirma Moureau de Tours, y esto le induce a sublevarse contra el eugenismo, únicamente porque, con la selección de los nacimientos, la humanidad perdería algunos genios de gran valor. Pero la verdad es muy otra: la herencia morbosa no es una condición del genio, sino un obstáculo para él. Flaubert y Dostoiewsky, que sufrieron de epilepsia, fueron privados de crear así como hubiesen querido hacerlo. La parálisis general que atacó a Nietzsche no estimuló, sino que destruyó, su genio filosófico y literario. Los doctores A. Rémond y P. Voivenel, en su libro *El Genio literario*, han demostrado «que la enfermedad, en los escritores con taras hereditarias, no fué la fuente de su genio, sino que, por el contrario, éste fué entorpecido y aminorado por ella.» Havelock Ellis, que se ha consagrado al estudio de los problemas sexuales, rechaza también el temor de los que creen que «si los locos desapareciesen o cesaran de reproducirse, ya no habría genios».

Después del inepto argumento del «genio por la herencia morbosa»; después de los absurdos sociales y «morales» patrocinados por la Iglesia y por el Estado, los adversarios del eugenismo creen hallar todavía un argumento en la proclamación de la inferioridad física e intelectual de la mujer, que debe soportar la primacía masculina por la razón de que se deberfan al hombre todos los progresos realizados hasta el día. Ahora bien, este argumento estúpido y grosero es desmentido diariamente por los hechos que se desarrollan en el primer plano de la vida social y familiar. No es necesario remontarse a un pasado remoto para convencernos de que el matriarcado es la característica de las sociedades primitivas y el centro de gravedad de la vida familiar. La obra del sociólogo Robert Briffault: *Les lères*, es esencial para la comprobación de este aserto. Otros numerosos estudios sociológicos e históricos, entre los cuales citaremos los de Havelock Ellis y los de Ellen Key, deberfan ponerse en manos de todas las mujeres con el fin de que adquiriesen conciencia de su gran misión: el mejoramiento de la raza por medio de una educación sexual integral, dispensada a ellas mismas, así como a los hombres y a los niños.

Tenemos que insistir sobre este punto central del problema pese a todas las reticencias y a todas las mentiras que, por espíritu de dominación, mantiene el sexo masculino en la enseñanza de la moral. Pero tenemos que reprochar al feminismo un gran error: su acción por la obtención de los «derechos políticos» es una

(1) *La Maternidad consciente*, por Manuel Devaldés; obra editada por ESTUDIOS. Precio: 2 pesetas en rústica, y 3'50 encuadernada en tela.

triste y ridícula desviación de la misión inicial de las mujeres. En todas sus formas, la política es parasitaria; hállese fundada en la fuerza y en la intolerancia, esto es, en la guerra entre las naciones y en la guerra entre las clases. Tratando de obtener la igualdad política con los hombres, las feministas se preparan una nueva esclavitud. Las cualidades morales y espirituales de la mujer no pueden hallar su expansión en el cuadro artificial de la vida del Estado, sino en el cuadro natural de la especie y de la familia. La educación que las madres deben dar a los hijos en la forma cultural no es un comienzo, sino una consecuencia. El punto de partida se halla en la educación física y corporal que contiene lo que los hipócritas llaman los «secretos» genésicos. ¿No es una trágica burla que enseñemos la cosmogonía y la mecánica mientras que en lo que concierne al instinto sexual los mantengamos en una ignorancia cuyas consecuencias dolorosas no tardan en manifestarse? «¿Y es este instinto todopoderoso y primordial el que se deja ineducado —escribe Devaldés—; son la actividad sexual y el proceso complejo de la reproducción —origen, formación, desarrollo y finalmente nacimiento del ser humano— lo que nos esforzamos por mantener en las más densas tinieblas?

En efecto, por encima de la revolución política, mediante la cual un amo sustituye a otro; por encima de la revolución económica, incompleta en su forma estrictamente marxista, situamos la revolución espiritual que implica una transformación de la *mentalidad* humana en el sentido pacífico y creador. La revolución espiritual de los humanitaristas es, a decir verdad, una evolución por interdependencia y cultura y contiene a la vez la revolución sexual como una condición absoluta. Precisamos que la revolución sexual (mas es en verdad muy necesario) no se confunda con la libertad sexual animal (la promiscuidad) o con el libertinaje que hace del acto sexual una voluptuosidad estéril. La revolución sexual consiste simplemente en la aplicación de los principios eugénicos y en el reconocimiento de la ley de población del malthusianismo, principios y ley que hemos expuesto en las páginas precedentes.

Sólo nos falta insistir sobre este postulado: la raza humana no se librará de la degeneración sino cuando la reproducción deje de ser un acto ciego, un acto bestial, un acto debido a la ignorancia y al azar. La maternidad consciente significa al mismo tiempo maternidad voluntaria y selectiva, y ésta sólo es posible mediante la educación sexual aplicada también a las mujeres y a los hombres, a los adultos y a los niños. Algunas iniciativas nos llevan a creer que llegará un día en que esta enseñanza biológica será dada a todos, niños y niñas, en la escuela primaria.

La individualidad femenina debe ser proclamada en lo sucesivo sobre la base de la igualdad sexual y del progreso moral e intelectual y no con el falso pretexto de la igualdad política. La presencia de las mujeres en casi todos los dominios de la actividad económica, artística y científica, no será una victoria efectiva sino desde el momento en que la mujer no sea ya un elemento pasivo en el dominio sexual; cuando ella sepa elegir, cuando haga consistir su unión con el hombre, no en un contrato de intereses o en un gesto de ciega

voluptuosidad, sino en una afirmación de la conciencia humana al servicio de toda la humanidad.

La asociación sexual, antes de ser determinada por el amor o por intereses económicos, deberá estar subordinada —así como lo indican algunas realizaciones iniciales en los Estados escandinavos y en algunos Estados anglosajones— al cumplimiento de condiciones eugénicas. Los gazmoños reaccionarios pueden protestar ante la idea de que un día se exigirá de los candidatos al matrimonio la producción de certificados médicos (análisis de la sangre, referencias hereditarias, etc.) ante los funcionarios del estado civil; mas su protesta será inútil, pues se pondrá un día en vigor una ley encaminada a este fin en cada país civilizado. Muchos de los que no hayan sido reconocidos aptos para el matrimonio recurrirán, sin duda, al amor libre o al «concubinato». Esta es una razón más en favor de la educación sexual integral, pues superior a la ley escrita, impuesta por la sociedad, se halla la ley no escrita de la conciencia individual. La mujer, porque es también la madre, estará siempre más cerca del interés permanente de la especie, pues no ignora que la felicidad es imposible sin la salud física.

«Un hijo mal nacido —escribe Devaldés— está perfectamente justificado para reprochar su nacimiento a sus padres.» He ahí, en una sola frase, el secreto de la moral de la maternidad consciente. La heroína de la novela de Víctor Margueritte llega a esta moral mediante dolorosas experiencias. Víctima de la bestialidad masculina, se niega a amar «al hijo de la violación, al hijo que no ha deseado, al hijo inocente, sin duda, pero causa inconsciente de su miseria...; no siente vibrar en ella esa famosa cuerda maternal que permite a tantos plumíferos literarios declamar impetuosamente toda la sensiblería sentimental y toda la vaciedad de los lugares comunes». (Pierre Larivière, en *Le Semeur*, número 104.)

Si el mandamiento moral —el de la conciencia personal— no es hoy suficiente para impedir que los padres conciban hijos enfermos o en número excesivo en una sociedad anormal, sepamos, no obstante, que llegará un tiempo en que los hijos pedirán cuentas a los padres del crimen de haberles hecho nacer para el infortunio. La educación sexual hácese más difícil cada día y será un día obligatoria para cada cual en la medida que lo es hoy el conocimiento del abecedario.

La nueva moral de la maternidad consciente es una de las más altas expresiones del humanitarismo.

Nos adherimos plenamente a esta conclusión de Devaldés: «Razón, dueña de sí, egoaltruismo, piedad para con los débiles y para los dolientes, respeto para la persona ajena, justicia, amor, gran amor: he ahí algunas de las necesidades intelectuales y morales del hombre, y especialmente del masculino, para que la maternidad consciente sea la regla y no la rarísima excepción.»

El llamamiento de Devaldés se dirige principalmente a los hombres. Pero también tenemos confianza en la voluntad de las mujeres. Y repetimos: malhechor es el que transmite a sus hijos su enfermedad; malhechor es también el pobre que da la vida a niños destinados a una pobreza sin esperanza... Prepárase una nueva

¿Superproducción? ¡No! ¡Subconsumición!

Eugenio Humbert

Jamás se dijeron tantas tonterías acerca de un problema tan vital —como puede comprobarlo quien quiera—, ni se han afirmado tantas teorías falaces o remedios de evidente idiotéz en torno a la crisis, como en estos últimos años.

Redúzcanse los salarios para disminuir el precio de los productos; aumentadlos para acrecentar la capacidad de compra de los obreros. He ahí dos recomendaciones anti-téticas preconizadas ambas a dos por distintos economistas burgueses. Hase abogado, asimismo, por la supresión de las máquinas o por reducir la producción en todos los ramos; por destruir las mercancías almacena-

das o aquellos productos «que no pueden venderse»; por intensificar la fabricación de moneda aunque sea de cobre, de bronce, de aluminio, de plomo, de cartón, de cinc, de papel, de lo que sea; por reducir el capital ficticio, que es el causante del alza de los precios, y de la venta en pésimas condiciones de todos los géneros y también por guardar el oro como patrón, etc. Otros afirman que lo mejor es reducir las horas de trabajo con objeto exclusivo de emplear a los parados, y hay, además, quien preconiza una «buena y extensa» guerra que suprima millares de trabajadores y destruya los productos sobrantes. Finalmente, existen los partidarios de la intensificación de la natalidad para que haya, de esta manera, mayor número de consumidores.

¿Superproducción?

¿Acaso los obreros comen según el hambre que tienen y beben cuanto les place para aplacar su sed? ¿Todos tenemos suficiente ropa interior para cambiarnos según las necesidades de las estaciones y de la higiene? ¿Pueden todos vestir adecuadamente, calzarse bien, afeitarse cuando quieren y tener abrigos recios para el invierno? ¿Están todos los individuos alojados en condiciones aceptables, es decir, tienen el lugar que necesitan; son claras, aireadas y soleadas las habitaciones que ocupan; están bien amuebladas, poseen camas confortables, salas de baño, gas, electricidad, radio, teléfono y calefacción? ¿Posee la clase obrera una biblioteca nutrida, repleta de libros excelentes, educativos y de recreo? ¿Alguno tiene bodegas bien provistas de productos alimenticios en conserva, y guarda carbón almacenado para combatir el frío? ¿Y no es evidente que son muy pocos aquellos que pueden adquirir una bicicleta, y menos aún

sensibilidad con la nueva moral sexual. Devaldés lo dice a los hombres: «Todo hombre debe saber que la mujer no es una esclava que un Dios masculinista habría creado para el placer del otro sexo; que ella tiene su propia individualidad; que tiene derecho a la cultura, a la alegría, a la dicha...»

Que la mujer, lo mismo que el hombre, sepa que la felicidad no reside en el desencadenamiento de todos los instintos, sino en el dominio ejercido sobre ellos, dominio que también significa selección. En vez de un rebaño hambriento y enfermo, florecerá entonces una humanidad lúcida, purificada y ennoblecida en un trabajo apacible y en los ideales creadores. El amor de la humanidad no se manifiesta tan sólo en un presente limitado, sino también en la inquietud del porvenir. Para salvar el futuro, hemos de renunciar a algunos errores actuales. Sully-Prudhomme nos lo dice en dos admirables versos, en *Le Voeu*:

*En el ignoto imperio de lo posible mora,
¡Oh, hijo, el más amado, que nunca nacerás! (1)*

(1) *La Maternidad consciente*, por Manuel Devaldés; obra editada por ESTUDIOS. Precio: 2 pesetas en rústica y 3'50 encuadernada en tela.

los que son capaces de sostener una moto o un auto, y también esos pocos aficionados al arte que desearían coleccionar cuadros de valor, instrumentos musicales, etc., y no pueden por falta de medios?

Mirad en derredor; leed los periódicos, los libros y las publicaciones ilustradas; asistid a la representación de los films documentales, y decidme si puede afirmarse, ni por asomo, que reine en el mundo la holgura, ni siquiera un relativo y mínimo bienestar. No hablo ya de las necesidades colectivas: carreteras, canales, vías férreas, empresas hidráulicas, iluminaciones, jardines, escuelas, institutos, higiene pública, etc.; ni de las prisiones y cuarteles, cuyos edificios sobran todos. Es, pues, incuestionable que el estado actual de la humanidad está lejos, muy lejos, de lo que debiera y podría ser para labrar la dicha de todos.

* * *

Veamos lo que el inteligente maestro de la vidriería de Charleroi (Bélgica), escribe a este respecto en *La Correspondance Coöperative*, del mes de septiembre:

«Los delegados de todas las naciones en las Conferencias Internacionales parten de un punto de vista falso, puesto que pretenden que existe lo que llaman superproducción. Por lo que atañe a la industria en que trabajo, afirmo que no se puede hablar de exceso de producción de vidrios, espejos, vasos y cristales, puesto que hay esparcidas por el mundo innúmeras personas que se hallan privadas de tales objetos; hay no pocas muchachas hermosas que carecen de un espejo propio para mirarse en él. Recientemente, un economista inglés expresaba análoga idea, sólo que extendida a todos los productos, diciendo que no hay lugar ni derecho a hablar de superproducción «en tanto que el más ínfimo de los hotentotes no viva como un millonario».

»Las necesidades y la capacidad de consumo son ilimitadas. Todos podemos utilizar habitaciones, usar vestidos y consumir alimentos por un valor de diez, cien y aun mil veces superior a lo que ahora nos vemos obligados a limitarnos. Además, hay en el mundo mil millones de seres humanos deseosos o capaces de consumir grandes cantidades de pan o de *brïoches*, y han de abstenerse de ello porque tales productos alimenticios les son inaccesibles. Así, pues,

si todos pudiéramos consumir «de todo» en las proporciones que deseamos, no habría jamás superproducción.

»Puede, sí, existir un desequilibrio entre las distintas producciones que deben cambiarse para efectuar el tráfico y facilitar el consumo.

»En este caso se forman, momentáneamente, almacenajes que hay que atribuir, no al exceso de producción, sino a una orientación deficiente o errónea en cuanto a la distribución de las actividades productoras.

»Desde hace casi un siglo, no ha cesado de prodigarse el proteccionismo industrial en todo el mundo, ni se ha dejado de proteger a la agricultura, a pesar de que ésta no ha obtenido la debida remuneración en el aumento de la riqueza general. Existen en el mundo inmensas poblaciones agrícolas que se hallan en tal estado de pobreza que les es absolutamente imposible comprar.

»La raza blanca desde hace casi una centuria, ha practicado un exceso de colonialismo, agravado con el proteccionismo monopolista y, en general, opresivo en demasía. Ha explotado las riquezas naturales de los territorios nuevos, acumulando, de esta suerte, inmensos capitales y, por ende, acreció el poder general de producción *sin crear, al propio tiempo, los correspondientes consumidores*. Se ha dejado a las poblaciones indígenas en la más absoluta miseria, o se las ha reducido a la indigencia cuando su estado era próspero. Este factor enorme de desequilibrio entre el poder de producción y el de compra se ha perdido de vista, o pasó desapercibido hasta el momento —por lo menos que nosotros sepamos— en todos aquellos estratos sociales en los que se ha estudiado, o intentado solucionar, la crisis.»

A pesar de algunas exageraciones insertas en los párrafos que preceden, y aunque no comparto en absoluto las ideas sociales del señor Henri Lambert, me ha parecido oportuno e interesante transcribir su opinión con respecto al asunto que debatimos.

Con ello me he propuesto demostrar que no todas las inteligencias naufragan en el encenagamiento general, ni se sumergen en el exclusivismo absurdo ni en la canallería interesada. Es, pues, preciso decir que no existe exceso de producción, sino deficiencia de consumo. Una *subconsumición* debida al pésimo reparto de las cosas ocasionado por el régimen capitalista; suscitada, también,

Necesidad de un ideal hispánico

Mariano Vico

Resulta casi imposible en estos momentos ponerse a escribir y que no se agolpen en tropel, queriendo ser tocados, muchos e interesantes temas. Una serena mirada los contempla y clasifica, y ve que, efectivamente, todos son ineludibles, pero que hay algunos, y entre éstos uno, que a más de no poder rehuirlo hay que ponerlo en primer término, porque sobre ser ineludible es apremiante.

Este tema podría quizá ser enunciado mejor, pero también dirá bastante de su capitalísima importancia y de su urgentísimo apremio ésta, que al correr de la pluma me ocurre: Necesidad imperiosa y urgente en España de un gran ideal nacional.

Bastará mirar someramente nuestro pasado y reparar en el presente de otros pueblos y en el del nuestro para comprender esta verdad, que será tanto como comenzar a realizarla.

España, amplio cabo sur de Europa, estri-

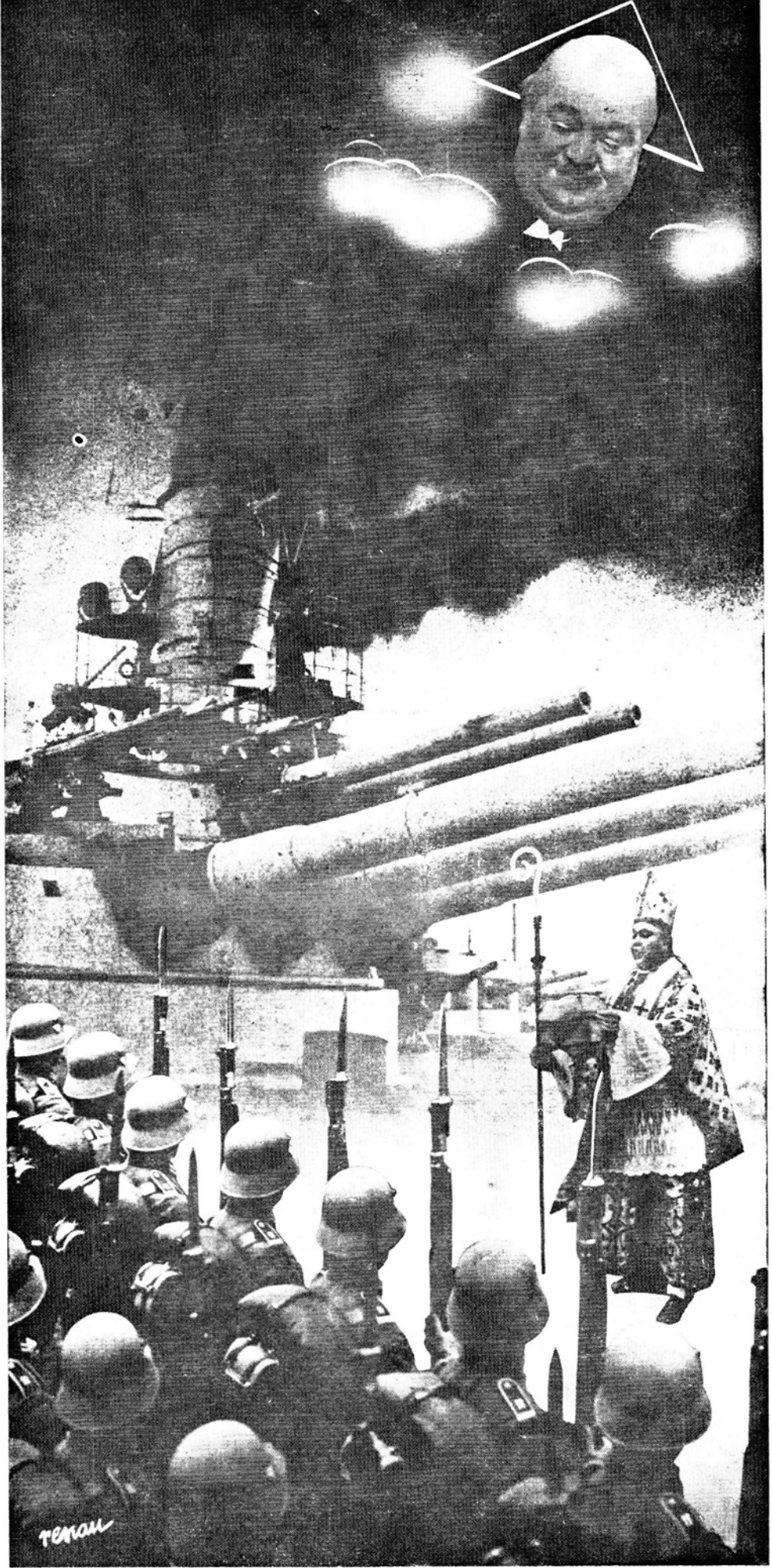
por la desproporción enorme existente entre el número de habitantes y los productos que necesitan para vivir bien. A despecho de todos los entorpecimientos que la fecundidad humana halla para su pleno rendimiento, la población del mundo aumenta, cada año, en más de veinte millones de seres. Veinte millones de criaturas para las cuales no se puso cubierto en el banquete de la vida y que, cuando cumplan los veinte años, habrán de cruzarse de brazos ante las máquinas ya ocupadas o serán destinados a la muerte en los campos de batalla.

bo del puente flotante que las débiles naves primitivas formaban viniendo o yendo entre dos continentes tan cercanos que a simple vista y en días claros desde una orilla se ve la otra a través del estrecho canal que los separa, ha sido el campo de choque y lucha donde han discutido y peleado su hegemonía las razas del Norte y del Sur y aun las del Este y el Oeste.

Este flujo y reflujo de pueblos y razas, este choque de civilizaciones, nos hace biológicamente depositarios de las esencias y decantaciones de esas gentes tan variadas y de sus culturas tan diferentes y a veces contradictorias. Por si ello fuese poco, abrigos naturales dejaron intactas algunas parcelas etnológicas autóctonas, que -destilando sus peculiaridades en este rico compuesto, contribuyen a diferenciarnos aun más de los invasores y dominadores que por menor o mayor tiempo nos han sojuzgado, modelándonos.

Un suelo predominantemente pobre y cuyos no abundantes ni fáciles productos aún mermaban más y fuertemente los varios diezmos del conquistador, los señores y los intermediarios con la divinidad, engendran una raza sobria y dura propensa a la inacción, ya que el esfuerzo no halla justa recompensa, y siempre dividida en pequeños sectores antagónicos mientras el temor de uno más poderoso no los une pasajera y superficialmente para acabar con él.

Cuando una política y una acción guerrera —la Reconquista— proseguidas con tenacidad y terminadas con feliz éxito culminan en



LA CONSAGRACIÓN DE LA GUERRA (fotomontaje de JOSÉ RENAU)



COMO LA CO SE

Las fotografías reproducidas en este momento de la detención de los objetos o inscripciones

1 ● EL OJO DE CRISTAL DE UN ESPIONA DETENIDO EN EL MOMENTO DE ESTAR PENCHADO.

2 ● MENSAJE CIFRADO CON NOTAS MUSICALES.

3 ● LOS DIENTES DE ESTE PEINE, SE ENCONTRARON CON UN MENSAJE CIFRADO.

4 ● INSCRIPCIONES CIFRADAS EN EL CUERO DE UN ANIMAL TRANVERSALMENTE.

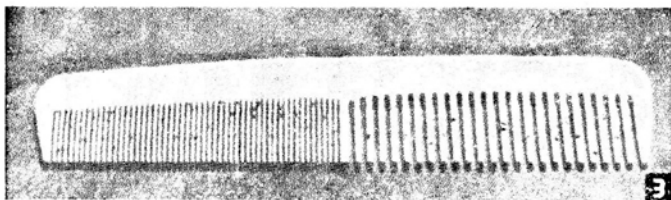
5 ● UNA CAJITA CUYAS CERILLAS DE UN FUMADOR CONSTITUYEN UN MENSAJE. UN FUMADOR NATARIO POSEE LA CLAVE.

6 ● ESPIA RUSO DETENIDO EN 1917 POR SU PARTICIPACION EN EL ESPIONAJE, Y QUE LLEVABA UN MENSAJE CIFRADO ESCRITO SOBRE SU CUERO CABEZA.

7 ● DENTADURA POSTIZA, EN UNA DENTADURA DE UN INDIO, EN UNA BANDA DE CUATRO METROS DE LONGITUD.



2



3

Los Srs.
Capitalistas
espian
unos a
otros.

aquí han sido tomadas en el
los espías que llevaban estos
pciones con ellos

IA ES UN ESCONDITE SEGURO E INSOS-

DE MUSICA

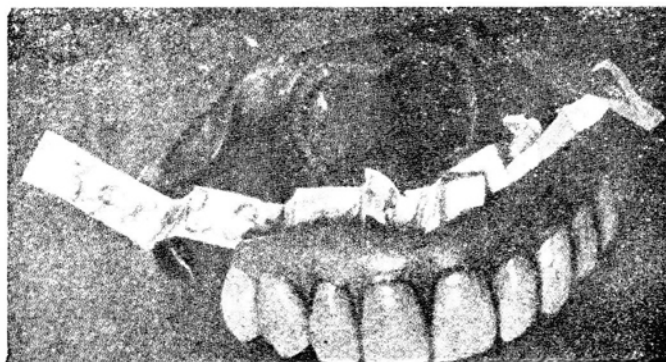
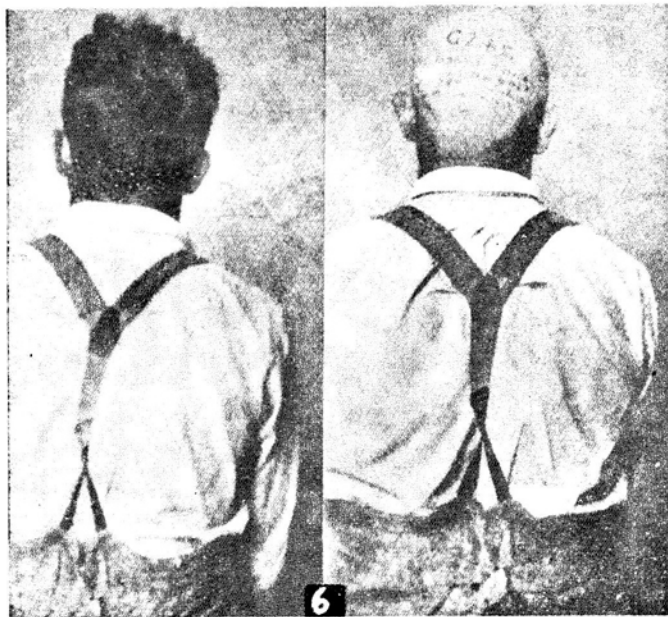
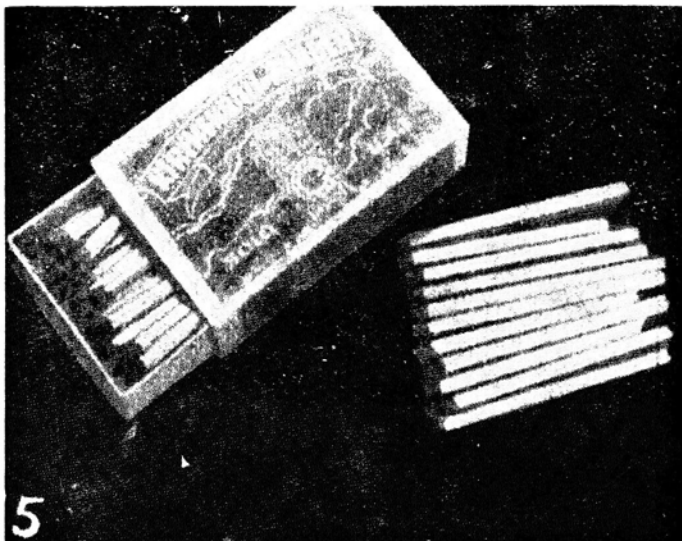
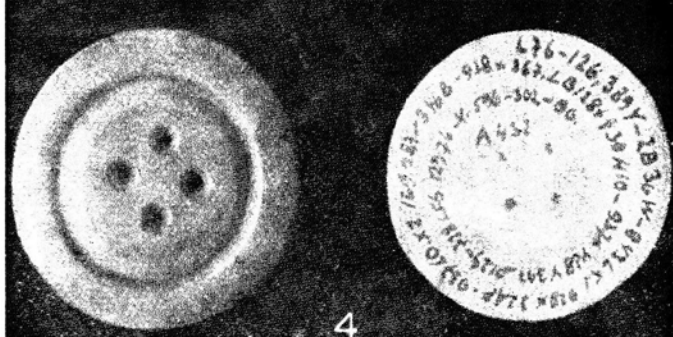
ENALADOS A VARIAS ALTURAS, CONSTI-

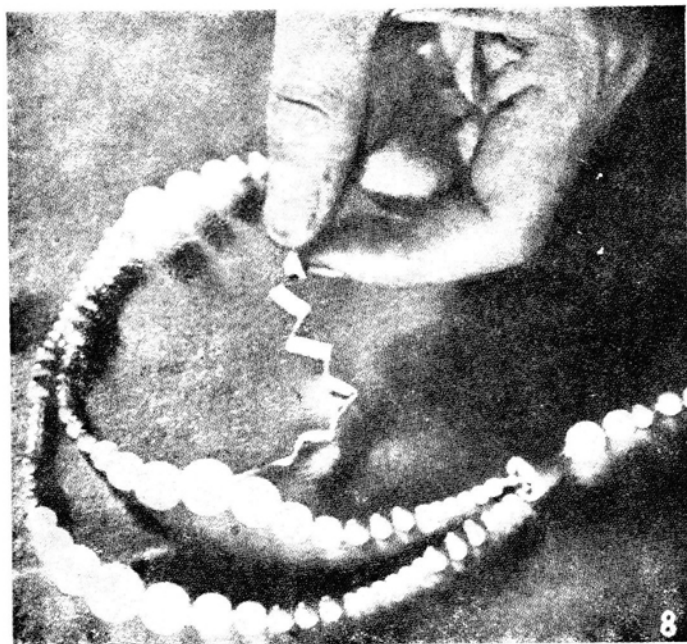
EL INTERIOR DE UN BOTON CORTADO

HAN SIDO CORTADAS EN DIFERENTES
BUEN MENSAJE CIFRADO, CUYO DESTI-

POR EL SERVICIO ALEMAN DE CONTRA-
AJO SUS CABELLOS UN AVISO SECRETO
ELLUDO.

DE CUYAS CAVIDADES PUEDE ESCONDER
OS DE PAPEL DE FUMAR.





- ● UNA PERLA FALSA MEZCLADA ENTRE LAS DE UN COLLAR DE PRECIO, CONSTITUYE UN BUEN ESCONDITE PARA UN DOCUMENTO D E VOLUMEN REDUCIDO. PAPEL FINO O PELICULA DE UNA MICROCAMARA.



- ● EL BOTON DE LA LIGA DE UNA MUJER ELEGANTE Y SEDUCTORA PUEDE PASAR D E S A P E R C I B I D A - M E N T E CUALQUIER MENSAJE SECRETO, EL CUAL TAL VEZ SIGNIFICA LA MUERTE DE MUCHOS MILES DE HOM-BRES.

el logro de un afán, la expulsión de árabes y judíos, finalidad que tiene un mucho de suicida, y, al fin, se obtiene la unidad aparente, surge la gran chiripa deslumbradora del descubrimiento de América que frustra esta fáfara unitaria, y estos pueblos hispánicos que iban comenzando a desoír su heredada tendencia al nomadismo, muy entrenados en la rapacidad guerrera de la invasión y la conquista, vida a la que se habían acostumbrado en un incesante pelear de frenterizos de unas fronteras que, a lo largo de ocho siglos, vieron subir y bajar en un incesante vaivén, oscilando entre el alto muro de los Pirineos, que alguna vez rebasaron, y el hondo foso del Estrecho; estos descreídos a las órdenes de iluminados, asiduos rapaces de botín que mil veces terminaban en botín de otros rapaces, en esclavos; estos hombres tan mezclados y batidos, duros, sobrios, soñadores y positivistas a un tiempo, ansiosos de posesión y amigos de lucha, dando gusto al nomadismo sólo levemente adormecido, tienden audaces con sus naves un amplio puente sobre el Atlántico y por él van y vienen —sorprendente hormiguero rapaz y heroico— con su ambición y su botín a cuestas y, producto ellos de una secular mezcla de sangres, servidores inconscientes del gran designio de la total mezcla universal y final, que dará la definitiva unidad al mundo, pueblan casi un enorme continente y tierras de islas que sumadas valen por otro.

La natural envidia cavilosa, calculadora y fría de los europeos del Norte, con costas y naves sobre el Atlántico, se echa al camino de las aguas, y de sus audaces corsarios afortunados hace sus almirantes.

Y si al principio se conformaron con parte del botín de los conquistadores y colonizadores, pronto comienzan a querer dominio en el provechoso hallazgo de los españoles. Y éstos, unos cuantos miles, batiendo, despoblado, roturando y volviendo a poblar tierras capaces de sustentar y dar albergue a cientos de millones de hombres; estos pocos millares de españoles, ahitos de dominio, agobiados de mando y albedrío, dejan hacer a los demás hombres que van llegando, los que más egoístas y torpes biológicamente, con su orgullo racial como contén, si realizan un fin inmediato más engolado y de mejor tono, retardan el santo advenimiento de la gran unidad final.

Pero si el descubrimiento perjudicó al iniciado germen de un ideal de unidad penin-

sular, también nos acarreó otro mal enorme, pues logró que el modesto y trabajoso patrimonio de los príncipes cuya sangre ya podía considerarse hispánica, al trocarse de golpe en el más vasto imperio territorial que hayan conocido los siglos, fuese apetecido por esas hábiles familias centroeuropeas proveedoras de señores, príncipes y reyes de casi toda la Europa.

Con ser tantas, tan viejas, tan activas y eficientes las causas de la carencia de un ideal común en los pueblos de la Península Ibérica, ninguna tan formidable y eficaz como ésta de que los españoles hayamos sido desgobernados por reyes extranjeros que, teniéndonos por rebaño, lejos de buscar nuestra fusión e identificación, han fomentado la diversidad y la discordia internas para mejor sentirse seguros; y si han soñado alguna vez, ha sido con ideales ajenos al temperamento genuinamente español.

Y ya en plena decadencia, cuando las otras monarquías europeas son estremecidas por el vendaval de la Revolución francesa, que da origen y hace posible el primer fascismo, el vergonzoso y colosal escamoteo de los fines del alzamiento popular francés por el trágico Napoleón, aquel Mussolini corso de la Francia republicana, ¿qué hacen los monarcas de España sino ir liquidando al cualquier precio de vergonzosas transacciones y guerras torpes y crueles los restos de aquel enorme poderío colonial?

Pero como esto no era suficiente, dividen más hondamente aún los pueblos peninsulares con guerras civiles y, lejos de acometer y fomentar la verdadera unidad española, la estorban. Y cuando ya son claras en el mundo las muestras de que los imperialismos van tocando a su fin; cuando Inglaterra, al ver que su vasta arquitectura de dominio se agrieta, y fiel a su sabia y páfida política secular de azuzar y aliarse con los débiles para destrozar al pueblo continental que sea una amenaza para su hegemonía, preludia las dificultades que culminan en el colosal crimen de 1914, la páfida sombra coronada, rey de una España dividida, famélica, humillada y despoblada por guerras estúpidas, provechosa, digna y humanitariamente evitables, sin otra finalidad muchas veces que alejar la discusión del régimen, después de perder lo poco que quedaba del inmenso patrimonio colonial, más nominal que efectivo, olvidado para todo lo bueno, allá, en las enormes lejanías casi incomunicadas del

Atlántico y del Pacífico, pierde con ello, y al propio tiempo, la dignidad de este pueblo que ante tamaño mal ni siquiera llora.

Cuando faltos de aquellas preocupaciones le es preciso buscar un tema que siga distraiendo al pueblo para que la corona no acabe de caerse, inventa una grotesca caricatura de las grandes y provechosas colonizaciones europeas en el Africa, y, al dictado de los fuertes, toma para esta pobre España la absurda, ingrata y ruinosa tarea impracticable —por falta de medios y más aún por falta de tiempo— de ¡civilizar! a las gentes hermanas de tras el Estrecho. Y esta nueva locura se intenta como antaño; con el mismo espíritu sectario; con la misma cruel e impolítica intransigencia que el sombrío y cruel Felipe II y su torvo y sanguinario Duque de Alba emplearon en los Países Bajos; las mismas que de niño aprendió viéndolas hacer en Cuba, Puerto Rico y Filipinas por sus Blanco y sus Weyler; las que, ya responsable, ordena en las tierras del Rif; las que en poco más de cuatro siglos nos han traído de pueblo señor a pueblo siervo: siervo de esta servidumbre económica a la moderna, si más disimulada, no menos eficaz, y, ciertamente, mucho más cómoda para los señores del nuevo feudalismo económico.

Hecho este deshilvanado y vertiginoso recuento de quiénes somos, cómo somos y por qué lo somos, será bueno volver los ojos al resto de Europa y ver que, en este lamentable forcejeo que es la política de cada nación, van surgiendo figuras de un grotesco histrionismo gesticulador y altisonante que desvían el cauce democrático y humano del estilo gobernante moderno.

Estas figuras y las fuertes reacciones que acaudillan las hacen posible los partidos obreros europeos y su miopía mental deslumbrada por el fenómeno ruso o, anacrónicamente enquistada en un sorelismo que, si nació oportunamente y rindió todo lo rendible al comienzo, cuando el bloque del ideario capitalistaburgués era tan pétreo y denso que toda agresividad era insuficiente para cuartearlo, hace ya muchos años que se trocó en el mayor estorbo para el logro de los ideales igualitarioeconómicos. Porque, como ocurre con ciertos fenómenos químicos, lo que comienza siendo disolvente, si persiste en su acción, se trueca en fortísimo y eficaz aglutinante.

Así ha ocurrido con la acción terrorista, cuyos métodos ha copiado, ensanchándolos

hasta impersonalizarlos en una acción política conjunta de grande masa, el fascismo y el nazismo. Caiga sobre el torpe obrerismo que no ve tan aleccionadoras verdades la condenación de todo espíritu inteligente, al comprobar de manera tan reiterada cómo aleja e imposibilita la realización de la justicia social que el mundo entero busca.

Las convulsiones y estertores más o menos brutales que cada nación padece, son sólo los encontrados, brutales y torpes tirones que en todas partes dan, de un lado, las viejas formas agónicas de una estratificación social que se cuarteja y derrumba, y, de otra, las pujantes formas nuevas llenas de vitalidad y volición, pero con la ceguera y la torpeza del ser naciente.

El día que nos decidamos a una organización rapidísima y metódica exenta de brutalidad y de crimen; una organización a la luz; una organización de tipo abierto, como diría Wells, se verá cómo el trágico, inútil y, más aún, el suicida cordón umbilical sorelista, era la única amarra que nos inmovilizaba, impidiendo el logro de lo que al alcance de la mano y absolutamente maduro, por no cogerlo oportunamente, se va endureciendo y afirmando de nuevo.

Pero analicemos un poco más el fenómeno reaccionario fascinizista. Conviene, para darnos cuenta de su mecánica y copiar de ella lo que hace posible sus casi fulminantes realizaciones espectaculares: así pagará el robo mimético que ha hecho a la ideología social-jimiciera del proletariado.

La enorme fuerza centrípeta que ha proyectado hacia el núcleo personal de un Mussolini o un Hitler la multitudinaria corriente de toda una nación, ha sido diferente en la forma, pero una en la esencia: ha sido el miedo. El miedo al caos; al caos que es hambre, sangre, destrucción y lágrimas en los individuos, y que es la muerte transitoria en el mejor caso para los pueblos como soberanos dueños de sus destinos. En una palabra, el miedo insuperable que se llama instinto de conservación, que ha sido despertado por el torpe y truculento actuar de las masas obreras.

Cuando los obreros italianos se hicieron dueños de las fábricas y talleres de una parte de su nación, lo llevaron a cabo con la natural y obligada torpeza e inviabilidad de quien carece de un exacto, maduro, científico y acabado plan y, sobre todo, de un plan de absoluto y total conjunto nacional.

Aquel acto de voluntad sin inteligencia, fraccionariamente suicida, desorganizando la armónica marcha de la economía nacional italiana, tuvo una doble eficacia negativa respecto de los ideales que lo informaban: rompió la moral de los obreros, que se encontraron con los materiales en las manos y sin el plano para la nueva construcción; pero viendo, de paso, esta terrible y anonadante verdad biológica que el obrerismo no ha comprendido aún: que los materiales sociales son sustancia humana que entra fulminantemente en descomposición si se les inmoviliza un solo instante.

La otra eficacia negativa fué la de galvanizar, por el miedo, a la parte de la sociedad italiana que representaba la vieja estructura social agonizante, a la cual se unió esa estúpida clase media —igual en todas partes—, arena social movediza, arrastre de toda corriente vigorosa; bien hallada con su plaqueada indigencia material y mental que, como siempre, a lo largo de todos los siglos y como siempre en presencia de un fuerte fenómeno de crisis social, se amontona y aprieta alrededor de cualquier grupo que emerge, y con su amorfismo pasivo y típico, ella, que para nada sirve como clase rectora y modelante —debiendo serlo todo— rellena los huecos de lo débilmente naciente y lo posibilita, estabiliza y consolida.

De cómo ayuda a estas cristalizaciones la perspicacia del caudillo que las inicia valiéndose de los resortes del infantilismo mental del pueblo sobre que opera; eligiendo símbolos de un pretérito halagador, aunque absolutamente muerto, y mezclándolo con vitales necesidades de expansionismo territorial y económico, que el torpe egoísmo de las grandes potencias de vasto imperialismo colonial sólo atiende cuando la amenaza militarista, de una temible eficacia, las apoya, amén de otras especias para sazonar una sucia salsa hecha con retazos de todas las ideologías, aunque contradictorias, no hablaremos por no ser adecuado el momento.

Pero sí anotaremos que a la sombra de la unificación momentánea de una porción del pueblo, porción que una teatral y reiterada exhibición amplifica artificialmente hasta cubrir y anular toda disidencia, y de una brutal y ejecutiva acción personal que se hace temible creando el pánico, se logra esta eficaz realidad constructiva, *un ideal nacional*.

Con esta fuerza como herramienta, cohibida la crítica partidista, esterilizante de toda

acción, morbo mortal de la democracia parlamentaria, virtud en sus orígenes cuyo abuso ha cuajado en vicio suicida, la dictadura puede llevar a cabo obras, realizaciones de vasto tipo nacional que, contrastando con el estéril polemizar y el criminal agredir de antes, logran el aplauso hasta de aquellos que, por su profunda preparación y vasta visión histórica, saben que estos altos en el camino no son rectificaciones fundamentales y eternas de la verdad en marcha y fatalmente realizable. A lo más, serán compases de espera que, si ahora ofrecen el espejismo de ser un remedio, quizá pronto se vea que son exacerbantes venenos.

Se haría innecesariamente largo detallar el otro proceso social, el de Alemania. Así, quede sólo en apuntar a la meditación del lector que el nazismo, calco en sus maneras del fascismo y con raíces colaterales parecidas unas, de semejantes y privativas de aquel pueblo otras, en el fondo tiene como origen fundamental el miedo: el miedo individual al hombre y al caos social; el miedo colectivo a la muerte como nación gran primate; el miedo a perder las ventajas —merecidas en gran parte— de gran nación rectora.

Y para terminar: ¿Qué origen tiene la cohesión de Francia y la de Inglaterra para mantenerse fuertemente agrupadas alrededor de sus ventajas materiales? El miedo. Un terrible miedo que agarrota con el inmovilizador grillete de la responsabilidad a los hombres representativos y destacados de todas las ideologías y hace que allí donde nacieron las ideas que han transformado parcialmente la sociedad humana y que acabarán troquelándola en una absoluta, total y nueva forma, parezca como que tales ideas ni existen ni han existido nunca.

Así, pues, aprendamos la lección y tengamos un ideal nacional, un alto ideal humano capaz de codearse con la enorme realización que llevamos a cabo sin ideal previo y por chiripa, el descubrimiento del mundo americano.

Ya que completamos en aquella ocasión la rotunda verdad geográfica de la esfera terrestre, esta vez, conscientes de que la única grande empresa que le queda a la humanidad por realizar es completar la escuetez bella que el hombre anda buscando desde hace miles de años, la redondez equilibrada e inmutable de la justicia social, agrupémonos alrededor de este designio; borremos las menudas apetencias y luchas que nos impo-

Piedras preciosas

La ciencia

Declarémoslo muy alto: la ciencia es la verdadera escuela moral; ella enseña al hombre el amor y el respeto a la verdad, sin el cual toda esperanza es quimérica. La ciencia enseña al hombre la idea del deber y la necesidad del trabajo, no como un castigo, sino, por el contrario, como el empleo más elevado de nuestra actividad; a la ciencia se debe, en primer término, la idea de solidaridad entre todos los hombres.

Esto no quiere decir que nosotros proclamemos jamás dogmas infalibles que marquen el punto de parada de todo progreso humano, porque la ciencia es una cosa que se renueva sin cesar; los sabios de cada época sólo son sus representantes efímeros. La ciencia está constituida por una serie de progresos, de desarrollos sucesivos: es, como

sibilitan; no hagamos nacer con nuestra brutalidad el terrible miedo nacional, porque, con él, destacaremos uno o varios figurones que nos darán pequeñas parcelas del gran continente de justicia social al que hay que llegar y tomarlo en su plena totalidad. Y no debemos hacer esto, porque frustraríamos la venturosa posibilidad fácil de que España, con su pequeñez y su aparente modestia secular, sea el suelo bien amado de los dioses que haya descubierto y logrado para la humanidad las dos realidades más bellas, justas y trascendentes: un Nuevo Mundo en lo físico y un Mundo Nuevo en lo social.

* * *

N. B.—En un próximo artículo, que se titulará «Temas ineludibles: Necesidad de un ideal y organización para realizarlo», se esbozará la estructuración de un amplio organismo nacional capaz para realizar en breve plazo la transformación social sin violencias ni horrores.

decía Pascal, de la humanidad y semejante a un hombre que vive siempre, y yo agrego, que siempre se rejuvenece.

Cada sabio ayuda a construir el edificio constantemente engrandecido, ese edificio de solidaridad en el cual todos los hombres de una generación deben prestar reconocimiento a los de las generaciones que a la suya han precedido; en el que todos los hombres de la generación presente deben ayudarse, apoyarse unos en otros y dedicarse al desenvolvimiento moral y material de las generaciones que han de seguirles. La modestia personal y el espíritu de sacrificio a la verdad y a la Humanidad, son virtudes científicas por excelencia.—BERTHELOT.

Espíritu y corazón

Hay una estrecha y feliz relación entre el mejoramiento del espíritu y el del corazón. Cuanto más gana el uno en claridad y en extensión, más gana el otro en justicia y en bondad. Reconozco y profeso, como quiere la filosofía positiva, que el lado afectivo de la naturaleza humana deba tener siempre la preponderancia sobre el lado intelectual; que este papel de las dos partes de nuestra alma sólo se invierta en las épocas de transición revolucionaria, en las que es preciso que el espíritu sacuda por un momento el yugo del corazón retenido fuera de orden por los lazos del orden antiguo, y se sabe que tales épocas, siendo necesarias, van acompañadas de desgarramientos dolorosos y de peligros inminentes; esto colocado y puesto fuera de disputa, no es menos cierto que la condición esencial del perfeccionamiento moral, es el perfeccionamiento intelectual. La moral se purifica a medida que se engrandece la ciencia; asimismo, para sublimarse, ha de hacerse general y sólo puede conseguirlo cuando la generalidad penetra en la inteligencia. Pocas nociones en el espíritu, implican pocas reglas en el cora-

zón. La justicia es quien forma el lazo entre el progreso de la ciencia y el progreso de la moral y el agente directo de la influencia de la una sobre la otra. A medida que las frías luces de la inteligencia caen sobre el antro ardiente de nuestros sentimientos, se transforman en justicia imparcial, y sin destruir nada, extienden más cada vez el campo de su actividad. Cuando las luces, y como consecuencia la justicia, faltan, sólo se encuentra entre los hombres una moral estrecha, pobre, vacilante y caprichosa; pero cuanto más se extiende la mirada, más también se extiende la bondad innata, las barreras y los prejuicios que la atenúan se descartan, y de esta suerte la moral, progresiva como todo lo demás, se hace de rudimentaria que es en el estado salvaje, personal, doméstica, social, según las épocas de la historia humana. —EMILIO LITTRÉ.

El escritor

En el escritor no existe ya ningún sentimiento sencillo. Todo lo que ve, sus alegrías, sus sufrimientos, sus desesperaciones, llegan a ser instantáneamente asuntos de observación. Analiza a pesar de todo, a pesar suyo, sin fin, los corazones, las caras, los gestos, las entonaciones. Enseguida que ha visto, sea lo que sea lo que ha visto, necesita el porqué. No tiene una aspiración, ni un grito, ni un beso que sean francos, ninguna de esas acciones instantáneas que se hacen porque deben hacerse, sin saber, sin reflexionar, sin comprender, sin darse cuenta enseguida. Si sufre, toma nota de su sufrimiento y le clasifica en su memoria; al volver del cementerio en que ha dejado a aquel o a aquella a quienes más quería en el mundo, se dice: «Es raro lo que he sentido; es como una embriaguez dolorosa...» Y entonces recuerda todos los pormenores, las actitudes de los vecinos, los gestos falsos, los falsos dolores, las miradas falsas..., mil cosas, en fin, que en un hombre bueno, que sufre con toda su alma, no hubiera nunca notado. Lo ha visto todo, lo ha retenido todo, todo lo notó, a pesar suyo, porque tiene el espíritu concebido de tal manera, que la repercusión, en él, es mucho más viva, más natural, por decirlo así, que la primera sacudida; el eco, más sonoro que el sonido primero. Parece tener dos almas: una que nota, explica, comenta cada sensación de su vecina, del alma natural, común

a todos los hombres y vive condenado a ser siempre, en todas las ocasiones, un reflejo de sí mismo y un reflejo de los demás; condenado a verse sentir, obrar, amar, pensar, sufrir, y a no sufrir, pensar, amar y sentir como todo el mundo, buenamente, francamente, sencillamente, sin analizarse a sí mismo después de cada alegría y después de cada sollozo. Su sensibilidad particular y enfermiza le cambia, además, en despellejado vivo, para el que casi todas las sensaciones se convierten en dolores. — GUY DE MAUPASANT.

La política

Se explica que los intelectuales sientan la tentación de renovar la política y consideren a veces hacedera y aun fácil la empresa. El espectáculo de la política es generalmente de una gran vulgaridad. Los espíritus elevados, selectos, se sienten superiores al nivel que predomina en este medio; de ahí que juzguen su victoria fácil. La realidad les desengaña pronto. Esa gran masa de vulgaridad que hay en las ágoras y en los foros de las repúblicas, esa vulgaridad que se siente en sus Asambleas y en las sillas de sus magistrados, es una masa ante cuya fuerza de inercia se estrellan a menudo las acometidas del espíritu. Los intelectuales no suelen caer en la cuenta de que gobernar una república es gobernar al común, al vulgo, y que para eso hace falta una vulgaridad. La vulgaridad es una fuerza política.—ANDRENIO.

La razón

Todo cuanto hemos entendido, reflexionado y comparado está dispuesto para servir a la razón. Es ésta una marcha de la comparación de una cosa a otra, de varias a una o a diversas, y por lo mismo se llama también «discurso» y «nueva poda», pues así como en la vida se cortan los sarmientos inútiles, igual en la razón, para que sólo lo útil se conserve puro, según se dice, o limpio y podado, hasta donde esto se pueda alcanzar.—LUIS VIVES.

Significación cultural y ética de la limitación de los nacimientos

Dr. Juan Lazarte

IX.—NATALIDAD Y MORTALIDAD

Hay un concepto errado que padece por igual la clase ilustrada y la clase pobre. Se afirma esta creencia en que la natalidad es todo. Hoy las cosas han cambiado y el acento de la superioridad recae sobre la mortalidad.

Antaño, la burguesía, por su desarrollo en pequeñas industrias, talleres, trabajos individuales, tenía necesidad de una mano de obra abundante. Hoy, con el gran adelanto de la técnica, hay millones de seres de más. No tienen nada que hacer ni encontrarán trabajo nunca. Ese ejército permanentemente de reserva se ha acrecentado de tal manera que la misma burguesía tenderá a aminorarlo o a destruirlo por cualquier medio, pues es un elemento de revolución.

Como ésta también es una contradicción que surge de la naturaleza de la dominación capitalista, no la puede resolver el sistema. Así, mientras en las grandes ciudades, Liverpool, Londres, París, se hace lo posible para disminuir los nacimientos, en los campos todavía la burguesía terrateniente defiende la numerosa prole, y todo el conjunto permanece defendido por una legislación arcaica, troglodita, hecha en su articulado para defender la propiedad privada y para defender la integridad del matrimonio y su único fin: la reproducción.

Sin embargo, el desarrollo natural y societario de los dos instintos básicos en los cuales se afirman las categorías burguesas, está indicando una nueva dirección, por lo menos, una nueva interpretación...

Los nacimientos no son sólo un asunto de número, sino cosas más complejas. No aumenta la población de un país porque nazcan más niños. Ni se acrecienta la riqueza de un pueblo. El otro factor ponderable es la mortalidad; de la relación entre natalidad y mortalidad surge el aumento de la población; aunque la natalidad sea baja si la mortalidad es más baja todavía el aumento se impone. Si la primera es alta y la segunda más, las poblaciones disminuyen.

La natalidad está unida a la mortalidad general y a la mortalidad infantil que es cuanto nos interesa abordar en estos momentos.

«La natalidad —dice el doctor Huerta— era en Berlín, en 1923, de 9'4 por 1.000 habitantes, mientras que Londres, en la misma época, da un contingente de 20'2. Más de 120 escuelas se cerraron por falta de alumnos. El número de nacimientos, que era

en Alemania de dos millones, en 1908, sólo tenía 1.600.000, en 1920, y 1.300.000, en 1923.

«El exceso de nacimientos sobre defunciones era de 900.000 antes de la guerra y bajó a 430.000, en 1923.»

Efectos de las crisis económicas, que influyen poderosamente en el fenómeno.

En el 1927 nacieron en Alemania 1.112.845 niños, y murieron 39.237, al nacer; 115.679 murieron antes del año.

Datos parecidos encuéntrase en todas las ciudades y naciones del mundo. Según la Dirección General de Estadística de la provincia de Santa Fe, sobre 37.585 de natalidad, año 1930, hubo 1.284 nacimientos muertos, y en el año 1929, la mortalidad de menores de cinco años fué de 4.547.

Hay núcleos como San Justo, Garay, San Cristóbal, donde la muerte de los menores de cinco años comparada con la mortalidad general, es de 53'25 %; 43'9 %, y 43'3 % respectivamente.

La Dirección General de Estadísticas argentina, en el año 1928, nos dice: Por cada 1.000 nacidos en Buenos Aires mueren 84'9; en Santa Fe, 99'1; en Salta, 205'3; en Jujuy, 227.

Nosotros preguntamos: ¿Por qué en cada período va elevándose la mortalidad infantil? Contestamos que en primer término necesario es establecer las causas económicas de miseria, crisis; la naturaleza constitucional de los niños, como más adelante veremos, y, por fin, unido a este factor e inseparable la cantidad de partos que tienen sucesivamente las madres proletarias y campesinas.

Existe una íntima relación entre el índice de mortalidad y el salario de los padres, según los estudios del Children's Bureau (1).

Salarios anuales Dólares	Mortalidad por mil el primer año
Menos de 450	170
450 a 549	129
550 a 649	118
650 a 849	108
850 a 1.049	83
1.050 a 1.249	62
1.250 y más	55

(1) *La salud y el niño*. Ernesto Nelson. Nueva York, 1929.

«En París mueren antes de cumplir el año, por cada 1.000 nacimientos: en barrios de lujo, 102; en barrios acomodados, 142; en barrios miserables, 240.»

«En Inglaterra el índice de mortalidad es de 1 por cada 10 a 12 nacimientos en los barrios ricos, de 1 a 6 en los medianos y de 1 por cada 4 en los obreros.»

Mis observaciones dan al respecto las siguientes cifras (Santa Fe, República Argentina):

De 3.221 niños primerizos viven, después de un año, 2.197. De cada 100 niños nacidos en el primer parto, el 85 % viven más de un año.

De 2.649 (segundos hijos) vivieron más de un año 1.780 niños o sea un 67'2 %.

De 1.256 niños nacidos en un tercer parto vivieron 732 o sea un 58'3 %.

De 215 (doceavo parto) vivieron 62 niños o sea 34'6 %.

Se ve, pues, que más de la mitad de los nacidos en el doceavo lugar, mueren. Después del cuarto hijo, aun las madres sanas, dan hijos cada vez más débiles.

Gregorio Marañón ha llamado a las relaciones que surgen de estos dos procesos una ley aterradora, deducida del estudio de las estadísticas más cuidadas que puedan pedirse, recogidas personalmente en sus salas de hospital.

Refiriéndose a la fecundidad de las madres pobres, dice en su ya clásico libro (1): «Mas preguntémoslas ahora cuántos hijos viven de los que dieron a luz, y es seguro que nuestro optimismo se trocará en terror, porque de esos hijos engendrados en pleno trabajo, paridos con tanto dolor, amamantados exprimiendo hasta la medula de organismo exhausto, no queda ni la mitad: muchas veces menos; quizá sólo uno o ninguno. Parecerá que exagero, pero voy a copiar una estadística macabra que nos probará que no es así...»

Pero de los 473 hijos de estas mujeres fecundísimas han muerto 382. Fijaos bien: 473 nacimientos y 382 muertos. Es decir, una mortalidad que supera al 80 %. Varios de los autores que, como Marestán, tratan de la cuestión sexual en otros países, dan estadísticas semejantes a la nuestra en las multíparas pobres de ciertos departamentos de Francia y de Rusia; pero no llegan a la hecatombe española. Un 54 % de las mujeres examinadas habían tenido un número de hijos oscilando entre uno y siete. La mortalidad de este grupo, siendo también elevadísima, es menor que la del grupo anterior: un 65 %. Si de esta serie de mujeres aislamos todavía el núcleo de las que han sido madres de un número, que podríamos llamar normal, de hijos —tres a cinco— veremos que la cifra de mortalidad desciende hasta el 59 %.

La misma significación tienen las cifras de Ploetz, según el cual, de 1.000 niños muertos, 220 eran hijos primerizos; 330 hijos que hacían el número siete de la prole, y 597 eran hijos por encima del número décimo. Hamburger, en la misma Alemania, cita una estadística personal, paralela a la nuestra, aunque atenuada. «La mortalidad infantil —dice— en la familia con un hijo es de 23 %; en la familia con ocho hijos se eleva al 51 %, y llega al 69 % cuando los hijos superan a quince...»

Y se hace cada vez más indudable esta terrible paradoja: si las mujeres españolas parieran la mitad de hijos que en la actualidad, en cien años, se duplicaba la población de España. Y acaso no sea el nuestro el único país al que pueda aplicársele esta gran verdad.

En término general el alto coeficiente de natalidad

está marcado en las clases pobres. Las masas obreras y campesinas son las que más trabajan, las que más se reproducen y las que más mueren. Históricamente las tres son verdades irrefutables.

Nosotros agregamos modestamente un cuadro de 20 madres prolíferas sacado al azar de entre un número de 100 pertenecientes a las clases pobres de pueblos situados entre Rosario y San Francisco:

H. A.	32 años;	7 hijos,	3 vivos,	4 muertos.
I. E.	30 »	9 »	4 »	5 »
E. S.	33 »	6 »	3 »	3 »
B. B.	28 »	5 »	3 »	2 »
V. S.	45 »	13 »	10 »	3 »
R. C.	47 »	7 »	4 »	3 »
L. H.	50 »	9 »	1 »	8 »
S.	21 »	2 »	1 »	1 »
V. T.	50 »	7 »	5 »	2 »
B.	50 »	11 »	4 »	7 »
H. D.	25 »	4 »	3 »	1 »
B. A.	30 »	12 »	2 »	10 »
T. C.	62 »	12 »	7 »	5 »
J. D.	33 »	3 »	3 »	0 »
L. B.	25 »	2 »	2 »	0 »
E. V.	31 »	7 »	4 »	3 »
A. O.	36 »	8 »	7 »	1 »
P. B.	39 »	7 »	4 »	3 »
P. M.	38 »	10 »	7 »	3 »
N. R.	60 »	14 »	9 »	5 »

Cuadro de proletariado del campo que durante muchos años no sufrió una desocupación tan fuerte como los de Buenos Aires, Rosario, y vivió, desde el punto de vista de la alimentación, en mejores condiciones que los de Salta y Tucumán, por ser región fecunda. Y que tuvo desde 1926 condiciones excepcionales para su clase, pues en el campo las cosechas fueron abundantes y el mercado no produjo las crisis formidables, de los años 1930-31. En estos años de espantosa miseria el coeficiente de mortalidad es a todas luces superior; por primera vez en nuestras campañas, se pasa verdaderamente hambre en forma de fenómeno colectivo, colapso final, a mi modo de ver, de la desorganización burguesa argentina.

«La ley aterradora» se cumple también entre nosotros. Estos porcentajes son evidentemente inferiores a los de la provincia de Tucumán, donde en un año la mortalidad llegó al 85 % de la natalidad.

Tal mortalidad vive íntimamente unida a la herencia y al medio ambiente vital. Naciendo de madres enfermas y viviendo en la miseria no hay vida infantil que pueda subsistir; solamente criaturas excepcionales superviven al desastre social. El trabajo de las madres produce la muerte de los niños, tanto como la miseria. Además, hay muchos oficios obreros que son causas directas —ya comprobadas— de mortalidad infantil.

El doctor Reid trae el siguiente cuadro sobre la mortalidad de los lactantes:

En las mujeres que trabajan a domicilio, 150 por 1.000.

En las obreras que manejan plomo, 214 por 1.000.

En las obreras de plomo que no ejercieron el oficio más que hasta el casamiento, 157 por 1.000.

En las obreras que continuaron el oficio después de casarse, 271 por 1.000.

Son los trabajos rudos y malos para las madres, la miseria, la herencia e ignorancia los factores que determinan la alta mortalidad infantil; y sobre los cuales podemos actuar.

En los años actuales calcula el doctor Feimann que

(1) Tres ensayos sobre la vida sexual.

La guerra y la degeneración de la especie

Amparo Poch y Gascón

De la guerra se ha escrito casi tanto como del amor. El juego de pasiones que la enciende; el cálculo egoísta, cuidadoso de mantener siempre flamante el odiado espartaco patrioter para azuzarlo cuando a su prepotencia le parezca oportuno, han suscitado innumerables comentarios, plasmados en libros, folletos, conferencias, películas... Generalmente, comentarios de indignación. Protestas vehementes de pacifismo. Promesas firmes de que todos se alzarían, enardecidos, contra una guerra futura. Todos. Pero en el ambiente flota, desmintiéndolos, la turbia posibilidad de la catástrofe a que todos quieren oponerse. Medios, fechas y pretextos para la contienda se anticipan entre descripciones inhumanas. ¿Veremos otra vez la ciencia, prostituída, al servicio de la muerte;

la elocuencia corrompida; las organizaciones obreras en fracaso, como en 1914? ¿Otra vez sentiremos el crujido doloroso de la impotente solidaridad humana?

Sin embargo, nada más necesario que la defensa. Cuando se rueda entre breñas grises, retratado el abismo en las pupilas, es necesario afianzar las manos. Así es de urgente negarse a caer en el abismo donde hierven canciones bélicas. Ni patrias, ni banderas, ni honra nacional. Mitos creados para empujar hermanos contra hermanos. Reductos sombríos fuera de los cuales se disparan los odios. Espejuelos colocados estratégicamente para deslumbrar. Narcóticos sabios para exaltar, adormeciendo las inhibiciones reflexivas.

Ni patrias, ni honras, ni nada. No más vic-

en la República Argentina muere un niño cada doce minutos...

Tal espectáculo —España, Argentina, Alemania— es un verdadero derroche de energías y riquezas, trabajo y preocupaciones. ¿Por qué es posible que de 1.000 niños lleguen a morir más de 400? ¿Puede llamarse a un país donde sucede eso civilizado? Un pueblo que tolera tal fenómeno, ¿es un pueblo de consciencia?

Las clases que se dicen dirigir la higiene y la economía de la población, ¿pueden calificarse de inteligentes?

Tolerar sin protestas un estado de la vida popular es delito social y grave. Es necesario hacer llegar a las masas pobres no sólo una mejora cultural y económica, sino una enseñanza racional de anticonceptivos que no dañen la salud ni perjudiquen el sentido moral humano.

¿Qué utilidad puede prestar al país, a su vida e historia tan espantosa mortandad? Y las madres, ¿cuántas consideraciones nos sugieren? ¿Qué alma puede quedar impasible e íntegra ante catástrofe tras catástrofe?

Un hijo para la madre, aun el de diez días, tiene un hondo significado. Allí en su entraña estuvo los nueve meses de ilusión o pesar, de sufrimiento o re-

signación; la madre le dió vida y le prestó calor sin contar las misteriosas relaciones que existen entre madre e hijo, en el cual sueño e ilusiones forman mundos que aun no precisamos ni medimos.

Conocí madres que nunca pudieron consolarse de niños muertos a la semana; era tan rica su sensibilidad que años más tarde se les notaba la tristeza. A muchas le cambia la vida. La muerte de un hijo no es literatura, es una herida honda del corazón, un traumatismo moral del cual muchas veces no se sale.

Y aquellas que en la tragedia de la pobreza se les van dos o tres, ¿cómo no han de sentirlo toda la vida? Podrá volver la alegría; pero el tono vital que surge de la *moralidad sin catástrofe*, ese no vuelve.

El espectáculo de una mortalidad infantil elevada es bochornoso para un pueblo, y una sociedad incapaz de remediar este mal no merece subsistir.

La raza se resiente en su biología, y sin una raza fuerte no conseguiremos crear una civilidad fuerte. El problema es biológico y económico y los dos factores es necesario extenderlos a las masas.

H. Ellis dice: «En la regulación de los nacimientos poseemos un estimable instrumento no sólo para la inmediata mejora de la sociedad sino para el *enaltamiento* de la raza humana.»

timas a una mentira. Sólo una *patria* sin límites. Sólo un pueblo: Humanidad. Las diferencias étnicas para la Biología.

Responda el HOMBRE volviendo la espalda y sacudiéndose a los importunos que le babeen el cuento.

* * *

La degeneración de la especie humana, el atolladero inmundo en que sus extraviados apetitos forcejean, se deben a factores conocidos de sobra, de móvil común: *lucro*. Aunque a veces se procure ocultar astutamente.

El *alcohol* paraliza la reflexión y los sentimientos elevados; al desatar los centros nerviosos inferiores, liberándoles de la influencia inhibitoria y coordinadora del gran cerebro, exalta y fustiga la «animalidad», torpe y obscena. Endurece las arterias, lesiona las neuronas, el hígado y los riñones. Deteriorados por blastoforia, los gérmenes del alcohólico producen una desdichada descendencia.

No sólo por sí es una plaga que ya basta para embrutecer: Baco sostiene y aumenta otro factor degenerativo que de él alcanza ayuda poderosa: la *prostitución*, a cuyo contacto los Estados «reglamentaristas» se han corrompido.

La prostitución, en todos sus matices, desde el triste fango del burdel hasta la relativa «higiene» del concubinato, del amor venal, excita artificialmente y pervierte los apetitos sexuales. Los desvía de su fin natural e insensiblemente franquea los pasos que separan la senda normal del atajo tortuoso de la patología.

Inicia a los ignorantes y cultiva, diestramente, los «caprichos» de los masoquistas, sadistas y homosexuales. Y propaga, en rápida progresión, las enfermedades venéreas, sin que pueda atenuar el efecto desastroso la visita obligatoria, que no es sino la «legislación» de una injusticia.

El egoísmo, la fría indiferencia con que se miran los dolores del prójimo, es una consecuencia de la acumulación de las riquezas, y a la vez índice y factor de la degeneración humana. Los instintos sociales, los sentimientos altruistas, han sido resucitados por aquellos que padecen el parasitismo de los ociosos; y por algunas almas nobles, que, en posesión de una fortuna suficiente para vivir con una comodidad agradable, han preferido alistarse junto a los que nada poseen y luchar con ellos y para ellos.

La mezcla más íntima de los factores degenerativos de la especie, se encuentra, indudablemente, en la guerra. Esta produce una selección negativa, una *selección al revés*, según Forel. El servicio militar desecha los individuos enfermos, a cuya reproducción nada se opone; y cuando los ejércitos se movilizan, son los más sanos, los mejores ejemplares masculinos, los primeros enviados al frente de lucha. Y una vez empezada la matanza, son los de peor equilibrio nervioso, los egoístas, quienes se *emboscan* y caen, presa del pánico, para ser evacuados a los hospitales.

La última guerra ha dejado, para reproducir la especie, una mayoría de seres desmebrados, tuberculosos, neurópatas, amorales y aventureros. Pero esto no ha sido sino uno de sus múltiples estragos.

Allá donde un campamento de soldados se fija, el alcohol y la prostitución no tardan en aparecer revestidos de los más repugnantes y tristes atributos. Un ejército al servicio de Baco y otro de prostitutas, imposible de existir aislados, siguen al combatiente. Entre los soldados la sífilis se propaga con rapidez, el alcohol encuentra constantes adeptos y las obscenidades se abren camino con facilidad. Una sola prostituta puede contagiar a un batallón. Un *moderado* catador de alcohol, arrastra a multitud de débiles.

Si la índole de las operaciones guerreras lo exige, pueden los soldados experimentar un prolongado aislamiento, durante el que brotan, como la mala hierba, las perversiones homosexuales y la sodomía. Cabras o borricas pagan un inocente tributo a la demanda imperiosa del apetito insatisfecho.

Luego, enconados y exaltados los ánimos por el furor y el miedo en extraña mezcla, el soldado se acostumbra a ver desdichas, a sentirse salpicado de sangre y a escuchar lamentos interminables. Sus ojos se adaptan a espectáculos terribles; sus oídos, a gritos de horror, con treguas escasas. El, hombre, ha de rematar los cuerpos que sangran, no con indiferencia, sino con fratricida rabia. ¿Qué tiene de extraño que su corazón se hiele para las desventuras ajenas? En pleno furor, en plena borrachera sangrienta, el guerrero y el sadista se dan la mano; un deleite extraño se puede imponer al alma, y un psicotraumatismo fijar la perversión.

Pero, ¿y los que sobreviven? Retornan arruinados moral y físicamente, incapaces de acomodarse a una ética que fueron obligados

El arte de respirar

Doctor Pablo Vigné d'Octon

Puede afirmarse, sin temor al mentís, que la respiración llamada profunda, integral, y también consciente, es un arte de técnica fácil y cuyos resultados bienhechores son incalculables.

Confieso —y al hacerlo no me ruborizo— que durante los primeros treinta años de mi vida ignoré la práctica de tal método respiratorio. Como consecuencia de semejante desconocimiento, entre muchos otros, declaré seme una coriza de repetición que, durante dicho período, envenenó mi existencia y me hizo muy penosos los inviernos, obligándome a usar innúmeros pañuelos.

Esta dolencia desapareció como por encanto el día en que, en el extremo sur tune-

cino, en Nefta, fuí huésped del gran sabio musulmán Si Abderhaman el-Tounsi, tipo perfecto de literato y hombre de ciencia que había visitado Persia, vivido durante largo tiempo en la India y que, como consecuencia, acumulara un profundo conocimiento científico de las prácticas del parsismo y el hinduismo. La ciencia de los yogis, sobre todo, le era por entero familiar y no tenía secretos para él.

A la amistad de este hombre excepcional debo el haber aprendido a respirar, ya que, como no se ignora, los yogis indios han alcanzado una perfección sorprendente en el arte de la respiración.

Aunque ya en aquella época acostumbraba

a pisotear. En la lucha interior, las psicosis florecen abundantemente. Excelente plantel de reproductores para una Europa en quiebra.

* * *

Interrumpo estas líneas para reseñar una noticia. Leo en la prensa que un profesor químico extranjero ha descubierto un líquido que a la temperatura ordinaria emite vapores más tóxicos, mucho más, que la iperita. Las caretas no sirven contra él, pues su contacto con la piel basta para producir la muerte. Ya se ha calculado el tiempo que costaría equipar a los batallones con el nuevo descubrimiento. Todo está ya previsto, admirablemente ordenado para las matanzas colectivas. Los organizadores han perdido su corazón...

* * *

En verdad, hay que ir contra la guerra sin restricción ninguna. Pero es necesario pensar que el folleto, el cine, la prensa, la conferencia, servirán para muy poco cuando, de nuevo, cuelguen los fusiles al hombro de los soldados. Si éstos, todos, no dejan caer las

armas y los brazos, no inanimados, sino enérgicos; si no niegan el paso adelante; si los marinos no hundan sus barcos antes que transportar el «material» en que se incluyen cuerpos humanos, si la Huelga General Internacional no surge..., ¿qué podrá hacerse?

Algunos de los últimos combatientes dicen que «las mujeres los dejaron marchar». Cierro: no se ha visto ninguna mujer que arrebatara y destrozara un fusil; que se tirase al paso de los caballos, inocentemente envueltos en la traición humana. Pero, ¿podía esperarse todo eso de las mujeres, criadas aparte, educadas, de intento, en el amor a todas las «virtuosas tradiciones», adoradoras del Dios que bendice las armas homicidas por boca de sus sacerdotes?

Sin embargo, a todo hay que llegar. La propaganda pacifista debe comprender la prensa, la conferencia, ¡todo! Pero no debe detenerse ahí. Cuando veamos que ello no basta, hagamos una muralla con nuestros cuerpos ante los soldados. Rebelión, sí. Contra la guerra.

Y contra la matriz en que se incuba: dinero, capital. He aquí un aspecto de la famosa Eugenesia.

yo a madrugar, Si Abderhaman, en cuya vivienda hube de permanecer algunas semanas, durante una misión científica que se me había confiado, madrugaba más que yo. Todavía los gallos del Ksar no habían entonado su himno matinal a la Naturaleza y él estaba ya levantado. Completamente desnudo, con paso discreto, dirigíase hacia un arroyo de límpida agua que discurría mansamente cerca de la casa y en él hacía sus abluciones sin secarse jamás con toalla alguna. Una vez tomado el baño y en el cuerpo chorreando agua, regresaba al hogar e instalábase en la «verandah».

Allí, puesto en pie, con el tronco erguido, Si Abderhaman aspiraba el aire por la nariz, lentamente, y con un movimiento continuo, dilatando, en primer lugar, la parte inferior de los pulmones mediante el descenso del diafragma y avanzando, luego, la parte anterior del abdomen, inmediatamente dilataba las costillas y llenaba la parte media de los pulmones, y, finalmente, avanzando la parte superior del pecho, y levantándola todo lo posible, al igual que las clavículas de los hombros, acababa de llenar el vértice de los pulmones.

Cuando éstos estaban llenos por entero, retenía el aire unos segundos. Luego espirábalo lentamente manteniendo el pecho firme mediante el abdomen ligeramente inclinado hacia adentro.

Una vez integralmente vacíos los pulmones, retenía, asimismo, la respiración por espacio de unos segundos y volvía a comenzar según queda descrito.

Le interrogué detenidamente acerca de esta práctica, pidiéndole detalles minuciosos, y me convenció de tal modo que decidí probar. Inmediatamente me percaté de que semejante ejercicio no podía realizarse sin alguna dificultad inicial que, justo es decirlo, desapareció rápidamente, dejándome sentir ya, desde las primeras sesiones —que fueron muy imperfectas—, los beneficios que reportaba: oxigenación más completa de mi sangre, masaje automático ejercido sobre mi caja torácica, mayor intensidad en la circulación, estímulo en las funciones hepáticas, estomacales y de todas las vísceras, conduciendo, el conjunto, a una mejora notable del metabolismo, es decir, de las combustiones profundas, que constituye el fenómeno vital.

Desde entonces me adapté tanto a la costumbre esa de la respiración integral y consciente que, casi automáticamente, la hice

preceder, durante un lapso de tiempo de cinco a diez minutos, a todos mis ejercicios físicos cotidianos.

No sólo a esta respiración debo el haberme curado el coriza crónico que padecía, que desapareció al cabo de un mes, sino que pude comprobar holgadamente que mi estado general manteníase mejor que nunca.

El lector adivinará que, desde aquel instante, no he dejado ni un solo día de respirar, todas las mañanas y cada noche, durante diez minutos, ya sea de pie, ya acostado en la cama o en un diván, de boca arriba y en una completa relajación muscular, según el método de los yogis indios.

Es necesario tener presente que la amplitud del ritmo respiratorio así obtenida, pasa en parte, y poco a poco, al ritmo de la respiración inconsciente o bulbar, la cual no tarda en alcanzar toda la perfección que pueda desearse.

Añadiré que el retener durante unos segundos el aire inspirado tiende a purificar el aire que queda en los pulmones como residuo de las respiraciones precedentes y facilita, asimismo, la máxima oxigenación de la sangre. Su utilidad hase visto que es todavía mayor cuando el doctor Roger, uno de los fisiólogos más sabios del momento, ha podido demostrar que las grasas ingeridas son carburadas directamente por los pulmones sin pasar por el hígado, bajo la influencia combinada del oxígeno y de un fermento específico denominado «oxydase».

Como conclusiones prácticas a cuanto queda apuntado, voy a resumir en pocas palabras las indicaciones esenciales para obtener una perfecta respiración integral.

1.º Mantenerse en pie y erguido o, bien, sentado, y aspirar el aire por la nariz pausadamente, pero de manera continua, de suerte que los pulmones se llenen por entero de aire.

2.º Reténgase el aire unos segundos.

3.º Espírese lentamente, manteniendo erguido el pecho y retrocediendo hacia adentro el abdomen ligeramente y elevándolo con lentitud a medida que el aire se escapa de los pulmones.

No se olvide tampoco que esta respiración completa no es una práctica forzada o anormal, sino, por el contrario, un retorno a las costumbres del hombre primitivo, una prudente y acertada vuelta a la Naturaleza, nuestra madre común.

El comunismo libertario es anarquía, y la anarquía es comunismo libertario

Gastón Leval

Al camarada Isaac Puente

Me mueven a escribir estas líneas ciertas consideraciones hechas por el camarada Isaac Puente, en un artículo publicado en el número 121 de esta Revista. Aunque de acuerdo con el espíritu general del mismo, que comparto en absoluto, discrepo en cuanto a ciertos postulados finales («la soberanía individual es una aspiración de índole superior», por ejemplo, siendo el amor infinitamente superior al egotismo de la soberanía individual). Pero, por su importancia inmediata y primordial, coloco la diferencia que Isaac Puente afirma existir entre anarquía y comunismo libertario.

Reproduciré el párrafo que habla de esta diferencia. Es un poco largo, pero es necesario tenerlo bajo los ojos para la claridad de la discusión.

«La anarquía la vivirán los anarquistas, pero no pueden vivirla los que no lo son, los que no han comprendido ese elevado ideal, ni han sentido siquiera la inquietud de trazarse por sí mismos una norma moral. El comunismo libertario quieren y pueden vivirlo los hombres sin ideología y sin convicciones anarquistas, puesto que se va concretando como aspiración colectiva, porque fracasa la política, y, puestos en la precisión de buscar un sustitutivo al régimen capitalista, se va convirtiendo por el imperativo del proceso histórico en el régimen del porvenir.»

Este distingo entre comunismo libertario y anarquía, comunismo libertario y anarquismo, ha sido ya afirmado por otros compañeros que pertenecen a varias tendencias (Pestaña, Bilbilis, etc.), y sacan de esa supuesta diferencia conclusiones diversas, todas inquietantes para la unidad de nuestra acción, la consecuencia de nuestras actitudes y la clara comprensión del camino que debemos seguir.

Ya he combatido este confusionismo extremadamente peligroso, que abandona prácticamente al anarquismo y a la anarquía, pretendiendo romper toda la tradición, la base, el edificio doctrinal levantado por nuestros teóricos, renegando, a juzgar por las apariencias, de cuanto han predicado Proudhon, Reclus, Bakunín, Kropotkín, Faure, Mella, Malatesta y todos los demás.

Yo quisiera que de una vez se explicara concretamente, documentalmente, cotejando las teorías de las dos escuelas (¿?), con sus publicaciones en mano, en qué consiste la pretendida diferencia entre comunismo libertario y anarquismo.

Quisiera que se nos explicara, que explicara el camarada Isaac Puente, cuál es la diferencia entre estas acertadísimas afirmaciones suyas que constituyen a su juicio la base política del comunismo libertario: «La libertad individual sólo puede desarrollarse dentro del círculo de la soberanía colectiva», «reconociendo la necesidad de la ayuda y del apoyo mutuo, y acatando el interés general sobre el particular», y las normas doctrinales preconizadas por los hombres que hemos citado, y otros muchos que podríamos citar.

Yo afirmo que no hay ninguna; que esos conceptos han sido preconizados desde que se habla de anarquismo comunista, que fueron siempre los postulados fundamentales del anarquismo, y que pretender que son algo distinto, que el comunismo libertario no es anarquismo ni el anarquismo comunismo libertario, que quien puede vivir el comunismo libertario puede no ser capaz de vivir anárquicamente, y viceversa, es desfigurar el anarquismo por propia voluntad o por desconocimiento.

No está en mi ánimo ofender a nadie, y hablo en esta forma tan rotunda, porque veo con mucha inquietud estas disposiciones doctrinales que amenazan derribar nuestro movimiento, que pretenden ignorar una labor internacional científica, teórica y práctica de sesenta años, y que no pueden sustituirla porque los nuevos «teóricos» del comunismo libertario no pueden ser comparados, ni por su cultura ni por su valer, con Reclus, Bakunín, Kropotkín y Malatesta.

Ocurre en España un fenómeno triste: se habla de anarquismo sin conocerlo, sin haber leído a sus teóricos, estudiado sus obras y meditado sobre ellas. Lo que se sabe de él ha sido recogido en las afirmaciones de elementos poco menos que analfabetos —mental y culturalmente—, y de esas «enseñanzas» (¿?) se sacan toda clase de deducciones descabelladas.

Ya he señalado documentalmente que nuestros teóri-

cos se llamaron indistintamente, especialmente en estas dos últimas décadas, anarquistas comunistas o comunistas libertarios. Quien haya leído a Faure, Malatesta, Fabbri, Rocker, elementos intelectuales teóricos dominantes durante estas dos décadas, ha podido ver empleadas continuamente estas dos expresiones como sinónimos absolutos, sin que jamás hayan establecido, ni ellos ni los que militan en nuestras filas como elementos de reconocida valía intelectual, la menor diferencia.

Anarquía ha significado siempre, especialmente en España, comunismo y libertad, concepto revolucionario de la transformación social, apoyo mutuo, cuyo teórico formidable fué el *anarquista* Kropotkin, soberanía colectiva como resultado de las soberanías individuales, y todas estas cosas que hoy se nos presentan con el nombre de comunismo libertario, que ya tienen sesenta años en nuestras obras fundamentales, y que nosotros, los anarquistas, sabemos de memoria.

¿El comunismo libertario no admite la organización autoritaria de la sociedad? Es, pues, anarquismo. Si algunos han caricaturizado la anarquía hasta el punto de representarla como una sociedad en que los hombres y las mujeres vivirán en las mieles de una perfección individual absoluta, y de relaciones interindividuales paradisiacas, seres idílicos y etéreos cuya concepción es de una inbecilidad desconcertante, no tenemos nada que ver con esto, y la anarquía tampoco.

Los conceptos generales de reconstrucción expuestos por Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Fabbri, Faure, no se diferencian fundamentalmente de los expuestos por el camarada Puente.

¿Soberanía colectiva sobre la individual? ¿Cuándo dijo otra cosa el anarquismo? La rebelión individual contra la soberanía colectiva que es la suma de las voluntades, de los deseos, de las necesidades individuales, no ha sido nunca una postura anárquica, sino individualismo aristocrático o sandio (1). ¿Etapa de reconstrucción durante la cual no se vivirá aún la armonía relativa a la que se puede sensatamente aspirar?

¡Leed los artículos de Malatesta, los juicios de Faure, en *Mi comunismo*, lo que hemos dicho siempre todos, con más o menos vigor, con más o menos talento! Veréis que no es esto un descubrimiento de los nuevos comunistas libertarios. Pero insisto en que, si no presiona en la sociedad, o en el conjunto de los organismos económicos, culturales, etc., que la compongan, ninguna minoría; si algún núcleo se arroga el derecho de mandar a los demás; si los acuerdos se toman en las Asambleas, por mayoría de votos, no habrá autoridad en el sentido que la combatimos los anarquistas, no habrá *arquía*. Habrá anarquía. Podrá ser más o menos perfecta, pero será siempre anarquía. La anarquía no ha sido siempre sinónimo de perfección absoluta, sino de sociedad sin autoridad política, sin tiranía de ninguna clase que coaccione al conjunto de los habitantes. El mayor o menor grado de perfección dependerá de las circunstancias y de la cultura moral de los hombres.

Realizar el comunismo libertario es exactamente lo mismo que realizar el comunismo anárquico.

No hacemos una cuestión de palabras, sino de interpretación de las ideas y de las actitudes, de los conceptos prácticos de acción que esta interpretación origina y puede originar. Concretaremos nuestras críticas en los siguientes puntos:

1. Al afirmar que el comunismo libertario es distinto del anarquismo, y que la revolución debe construir una sociedad comunista libertaria, dejando la anarquía para después, se abandona el anarquismo dejando abiertas las posibilidades de concebir un comunismo llamado libertario que no sea anárquico, es decir, que sea prácticamente autoritario o semiautoritario. Es lo que han hecho Pestaña y Besnard, con sus conceptos sindicalistas. Es lo que hace prácticamente la escuela sindicalista, soreliana o no.

2. Al afirmar que el comunismo libertario es distinto del anarquismo, se declara prácticamente que Faure, Malatesta, Fabbri, Rocker y tantos otros son unos pobres locos, ya que ellos se llamaron siempre con las dos denominaciones que han creado y difundido, y nunca establecieron entre comunismo libertario y comunismo anárquico diferencia alguna.

3. Al afirmar que el comunismo libertario es distinto del anarquismo, se hace que todos los elementos recién venidos a nuestro movimiento, y los que vengan, busquen en los teóricos de este comunismo libertario todo su alimento intelectual y doctrinal, olvidándose o ignorando la pléyade de nuestros teóricos anarquistas y una enorme labor intelectual y práctica de sesenta años. Esto, quiérase o no, no puede compensar a aquello, y el alimento, que es sustancioso, aun cuando fatalmente insuficiente en algunos compañeros, es un veneno o un engaño en demasiados improvisados «teóricos».

4. Al afirmar que el comunismo libertario es distinto del anarquismo —cuando, en realidad, se toma de éste, por canales indirectos, la mayor parte de sus ideas—, se deforma la verdad histórica, cosa que la menor honradez intelectual no puede ni admitir ni hacer.

No creo que haya, desde el punto de vista revolucionario, el menor inconveniente en llamarse comunista libertario. Repito que no es cuestión de nombre. Lo grave es creer que se propagan al recomendarlo cosas distintas del anarquismo, y afirmarlo. Es grave porque es inexacto, como en el caso del camarada Isaac Puente, porque esto desorienta a nuestro movimiento y amenaza hacer como dos generaciones separadas por errores aparentemente teóricos y de hecho fácilmente subsanables.

Conviene reaccionar contra tales confusiones, no en forma agria y hostil, aunque franca y cordialmente ruda, si un poco de rudeza es necesaria para llamar las cosas por su nombre y desterrar recelos y suspicacias que tal vez una aclaración de ambas partes puede suprimir.

(1) «Mundo de videntes en las puertas del manicomio», escribía Mella.

Atalaya

H. Owen

La crisis económica, el paro forzoso y las elecciones

La situación desesperada por que atraviesa el obrero en España, las angustiosas proporciones que alcanza el paro forzoso en nuestra nación, el estado misérrimo de la economía ibérica y cuantos problemas afectan directamente y de una manera casi exclusiva a la clase trabajadora, están siendo explotados estos días por los políticos desaprensivos, por los eternos farsantes del tinglado gubernamental.

Afirman las gentes de derecha que el lamentable colapso que sufre la industria en todas sus ramas y la miseria y el hambre consiguiente que reinan en el país son obra peculiarísima de los Gobiernos republicanos y proclaman a los cuatro vientos que ellos —las derechas— poseen la panacea que ha de calmar todos los dolores y remediar todos los males. Es evidente, sin embargo, que el hambre, la depauperación y todos los fenómenos inherentes a la indigencia tenían análogas proporciones cuando gobernaron las derechas que durante el mandato de las izquierdas. Eso lo saben perfectamente todos los obreros, especialmente los del agro en Castilla y Andalucía, que veían, antes como ahora, famélicos y raquíticos a sus hijos que clamaban pidiendo pan y no podían dárselo; que, entonces como hoy, habían de sucumbir bajo el despotismo del amo y cuyas más leves demostraciones de protesta eran anegadas en sangre.

Ningún derecho les asiste a las gentes de derechas para proclamarse defensoras del obrero. Su gestión gubernamental fué tan desastrosa como la de todos los políticos —ávidos y rapaces— que arruinan cuanto se abandona a sus manos. Prueba de ello es que, mientras la Deuda Pública nacional ascendía, en 1919, a 12.456.107.491 de pese-

tas, la de 1931, se había elevado a pesetas 19.898.847.800. Es decir, que en un período de once años, la Deuda, por obra y gracia de la inepticia de las derechas, aumentó en 7.442.740.309, cifra fabulosa dado el corto lapso de tiempo en que fué acumulada.

La economía hispana, bajo la férula de las derechas, sufrió quebrantos reiterados y profundos, como lo demuestra la transacción de la libra esterlina que, en 1919, se cotizaba a 19'79 pesetas, y en 1931, en las postrimerías de la monarquía, a 48'40.

Pero si calamitosa fué la obra de quienes pretenden reconquistar la hegemonía del país, nefanda hubo de ser la actuación de quienes les sucedieron. Tampoco las izquierdas, que en su propaganda electoral tanto se ufanan de haber beneficiado a los humildes, pueden vanagloriarse de mayores aciertos. Los obreros en paro forzoso —cuyo número no podemos precisar a falta de estadísticas fidedignas— forman ya un contingente más que respetable. Por dondequiera aparece el espectáculo bochornoso de los seres sin hogar y sin pan, de los niños abandonados por las calles ciudadanas porque sus padres, en una desesperada y afanosa búsqueda del pan cotidiano, han de ir de puerta en puerta implorando las migajas que caen de las mesas de los magnates. Existe, bajo el régimen republicano, el mismo contraste indignante del opulento banquero y el desaharrapado sin trabajo, sin que los continuos alardes de mejoramiento social hechos por los políticos de la República hayan pasado de ser palabras huecas.

Nada provechoso ha hecho la República para los obreros, pues el crear una Caja contra el paro forzoso, unas Oficinas de colocación y los Jurados mixtos no ha sido sino agravar la situación obrera, aumentando las cargas, ya de suyo importantes, que pesan sobre la clase laboriosa, con el exclusivo ob-

jeto de sostener una burocracia, numerosa, es cierto, pero absolutamente inepta.

Cierto que la República española destinó «sesenta y seis millones, setecientos ochenta y cinco mil doscientas una» pesetas para remediar el paro forzoso, pero no es menos verdad que las tres cuartas partes de esta cantidad hanse escurrido entre las mallas burocráticas, de suerte que, para conjurar la crisis de trabajo, en efectivo, no se han empleado más de dieciséis millones de pesetas. ¿En qué ignorados recodos del camino han quedado engarzados los cincuenta millones restantes? Lo ignoramos, pero los numerosos empleados y oficinistas que, para proceder al reparto de las pesetas se nombraron, podrían, tal vez, detallándonos sus sueldos fabulosos, sus dietas, comisiones y gastos extraordinarios, darnos la clave del problema.

La crisis económica que asola al mundo, gigantesca, aterradora, no puede solucionarse con una política de derechas ni con una de izquierdas. El hambre, la miseria y las privaciones de las clases laboriosas no hallarán el remedio adecuado hasta tanto las muchedumbres, que sufren y se afanan, no se percaten de la mentira política y se encaminen hacia la solución radical del problema mediante una acción social de conjunto, coordinada y creadora, que levante, frente al ruinoso edificio de la economía burguesa, la mole ingente de un estado social *aeconómico*, y, por tanto, equitativo y justo.

¡El economista Keynes tiene la solución!

En unas declaraciones a la prensa, el economista inglés Keynes afirmó que la crisis mundial es debida a que la baja de los precios ha hecho desaparecer el margen de beneficios comerciales hasta el punto de trocarnos en negativos. Ya estamos viendo a los infelices comerciantes, que ganan tan sólo el *cuarenta por ciento*, pidiendo limosna por esas calles, mientras los opulentos obreros en paro forzoso alimentan opíparamente... de aire a sus hijos

Afirmó también el sabio (¿?) economista que, para conjurar la crisis hay que desarrollar los gastos a un ritmo más rápido que el aprovisionamiento del mercado. A cuyo fin, el público—ese público que no puede comer—debe acrecer su capacidad de consumo. Como ello es cosa difícil cree que podrían

aumentarse los ingresos de la masa mediante grandes empréstitos que hiciesen circular el dinero atesorado. Indudablemente, nuestro hombre es un gran sabio. Hay que gastar, pero, ¿qué van a gastar quienes no ganan? Y ¿qué solución es esa de los empréstitos, tan desprestigiada de puro vieja, paliativo que, en último término, han de pagar los propios obreros, si éstos no pueden siquiera adquirir lo más indispensable? No cabe duda de que Keynes es una mentalidad cumbre... entre los rumiantes.

Los socialistas quieren sacrificarse

Es evidente que los socialistas hállanse siempre dispuestos a realizar los mayores sacrificios con objeto de «servir desinteresadamente al pueblo». Una demostración de ese espíritu abnegado que poseen los señores del Partido Socialista lo es la proposición no ha mucho presentada al Ayuntamiento de Madrid por la minoría del «Partido», proponiendo que los cargos municipales —alcaldes, tenientes de alcalde, concejales, etc.—fuesen retribuidos. Es tanto el amor que sienten hacia el pueblo esos discípulos averiados de Marx, que estaban dispuestos a sacrificarse aceptando la siguiente escala de sueldos, *completamente insignificante*:

Los tenientes de alcalde y concejales, en las poblaciones de diez a veinte mil habitantes, 3.000 pesetas al año; de veinte mil hasta treinta mil habitantes, 4.000 pesetas; de treinta mil a cincuenta mil almas, 5.000 pesetas; de cincuenta mil hasta sesenta mil habitantes, 6.000 pesetas; de cien mil hasta doscientos cincuenta mil ciudadanos, 7.000 pesetas; de doscientos cincuenta mil a quinientos mil, 8.000 pesetas; pasando de quinientos mil habitantes, 10.000 pesetas. Los alcaldes percibirían un sueldo doble del asignado a los concejales en cada categoría.

¡Si a esto no se le puede llamar abnegación y laborar denodadamente para llevar pan a la boca de los obreros hambrientos y carentes de trabajo, que venga Rita y lo diga! Los socialistas no olvidan a los pobres... a los pobres ediles, se entiende.

Azulejas

Eugenesia y neomaltusianismo

Existe una marcada tendencia a criticar el neomaltusianismo presentándolo como a una práctica peligrosa que hay que proscribir y aseverando que el uso de los medios anticoncepcionales produce trastornos orgánicos, especialmente en la mujer, que son, luego, causa de innúmeras enfermedades nerviosas. Quienes tal afirman desconocen, desde luego, lo que el neomaltusianismo es integralmente estudiado, puesto que la higiene anticoncepcional forma uno de los capítulos de la ciencia moderna y posee una técnica alquitarada que permite recurrir a ella sin peligro alguno, inmediato ni futuro, para los que la practiquen.

De otro lado, existe entre la masa una ignorancia profunda acerca de las doctrinas eugenesias, hasta el punto de que la inmensa mayoría de los hombres que practican la selección artificial en las especies animales no se preocupan en absoluto de velar por el mejoramiento de la estirpe humana ni toman precaución alguna para infundir vigor y vitalidad a sus vástagos o para evitarles dolencias y trastornos a veces irreparables.

Incluso entre las personas ilustradas óyese sustentar la peregrina tesis de que nuestros conocimientos científicos no están lo suficiente desarrollados para que podamos lanzarnos a las prácticas eugenesias.

Semejante teoría es por completo absurda, ya que la ciencia ha logrado fijar con notable precisión las leyes de la herencia y se sabe que las taras de los padres se transmiten a los hijos generalmente aumentadas, agravadas. Sabiendo esto, toda persona medianamente consciente, y responsable, por tanto, de sus actos ante sí misma, no vacilará en evitar la procreación de seres que podrían venir al mundo en malas condiciones de eutenia.

Ahora bien, ¿qué medios ha de emplear el partidario de la eugenesia a fin de evitar, en tanto él y su cónyuge se preparan conve-

nientemente para la paternidad, una procreación que se considera indeseable? Indudablemente, los que le proporciona el neomaltusianismo. Y si ello es así, si el neomaltusianismo o higiene anticoncepcional es el recurso necesario de todo eugenista, ¿puede negar nadie su valor científico y su utilidad manifiesta?

Además de las razones éticas, repetidamente invocadas y expuestas por todos los propagadores del neomaltusianismo, existen razones fisiológicas, tales como las expuestas que abonan su adopción. No se trata ya de limitar el número de nacimientos con objeto de restarle hombres al militarismo y brazos a la explotación capitalista, sino también de procurar, por todos los medios, que la «calidad» humana mejore de manera integral, cooperando a la realización del ideal eugénico que aspira a una humanidad físicamente fuerte y ampliamente capacitada en el orden intelectual. Tan sólo cuando, con la mira puesta en un horizonte de perfectibilidad y liberación, se percaten los humanos de la necesidad de hermanar, en la práctica, el neomaltusianismo con la eugenesia, haciendo de ellas la única religión que puede elevarnos hasta la divinidad —el hijo—; tan sólo cuando hayamos comprendido que lo esencial para la implantación de un porvenir venturoso estriba en crear «individualidades de calidad» —verdaderos superhombres—, tan sólo entonces habremos laborado eficazmente para dar al traste con el detestable sistema actual de civilización.

¡Mujeres, recurrid al neomaltusianismo!

La más interesada en adoptar los métodos anticoncepcionales es, sin duda, la mujer, puesto que ella, aparte del hijo, es quien más directamente sufre las consecuencias de una procreación desmedida y exenta de prepa-

ración. Para que nuestras lectoras se formen una idea aproximada de los peligros a que las exponen los embarazos reiterados y los partos a profusión, transcribamos las siguientes cifras demostrativas:

En Inglaterra, país donde la higiene preconcepcional se practica más que en ningún otro de Europa, murieron, en 1926, a consecuencia del parto, 2.860 mujeres. En Norteamérica, nación también señera a este respecto, fallece una madre de cada ciento cincuenta que dan a luz, proporción aterradora y que da, al año, una cifra respetable. Y si ello es así en países «avanzados», ¿qué será en España, «donde ni siquiera se publican estadísticas de esta índole, por temor a horrorizar a la gente? ¡Mujer, salvaguarda tu salud y tu vida por medio del neomaltusianismo!

¡El vegetarianismo se impone!

Un doctor prestigioso, en un rasgo de sinceridad, ha tenido el buen acierto de hacer públicos los riesgos a que se exponen los «carnívoros». Afirma dicho médico que las ostras, almejas, embutidos y fiambres son susceptibles de producir desórdenes gastro-intestinales con dolores punzantes, vómito y deposiciones de aspecto coleriforme. En algunos casos, si el «alimento» está en malas condiciones, se presenta fiebre, que se eleva a 39 y 40 grados. Se presenta en tal caso un proceso análogo al de la tifoidea y, si no se llega a tiempo, el paciente puede fallecer víctima de intoxicación. No queda más recurso, lector querido, para evitar estos peligros, que decidirse por el vegetarianismo; es el único régimen que no intoxica.

Los sabañones

Al llegar los primeros fríos multitud de personas ven aparecer, en manos y pies, el *eritema pernio* —que tal es el nombre científico del sabañón—. Por lo general, este fenómeno es el aviso de que existe una anomalía funcional y se presenta casi siempre en personas de constitución linfáticoescrofulosa, que son terreno abonado para tales manifestaciones morbosas. Lo esencial, pues, con objeto de evitar la aparición de sabañones, es adoptar un régimen

vitamínico intenso que modifique este predominio ganglionar.

Pero como esto es un trabajo lento, cuyos resultados, aunque duraderos, tardan por lo menos un año en hacerse patentes, aconsejamos que, además del régimen, se recurra, para eliminar los sabañones, a activar la circulación periférica de la sangre por medio de fricciones enérgicas con jugo de limón o alcohol alcanforado; lociones con agua caliente o con infusión de hojas de nogal y también baños de vapor fuertes seguidos de fricción de jugo de limón. Sin olvidar el masaje bicitidiano de manos y pies. Habrá de evitarse el enfriamiento excesivo de las extremidades, así como el calentarse en estufas, braseros, etc., que debilitan la resistencia al frío. Con tan sencillos procedimientos evitaréis o curaréis los sabañones.

DIÓGENES ILURTENSIS

Colección "AYER, HOY Y MAÑANA"

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. De forma que cada uno de estos folletos contiene las ideas más selectas y el contenido ideológico de varios volúmenes. Van publicados los siguientes:

	Ptas.
<i>Pobres y ricos</i>	0'30
<i>La política y los políticos</i>	0'30
<i>Democracia, sufragio y parlamentarismo</i> ...	0'30
<i>Periódicos y periodistas</i>	0'30
<i>Capital, dinero y trabajo</i>	0'30
<i>La guerra</i>	0'30
<i>La sociedad actual</i>	0'30
<i>Criminales, leyes y juzgadores</i>	0'30
<i>Socialismo, sindicalismo y anarquismo</i> ...	0'30
<i>El amor</i>	0'30

El contagio moral y la lucha contra las psicosis colectivas

Santiago Valentí Camp

IV

Nuestra época es aquella en que más fácilmente se divulgan y esparcen por dondequiera las ideas, las emociones y cuanto concierne a la vida psicofísica. Y ello significa que, asimismo, las expresiones verbales, las imágenes y metáforas, tienen el privilegio de despertar en quienes oyen o ven una inmensidad de recuerdos, nostalgias, ensueños y anhelos de distinto orden que, trocándose, a menudo, en emociones comunicativas, simpáticas o adversas, llegan hasta lo más íntimo y profundo de la sensibilidad, hiriéndola en algunas ocasiones y causando incluso traumas espirituales, si así pueden denominarse, provocando al propio tiempo reacciones físicas que se traducen de una manera vivísima al exteriorizarse. En los períodos en los cuales se actúa intensamente, adviértense los efectos palpables del contagio, porque no existe valladar que dificulte o imposibilite el que las concreciones truéquense en deseos vehementes de llevar a la práctica los ideales suspirados.

En unos casos, la mayoría, trátase de meros movimientos reflejos, por lo común inconscios y que tan sólo tienen plasmación en la esfera de lo físico. En otros, por el contrario, el pensamiento que se suscitara mediante la palabra, trasciende en forma de manifestación externa, y éste es el origen de un sinnúmero de movimientos que, entrecruzándose, refluyen en el alma de la muchedumbre, la cual vive tales módulos, que incluso llegan a ser el pan espiritual de gentes sencillas, simplistas y, por lo tanto, muy activas

y dispuestas para las realizaciones de ordinario semiautomáticas.

A medida que se ahonda en la analítica, se adquiere el convencimiento pleno de que la energía propulsora del pensamiento manifiéstase valiéndose de la palabra cálida, ardorosa, vibrante y aun estridente, y, además, que su poder expansivo carece de límite y llega más allá de lo que pueden presumir el tribuno o el panfletista.

Pero no es sólo la elocuencia de los grandes oradores de mitin o de asamblea la que penetra y cala en lo hondo del ánimo de las multitudes, sino que, asimismo, la exposición doctrinal que realiza en el laboratorio y la cátedra el profesor sobrio en las maneras, circunspecto en la factura de sus discursos y cauto en las conclusiones, despierta también ecos en las almas de sus alumnos al cabo de largo tiempo y luego de haberse ya extinguido su acción inmediata. Pero es indudable que determinadas lecciones profesoras conservan no sólo su valor, sino su eficacia en todos los tiempos y lugares. Esta es, sin duda, la gran virtud de los postulados de quienes conságranse a la didáctica, poniendo en ella entusiasmo y devoción. Y es que los ejemplos de sapiencia y de dotes activas de bondad perduran, y, a menudo, circunstancias históricas pónenlas de nuevo en evidencia, de suerte que quienes fueron alumnos predilectos de un varón insigne, recuerdan y rememoran sus previsiones, conservando, así, su valor prístino que se actualiza por motivos ambientales.

Los mejores agentes del avance en el orden teórico y en el pragmático son las

obras, escritas o no, de los eminentes definidores, de aquellos hombres representativos que se anticipan a su tiempo y que, por esto, jamás son inactuales.

Una buena parte de la civilización occidental, antes, ahora y siempre, tiene una fuerza de proyección inmensa. Lo triste y en ciertos respectos afflictivo es que, en casi todos los países, hay grandes sectores de opinión todavía influídos por las doctrinas arbitrarias y falsas y por las enseñanzas de menudada calidad, que, sin embargo, no dejan de tener menor fuerza expansiva para emboratar la sensibilidad de centenares de miles de personas condenadas a un pasto espiritual poco nutritivo y, en algunos casos, tóxico o infeccioso, porque difunde y propaga yerros, lugares comunes y aun vicios.

Así como el libro excelente es un elemento poderoso y activísimo de cultura y civilización, es también altamente perjudicial cuando los editores sin conciencia y sólo atentos a enriquecerse, sirven al público obras de escaso o ningún valimiento intelectual, pero que constituyen un estímulo para remover el poso cenagoso de las almas caídas, enfermas, abyectas. Pero, más que el libro, posee una enorme fuerza de penetración y expansionamiento que no puede medirse, el periódico, y en orden más limitado, la revista. ¿A qué se debe la extraordinaria energía que llega a adquirir en los instantes actuales la denominada gran prensa? A que su acción no sólo se prolonga y dilata, sino que su repetición incesante deja una huella profundísima, imborrable, no sólo en los espíritus, sino, lo que es más grave y muchas veces irremediable, en los corazones y en la memoria, triunfando porque consigue vencer todas las resistencias que puedan oponérsele.

Los periódicos diarios y la pantalla son, en nuestra época, los dos ejemplos máximos para producir el contagio psicopático. Pero también lo han sido y lo son de divulgar las nuevas teorizaciones, inventos, descubrimientos e indagaciones. De suerte que, en ocasiones, quedan contrabalanceados los efectos nocivos por la acción corroborante de la cultura, que expanden los grandes rotativos.

El ambiente intelectual, cívico y ético en que vivimos es como una atmósfera en la cual encuéntrase nuestra alma circundada, y muchas veces sujeta, por influencias difícilmente evadibles y evitables. Además, el alimento que hace vivir, prosperar e incluso alcanzar el triunfo, es la nutrición

que nos suministran los articulistas de periódicos y revistas.

Sería imperdonable que se tratara de amenguar el influjo que alcanzan las hojas periodísticas en el ánimo del gran público, porque ya pueden considerarse como hechos de experiencia un sinnúmero de casos comprobados, reveladores del poder que logra ejercer la publicación diaria, hebdomadaria y mensual. El fermento espiritual que más contribuye a suscitar la actividad de las muchedumbres es, pues, la prensa periódica.

Para muchas gentes, el único elemento de revelación es lo que leen en su periódico predilecto. Pero acontece a menudo que los lectores carecen de cultura y de juicio crítico para discernir acerca de la calidad del alimento que se le suministra, y, así, ignoran el poder fortificante de las ideas y si sirven o no para elevar las almas, o si, por el contrario, las debilitan hasta depotenciarlas. Y este es un problema que, para el psicólogo, reviste singular trascendencia. Y así como los consejos dictados por la prudencia y la previsión son útiles y fecundos en resultados, los malos ejemplos son, asimismo, de una fertilidad terrible, porque pueden ser fautores de iniquidades, infamias y ultrajes inferidos a la ingenuidad, el candor y la buena fe.

Para el bien individual y la transformación colectiva, los de protervia son a modo de pestilencias morales que destruyen todo propósito de hacer el bien y deparar la dicha, y engendran y hacen proliferar la mendacidad y aun el crimen. Los contagios nauseabundos, en la esfera de la ética, son capaces de determinar las más horrendas y mortíferas epidemias para las almas y las conciencias. Ahora, el mundo entero contempla, con estupor, cómo determinadas formas de las dictaduras más brutales y esclavizadoras, cunden y se propagan en países a los que un ilusionismo fantástico llevó a hacerles creer que habían de ser imposibles en estos instantes en que las mentalidades cumbre culminan en los aspectos más bonancibles y en que la verdad científica y la belleza artística y literaria conmueven y admiran a los estudiosos insaciables.

Muy a menudo se olvida que las grandes comunidades sociales son por demás accesibles a las imitaciones contagiosas y dadas a seguir las huellas que ante ellas traza algún espíritu aventurero que busca un avatar que le sirva para adueñarse de la simpatía morbosa de las mentes fáciles a las sugerencias.

En todos los tiempos ha habido «medios de cultivo» sumamente favorables para que se desenvuelvan y adquieran virulencia y difusión los gérmenes fermentables, según la expresión de Carlos Fernet, el ilustre biólogo francés, y ello explica que allí en donde advertimos que surgen y se propagan los más bellos y admirables rasgos de solidaridad, altruismo y abnegación, aparecen, a modo de contraste, los sembradores de odios y discordias. Lo difícil es evitar que los malos pastores hallen acogida y terreno asequible para aquellas doctrinas que llevan todos los elementos que constituyen la levadura que, en el decurso de años o sólo de meses, fomenta la psicosis, extendiendo su esfera de interacción.

En el vasto dominio del contagio, así en lo físico como en lo moral, hallamos, en no pocos casos, la presencia de dos elementos o factores con los cuales hay siempre que contar, y son: de un lado, un germen, y de otro, un terreno en el cual prolifera, vive espléndidamente y adquiere singular virulencia aquél. Del valor relativo de tales elementos y de la acción recíproca que ejercen sobre otro, surge el fenómeno que manifiéstase por efectos unas veces útiles y otras perjudiciales para la salud y el bienestar, ya que ocasionan la enfermedad y la muerte. Y como en todo lo humano, vemos siempre el bien y el mal en constante y perenne pugna. De modo que, al lado de la coordinación y del avance encontramos las fuerzas que contribuyen a fomentar el desasosiego y la intranquilidad, y junto a los que propugnan por la colaboración y la hermandad, a los que despiertan el furor de la horda ambulatória de los tiempos pretéritos que se actualiza. Y, así, contrastamos que, después de un siglo de esfuerzos para humanizar la justicia, siguiendo las magníficas enseñanzas de Beccaria, ahora acaba de restablecerse, en un país del centro de Europa, la terrible y brutal pena de muerte a hachazos.

Y es que el espíritu humano es tan olvidadizo que ya no recuerda que «vale más prevenir que curar». Este admirable precepto, modelo de perspicacia, buen sentido y ecuanimidad, no es, por desdicha, el más señero de los objetivos de la labor directora y selectiva de las grandes comunidades humanas. Y, sin embargo, una luctuosa experiencia demuestra que, a cada instante, se hace más preciso e indispensable redoblar la lucha inteligente contra las morbosidades

contagiosas. Indubitable es, por tanto, que ésta sería una de las efectivas y bienhechoras cruzadas que podrían realizarse en nuestra época difícil y preñada de peligros inminentes. La gloria real y verdadera de este siglo sería el poder ostentar el galardón de haber vencido, empleando los medios profilácticos, el sinnúmero de plagas y azotes que siguen diezmando el linaje humano, no obstante ser, muchos de ellos, evitables con sólo abrigar el propósito firme y resuelto de trocar en realizaciones, en el orden jurídico y social, aquellas conquistas logradas por el pensamiento teórico y la investigación.

Seguramente una de las causas determinantes de la lentitud con que se llevan a la práctica las verdades arrancadas por medio de la indagación, es la desmedida confianza que el común de las gentes posee respecto a los admirables y aun portentosos medios de defensa natural que se contienen en las colectividades; pero hay que añadir otra causa, y es la indiferencia y el que, sobre todo en los países meridionales, nadie se figura que puede ser objeto de la agresión de un número considerable de agentes patógenos infecciosos, así en lo físico como en lo moral. El peor flagelo que pesa sobre la humanidad en este instante es un conformismo esencial, cuyas hondas raíces han de buscarse, si no en la ignorancia, en el saber a medias, en esa erudición a la violeta, que tantos estragos causa. La cultura de similor es una calamidad que ha venido a suceder al analfabetismo, es decir, el entender las cosas de un modo defectuoso e incompleto por tanto, y a estimar qué los problemas no suelen agravarse y que cualquier tiempo venidero habrá de ser mejor aunque no nos esforcemos para transformar radicalmente la superestructura de las sociedades, fiando en que los pueblos nórdicos, que son más trabajadores y activos, nos brindarán el usufructo de sus obras ingentes de previsión y prevención de las psicopatías. En el fondo, todos los problemas adquieren en España caracteres gravísimos, precisamente a causa de esta falta de interés y entusiasmo que lleva a la gran mayoría a aguardar que los demás realicen aquello mismo que en su mano está llevar a cabo con un esfuerzo mínimo, a condición de que sea sostenido. ¡Problema de haraganería espiritual, privativa de los mediterráneos, partidarios de las fórmulas esquemáticas que son las únicas que nada resuelven jamás!

Preguntas y respuestas

R. Remartínez

Las preguntas (no más de dos o tres), deben redactarse claramente, en papel aparte, y dirigirse a ESTUDIOS, Apartado 158.—Las peticiones de cuestionarios, acompañando sello, deben dirigirse al doctor Remartínez, Conde de Salvatierra, 19.—No se contestarán más que aquellas preguntas que tengan un interés general, y que respondan al carácter divulgador y cultural de esta Sección.—Todas las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA: *¿Qué obra es mejor para el tratamiento naturalista de las enfermedades?*—Joaquín Bueza.

RESPUESTA: Hay varias, y entre ellas le recomiendo la del doctor Alfonso: *Cómo os cura la medicina natural*. Pero debe usted tener presente que estas obras sólo pueden cumplir una misión de orientación general. El tratamiento de las enfermedades incumbe al médico, ya que no hay dos enfermos iguales, y dos individuos que padezcan idéntico mal pueden precisar tratamientos enteramente distintos. En una palabra; hay que tratar enfermos y no enfermedades e individualizar el tratamiento en cada caso. Lanzarse a tratar una dolencia sin más guía que la lectura de un libro, por bueno que sea, y sin más conocimientos que los de un profano, es una imprudencia.

Si usted conoce francés, le recomiendo muy especialmente también la lectura de la obra *Medicina natural*, del doctor Paul Carton.

PREGUNTAS: *¿Por qué los latidos del corazón se ven a veces en el cuello y en las muñecas? ¿Pueden perjudicar las carnes saladas y grasas a un enfermo del corazón?*—C. Alarcía.

RESPUESTAS: Normalmente, en algunas personas se suelen percibir los latidos de la carótida en el cuello y aun de la radial en la muñeca, pero si este fenómeno es muy ostensible, lo más probable es que se trate de alguna enfermedad del corazón probablemente aórtica. Debe ver a un médico.

A la segunda: Desde luego, que perjudican a un enfermo del corazón..., y a un individuo sano, también.

PREGUNTA: *¿El tener el estómago caído puede ser causa de debilidad?*—J. M.

RESPUESTA: Sí, señor; por cuanto esos descensos suelen acompañarse de cierta atonía que se traduce en digestiones defectuosas. Pero es dolencia que puede curarse si el paciente no tiene mucha edad.

En cuanto a sus otras preguntas, precisan petición de cuestionario por tratarse de consultas.

PREGUNTAS: *Sobre bibliografía. Otra: ¿Por qué prohibía Pitágoras las habas a sus discípulos?* — Alía y Pujol.

RESPUESTAS: A la primera: Ignoro si hay traducidas obras completas de Einstein al español. Desde luego, resúmenes de su teoría de la relatividad, sí que existen. De Flammarion están traducidas casi todas sus obras al español. Le recomiendo lea, para lo que desea, *Pluralidad de mundos habitados y las tierras del cielo*.

A su otra pregunta: Porque las habas, por su excesiva riqueza en nitrogenados, constituyen un alimento demasiado fuerte; son, valga la frase, la carne de cerdo del reino vegetal. No convienen, por tanto, a los artríticos, a los obesos, a los sedentarios ni a las personas de alguna edad.

PREGUNTA: *Sobre una hernia.*—S. C. V.

RESPUESTA: Lo prudente es que se opere usted, si es que con el aparato de contención llevado suficiente tiempo no ha logrado curarse. La intervención es sencilla y quedará usted perfectamente. No le recomiendo que vaya en ningún momento sin el aparato o braguero por el riesgo (por remoto que sea) de una estrangulación.

PREGUNTA: *De un impertinente inconveniente.*

RESPUESTA: Hallará usted cumplida contestación a los asuntos que me expone en el librito mío sobre tuberculosis, que aparecerá en breve editado por ESTUDIOS.

PREGUNTA: *¿Es bueno beber agua en ayunas?*—Vergel.

RESPUESTA: Un vaso de agua, preferente tibia y adicionada de un poco de zumo de limón, tomado al levantarse, es una práctica excelente. Corrige el estreñimiento y obra como un buen y sencillo depurativo. No tiene contraindicaciones esta norma que todos debieran seguir.

Sus otras preguntas, por tratarse de consultas, precisan pedir cuestionario.

PREGUNTA: *¿A qué obedece el que se prohiban las uniones entre familiares próximos?*—F. Mugria.

RESPUESTA: La prohibición del incesto, que es casi universal, y cuya raigambre estriba y radica en antiguas supersticiones (le recomiendo lea *Ceremonias nupciales*, por Enrique Casas) la apoya también la civilización por un principio de eugenesia. En efecto, los hijos de parientes próximos que tengan alguna tara degenerativa nacerán con aquellas taras o deficiencias orgánicas multiplicadas. Es por esto la inconveniencia de la unión sexual entre consanguíneos.

Desde luego, si tanto el hombre como la mujer son perfectamente sanos, el fruto de la unión lo debe ser también.

PREGUNTAS: *¿Puede el reuma curarse? ¿Es hereditaria la epilepsia y puede curarse en un niño? ¿Cómo saber si estoy curado de una blenorragia que no da ningún síntoma actualmente?*—Un espartaquista.

RESPUESTAS: A la primera: El reumatismo es enfermedad rebelde, pero curable si no se abandona. Una vez que ha pasado a la cronicidad y ha producido deformaciones articulares, anquilosis, etc., es prácticamente irremediable. Es antes cuando hay que combatirlo con un tratamiento adecuado, alimentación conveniente, hidroterapia, termoterapia, etc.

A la segunda: La epilepsia es ciertamente hereditaria, por cuanto supone transmisión de una tara degenerativa (histerismo, histeroepilepsia) de los padres al hijo. Los casos leves (pocas crisis convulsivas o muy distanciadas, o simples estados de «ausencias epilépticas») pueden curar. Los casos inveterados intensos o de larga fecha no suelen curar, y sólo es dable disminuir la frecuencia o la intensidad de los ataques.

A la tercera: La falta de supuración uretral y aun la ausencia de filamentos en la orina matinal, con ser un indicio de curación, no son signos absolutamente ciertos. La única certidumbre que puede adquirirse estriba en practicar un espermocultivo, es decir, una siembra del semen y observar si se desarrollan colonias de gonococos. En casos de espermocultivo negativo, puede asegurarse la curación. Este procedimiento pueden practicarlo en cualquier laboratorio bacteriológico.

PREGUNTA: *Deseo saber si existe un dentífrico natural de buen resultado, y cómo cuidar los dientes y fortalecerlos.*—Antonio B. Solá.

RESPUESTA: Ya se ha contestado a esto, pero por su importancia insisto. Las normas esenciales de cuidar la dentadura (base de una perfecta masticación y por ende de una digestión perfecta) son: No comer cosas demasiado calientes ni demasiado frías, y mucho menos las unas a continuación de las otras. Evitar los manjares fuertemente condimentados y ácidos (vinagre). No fumar. Después de cada comida es conveniente enjuagarse bien la boca con agua fresca o tibia. Además de esto, es prudente hacer dos limpiezas diarias de la dentadura, la una, al levantarse, y la otra, al acostarse. Para ello se empleará una mezcla a partes iguales de polvo finísimo de carbón vegetal y de corteza de quina (asimismo finamente pulverizada), de la que se pondrá un poco sobre un cepillo, de cerdas algo fuertes, previamente humedecido. El cepillo debe usarse siempre en dirección vertical; es decir, de arriba a abajo para los dientes superiores, y de abajo a arriba para los inferiores, nunca lateralmente, porque así descarna las encías. Una o dos veces por año conviene visitar al dentista para que efectúe una limpieza a fondo y revise si hay algún principio de caries, que debe curarse (orificación o corona), evitando, si es posible, extraer la pieza dañada.

A varios preguntantes: Sobre los sabañones: También se ha contestado a esto, pero vuelvo a insistir. Los sabañones implican siempre una deficiente circulación cutánea; son, además, una manifestación de artritis

que muchas veces desaparece sólo con un cambio de alimentación que corrija aquél. Deben, por lo menos, evitarse las carnes, las grasas, el alcohol y los excitantes de todo género. Hacer una vida lo más higiénica y natural posible. Cultivar la piel mediante los baños de sol, de aire, las fricciones secas y los baños. Esto, aparte del tratamiento antiartrítico que sea pertinente en cada caso.

Como remedio de combatirlos cuando se acerque la época de los fríos y ANTES DE QUE APAREZCAN O A SUS PRIMERAS MANIFESTACIONES (cuando aparecieron y se ulceran ya es inútil este tratamiento), hágase lo siguiente: Cada día, y en dos o tres ocasiones (fuera de la hora de la digestión), introdúzcanse las manos o los pies en agua tan caliente como se pueda resistir durante un minuto; inmediatamente se sumergen en agua MUY FRÍA; otra vez a la caliente y de nuevo a la fría, y así tres o cuatro cambios. Finalmente séquense MUY BIEN, dése una fricción de alcohol de 90 grados y pónganse guantes o calcetines de lana. Esto basta casi siempre para hacerlos abortar, pero no se olvide que conviene, además, hacer un tratamiento general de sus causas y del fondo artrítico que entrañan.

PREGUNTAS: *¿Puede tener hijos una mujer que tiene la matriz como una niña? ¿Qué obras me recomienda para estudiar el hipnotismo?*—Azuaga.

RESPUESTAS: A la primera: Creo que no, si se trata de un infantilismo genital verdadero.

A la segunda: Lea, sobre todo, *Hipnotismo y sugestión*, de Grasset, y la *Sugestión y sus aplicaciones a la terapéutica*, de Bernheim. También puede leer *Hipnotismo e hipnoterapia*, del doctor Julio Camino, y *Cómo se hipnotiza*, del mismo autor.

PREGUNTAS: *El feto humano, mientras está en embrión, ¿recibe sustancias nutritivas del pecho de la madre? ¿El semen del hombre vive mucho tiempo en el aparato genital de la mujer? ¿Por qué la inmensa mayoría de los humanos mueren de noche?*—Una autodidacta.

RESPUESTAS: A la primera: No, señora. La nutrición del embrión se efectúa a través de la placenta por el cordón umbilical y la madre aporta con su propia sangre los elementos nutritivos al feto.

A la segunda: Poco tiempo. En la vagina, sobre todo, por ser un medio ácido, los espermatozoides pierden muy pronto su vitalidad.

A la tercera: Por una sencilla razón. Las energías de los seres vivos siguen una marcha paralela a la del Sol. Son máximas en el mediodía efectivo y mínimas a la madrugada. Por ello los moribundos suelen sucumbir en estas horas en que su energía atraviesa el mínimo de la medianoche efectiva.

Preguntantes cuyas preguntas constituyen consultas y por tanto deben pedir cuestionario si desean tratarse. Señores Argimiro Rodríguez, Maximino G. Capdevila, Angustias, Manuel Núñez, Un comunista libertario de Alicante, Un ansioso de saber, Juan Ponsa, Pepe el Serrano, Un suscriptor de ESTUDIOS, Una madre, Francisco Masip, Miguel Sellés, Luisa Díez, M. Sala, M. V., D. A. y E. R. Rodríguez.

Bibliografía

CLAVE DE LA VIDA Y DE LA SALUD, por Demetrio Salas M. Editorial Nascimento, Santiago de Chile.

Conocíamos ya ventajosamente a Demetrio Salas a través de su magnífico libro *La higiene biológica*, que editó la revista *Helios*, de Valencia. Hemos acogido, pues, esta nueva obra suya como se acoge a un buen amigo con el que nos fuera grato departir.

En efecto; en este libro apreciamos las buenas cualidades que ya hubimos de notar antes. Demetrio Salas se informa muy bien, escribe con precisión y claridad, ama las cuestiones que trata y revela un gran dominio de los problemas capitales de la higiene en sus múltiples aspectos.

En la *Clave de la vida y de la salud* hallamos concretado con supremo arte un verdadero tratado naturológico, en el cual no se olvida ningún detalle para la conservación de la salud y para el embellecimiento de la vida. Tratado que, por la sencillez de lenguaje y por la abundancia de documentación, representa algo de un mérito destacadísimo, y desde luego, una de las obras más completas que sobre tan interesante materia hemos leído.

Naturistas y no naturistas, todos los que realmente amen la vida, deben consultar este utilísimo libro en la seguridad de hallar en él un consejero útil y completo.

HAY NOVEDAD EN EL FRENTE, por Helen Zenna Smith. Editorial Maucci, Barcelona.

Muchos relatos se han hecho sobre la guerra mundial. Relatos para todos los gustos y analizando los aspectos más diversos de la gran tragedia. Pero, hasta ahora, no conocíamos nada que relatara la intervención directa de la mujer en los distintos frentes. Esta novela de Helen Z. Smith viene a suplir ese vacío que se notaba en la literatura de guerra.

Sin cuidarse del mérito literario que sin disputa lo tiene, y bien destacado por cierto, esta obra es interesante por más de un concepto. En primer lugar, el ambiente de los hospitales y ambulancias que es donde más directamente prestó sus servicios la mujer durante la guerra, está muy reflejado en estas páginas. Por otra parte, hay escenas de la bárbara lucha muy bien captadas y superiormente descritas, con un patetismo y una fuerza emocional insuperables. Además, abundan los retratos de mujer admirablemente bien trazados.

Todo esto, unido al interés extraordinario del asunto, hace de *Hay novedad en el frente* una novela de guerra bien lograda que vale la pena ser leída y difundida.

LA ODISEA DE LOS JUDIOS, por S. Valentí Camp y S. Velasco. Ediciones Populares Iberia, Barcelona.

Descartando las razones de oportunidad que abonan la edición de este libro, es preciso hacer resaltar el impulso generoso que ha movido a escribirle a sus autores. De la preparación esmerada de los mismos y de lo admirablemente que han llenado su cometido, no es preciso hablar.

Todo el libro es una magnífica exposición de la odisea trágica de un gran pueblo, víctima desde hace numerosos siglos de un destino horrible, y que ha sabido conservarse, a pesar de todo, y destacar con singular relieve en todos los aspectos de la humana actividad, contribuyendo poderosamente al enriquecimiento del patrimonio común de la cultura y colaborando de modo valioso a la obra civilizadora que la humanidad va realizando levantándose y cayéndose, rodando siempre de la cumbre al abismo para remontarse nuevamente y conquistar cada vez cimas más altas.

La odisea de los judíos, pese a las reducidas dimensiones que da a estos volúmenes Ediciones Populares Iberia, condensa en sí cuanto de interesante puede decirse sobre la materia. O, por lo menos, nos da una idea cabal del asunto y nos impulsa y orienta hacia las fuentes de información en las cuales podamos completar el conocimiento exacto y amplio del tema.

El libro, además, está magníficamente presentado, ilustrado con 52 fotografías alusivas al texto.

Reciban sus autores y editores la expresión de nuestra admiración sincera.

LA SOCIALIZACION DE LA MEDICINA, por el doctor Pedro C. Bianco, Buenos Aires.

El problema de la socialización de la Medicina viene preocupando seriamente a cuantos médicos tienen un conocimiento claro de las cuestiones sociales y a cuantos se preocupan un poco de las corrientes que sigue la humanidad de nuestros días.

No es extraño, pues, que se escriba sobre esa cuestión y que se enfoque el tema desde todos los puntos de vista. El doctor Bianco, al escribir este libro, no sólo ha expresado con claridad y valentía sus opiniones sobre el particular, sino que se ha documentado cuidadosamente y apoya sus observaciones y sugerencias sobre el juicio de numerosos médicos que antes que él se han cuidado de opinar sobre la misma cuestión.

Además, nos sirve una reseña muy completa de lo que en ese orden se ha hecho y se viene haciendo en

todo el mundo civilizado, señalando los aciertos y los puntos flacos de todo ello.

Todo esto, además de la soltura y dominio con que escribe el doctor Pedro C. Bianco, hacen de *La socialización de la Medicina* un libro interesante que sinceramente recomendamos a nuestros lectores.

RAFAGAS, renglones cortos, por Alberto M. Brambila.

Lo que más nos gusta de Brambila es la rebeldía. No tiene desperdicio su labor de pensador y revolucionario; pero lo que más nos simpatiza de él, lo repetimos, es la rebeldía.

En estas ráfagas se nos muestra tal cual es. Sus versos son, sin duda alguna, flojitos en la forma, pero el contenido es bueno. Y atrayente.

Todo el libro se lee sin fatiga y con deleite. Y en muchos puntos, el lector se siente conmovido y subyugado.

¿Qué más puede decirse de un libro de versos no escrito con la pretensión de eclipsar al genio?

BARRO DE LA SIERRA, cuentos, de Jorge Icaza. Editorial Labor, Quito (Ecuador).

Escribe bien Jorge Icaza. Y pone en sus escritos emoción y nervio y nobles inquietudes sociales.

En esta colección de cuentos hemos admirado enseguida la soltura del escritor hecho. Sus descripciones son maravillosas. El dibujo de los tipos, logrado de una vez. La captación y proyección del ambiente, justísimas.

Pero, sobre todo, hay color y fuerza y rebeldía en estos relatos. Se ve que el autor no escribe por escribir. Que sabe que la misión del escritor es algo de más elevada estirpe, de más enjundia que componer páginas para distraer los ocios de los desocupados. Así nos ha parecido a nosotros. En *Barro de la sierra* hay páginas plenas de una rebeldía santa que revelan la fina sensibilidad de Jorge Icaza y la elevación de sus sentimientos. Esto, y su gran dominio del difícil arte de escribir.

MEZCLILLA, por Francisco Sarquis. Editorial Gleba, Jalapa (Veracruz, Méjico).

Indudablemente, esta novela proletaria adolece de errores y revela en el autor poco dominio de la técnica, pero en muchos aspectos tiene categoría de cosa bien lograda.

Hay páginas de una fuerza extraordinaria y personajes bien dibujados. Lástima que al lado de estas páginas se encuentren otras que acusan precipitación y pereza mental en el autor.

De todos modos *Mezclilla* es promesa de algo que no ha llegado a ser pero que revela a un escritor de fuerza, aunque todavía en embrión. Estimulamos a Sarquis a perseverar. Creemos que hay en él un buen escritor, que acabará por encontrar su camino y ofrecernos obras de verdadero mérito.

VIDA Y NATURALEZA, por Helios. Ediciones «Faro». Játiva.

No está mal este folleto como introducción al estudio de las ciencias naturales. El autor, amante de la Naturaleza y regular observador, ha sabido hacer con toda sencillez un trabajo que, dentro de su brevedad, sirve de estímulo al estudio de las grandes leyes de la Naturaleza.

Ediciones «Faro» está haciendo una buena labor con estos folletos, que tiende a fomentar entre los trabajadores el amor al estudio como medio de transformación del hombre.

Como complemento de este folleto vienen unas notas muy interesantes sobre temas diversos, debidas a la pluma de Acracio Progreso, Otto Schwartz, Guillermo Boische y Palmira Luz.

LA INMIGRACION ESPAÑOLA EN MEJICO, por Juan de D. Bojórquez. Edición especial de «Crisol». Méjico, D. F.

Una conferencia muy interesante acerca de la inmigración española en Méjico, en la que el autor, con un dominio perfecto del tema, procura demostrar el amor que los españoles sienten por Méjico y lo que han contribuido al desarrollo cultural, artístico, agrícola e industrial de aquella República.

El trabajo está muy bien documentado y, a nuestro juicio, hecho con acierto.

HAZ, poemas, de A. Martínez Aguilar. Editorial «Boi». Méjico.

No está mal esta colección de poemas. Se ve que el autor tiene condiciones para la poesía. Lo que nos sabe mal es que en una época tan rica como la nuestra en inquietudes de toda índole se invierta un tiempo tan precioso en escribir cosas que, en realidad, sólo interesan, cuando más, a quien las escribe.

Martínez de Aguilar creemos que tiene condiciones para hacer algo más señero que estos poemas recogidos en su libro *Haz*.

H. N. R.

Rusia actual y futura

Por Jorge Fr. Nicolai

Una de las más altas mentalidades de nuestra época, el sabio inquieto y dinámico que es Nicolai, estudia y enjuicia el régimen soviético de una manera acertadísima, como nadie hasta ahora lo había hecho, no desde el punto de vista del partidismo, sino juzgando el hecho revolucionario que ocupa la sexta parte del mundo, desde el punto de vista de su importancia histórica, y de la trascendencia que para la evolución social y para las generaciones futuras representa la creación de una nueva moral y una nueva civilización.

Precio, una peseta.

Una página maestra

Del arte

Upton Sinclair

El arte, como yo lo concibo, es una cosa humana, generosa y noble. Comprenderéis entonces por qué combato con vehemencia toda interpretación del arte que quiera limitarlo o traicionarlo. Odio al gazmoño o al tirano que dice al individuo: «No te está permitido vivir para tu dicha o para el mayor desenvolvimiento de tus propias facultades.» Igualmente detesto al crítico y al teórico del arte que proclaman o sugieren que el arte es una cosa reservada a un grupo restringido de individuos, privilegiados o muy cultivados, y que las grandes obras artísticas no pueden ser ni saboreadas ni comprendidas por el común de los mortales. Odio todas esas escuelas de artistas fantasistas que toman el arte como un medio de hacer valer su propia importancia y producen obras que no pueden ser comprendidas sino por unos pocos y que sirven de prueba para la admisión en un pequeño grupo artístico de *snoobs*.

También desprecio al teórico que nos enseña que el fin del arte está en representar simplemente la realidad, olvidando que la vida es un manantial de creación, del mismo modo que lo es el arte; que a la vez somos criaturas de arte y de vida, y que podemos hacer una vida nueva por el hecho de que nuestras obras de arte darán imágenes nuevas de la vida. No quiero decir simplemente con esto que el artista, por el trabajo que produce, puede ejercer un efecto concreto sobre la sociedad humana... Quiero decir que los grandes artistas crean un tipo humano que no existía en el mundo antes, y que millones de seres humanos se apasionan por ese tipo hasta el punto de intentar imitarlo; dan, por consiguiente, nuevas formas a la realidad, formas que no existían en el mundo antes de salir de la imaginación del gran artista. Así Shakespeare ayudó a la creación de la regla de vida del inglés moderno, haciéndolo más generoso y más abierto que el ser tosco y estúpido que de otro modo hubiera seguido siendo. Igualmente contribuyó Cervantes a la formación del español moderno, haciéndole víctima de las idioteces y de la superstición. Y asimismo Molière preparó al francés moderno con su sentimiento de la risa y su sentido de la realidad.

¡CONTRA EL DÉFICIT!

NOTA DE PEDIDO

Fecha

Sr. Administrador de ESTUDIOS: Sírvase remitirme los libros indicados a continuación, haciendo el envío a las siguientes señas:

Sr. D.
 Calle

Población

Provincia

Forma de pago (1)

Firma,

(1) Si no se quiere o no se puede anticipar el importe, indíquese que se haga el envío a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50 por cada paquete), van a cargo del comprador. Para el extranjero no rige el servicio de Reembolso.

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

CONOCIMIENTOS UTILES EDUCACION E HIGIENE

	En rústica	En tela
El exceso de población y el problema sexual , por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor	10	12
Enfermedades sexuales , por el doctor Lázaro Sirlin. Segunda edición	1	
Medios para evitar el embarazo , por G. Hardy. Segunda edición	3'50	5
La mujer, el amor y el sexo , por Jean Marestan	1	
Educación sexual de los jóvenes , por el doctor Mayoux. Segunda edición	2	3'50
Amor sin peligros , por el Dr. W. Wasoche. Segunda edición	2	3'50
Generación consciente , por Frank Sutor	1	
Embriología , por el doctor Isaac Puente	3'50	5
El veneno maldito , Dr. F. Elosu	1	
Eugénica , por Luis Huerta	2	
Libertad sexual de las mujeres , por Julio R. Barcos. Cuarta edición	3	4'50
El a b c de la puericultura moderna , por el doctor Marcel Prunier	1	
El alcohol y el tabaco , por León Tolstoi	1	
La maternidad consciente. Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza , por Manuel Devaldés	2	3'50
La educación sexual , por Jean Marestan	3'50	5

En rústica En tela

Sexualismo libertario (Amor libre) , por E. Pagán	1	
La educación sexual y la diferenciación sexual , por el doctor Gregorio Marañón	0'50	
Lo que debe saber toda joven , por la doctora Mary Wood	1	2'50
Educación y crianza de los niños , por Luis Khune	0'75	
Camino de perfección , por Carlos Brandt	2	3'50
La expresión del rostro , Luis Khune	18	

NOVELAS - SOCIOLOGIA - CRITICA

Gandhi, animador de la India , por Higinio Noja Ruiz	1'50	3
Como el caballo de Atila , por Higinio Noja Ruiz	5	6'50
La que supo vivir su amor , por Higinio Noja Ruiz	4	5'50
Hacia una nueva organización social , por Higinio Noja Ruiz	2	3'50
El botón de fuego , por José López Montenegro	3	4'50
Un puente sobre el abismo , por Higinio Noja Ruiz	2	3'50
La muñeca , por F. Caro Crespo	1'50	
La desocupación y la maquinaria , por J. A. Mac Donald. Segunda edición	1'50	3
La vida de un hombre innecesario (La policía secreta del zar) , por Máximo Gorki	2	3'50
El año 2000 , por Edward Bellamy	2	3'50
La conquista del pan , por Kropotkin	1'50	3

	En rústica	En tela		En rústica	En tela
Palabras de un rebelde, por Kropotkin...	1'50	3	Los hermanos Karamazow, por Fedor		
Cuentos de Italia, por Máximo Gorki ...	2	3'50	Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas ...	3	4'50
Anissia, por León Tolstoi ...	3	4'50	Ideario, por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas ...	2	3'50
Problemas trascendentales, por Tárrida del Mármol ...	1'10		Crítica revolucionaria, por Luis Fabbri ...	2	3'50
La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo, por Máximo Gorki ...	2	3'50	Ideología y táctica del proletariado moderno, por Rudolf Rocker ...	3	4'50
¿Qué hacer?, por León Tolstoi ...	2	3'50	Los cardos del Baragán, por Panait Istrati.	2	3'50
La educación según la Naturaleza, por Daniel L. Coello ...	4		La Religión al alcance de todos, por R. H. de Ibarreta ...	2	3'50
Poetas y literatos franceses, por Pedro R. Pillier (Gastón Leval) ...	3		Las ruinas de Palmira, por el Conde de Volney ...	2	4'50
infancia en cruz, por Pedro R. Pillier (Gastón Leval) ...	3	4'50	La Internacional Pacifista, por Eugen Relgis ...	1	
La esfinge roja, por Han Ryner ...	3	4'50	Albores, por Albano Rosell ...	3	4'50
También América!, por Campio Carpio.	4		Problemas económicos de la revolución social española, por Gastón Leval.	3	4'50
La montaña, por Eliseo Reclus ...	2	3'50	La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico, por Pierre Ramus ...	3'50	
El arroyo, por Eliseo Reclus ...	2	3'50	La Inquisición en España (ilustrada con diecinueve láminas) ...	1	
Evolución y revolución, por Eliseo Reclus ...	1'50	3	El sacrilego, por José Sampérez Janín ...	3	
El calvario, por Octavio Mirbeau ...	2	3'50	Secretos del Convento, por Sor María Ana de Gracia ...	2	3'50
El imperio de la muerte, por Vladimiro Korolenko ...	2	3'50	Sebastián Roch (La Educación jesuítica), Octavio Mirbeau ...	2	3'50
El dolor universal, por Sebastián Faure ...	3	4'50			
La Etica, la Revolución y el Estado, por Pedro Kropotkin ...	2	3'50			
La vida trágica de los trabajadores, por el doctor Feydoux ...	3'50	5			



BOLETIN DE SUSCRIPCION

(Puede remitirse este Boletín dentro de un sobre abierto, franqueado con un sello de dos céntimos)

Fecha

Sr. Administrador de ESTUDIOS:

Sírvase tomar nota para remitir una suscripción de ESTUDIOS, a partir del número del mes de a las señas abajo indicadas.

Para cuyo efecto, remito en esta fecha el importe anual de pesetas por Giro postal (1).

DIRECCION:

Sr. D.

Calle

Población

Provincia

Firma,

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año (12 números)..... 6'50
Para los demás países: Un año (12 números). 8

Incluido el número Almanaque de 1.º de año.
La suscripción puede empezar en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

(1) Si sus ocupaciones no le permiten hacer el Giro, puede indicar que se le haga el envío del primer número a Reembolso del importe anual (6'50 más 0'50 por el Reembolso, en total 7 pesetas.)

	En rústica	En tela	Plas.
Palabras de un rebelde, por Kropotkin...	1'50	3	0'25
Cuentos de Italia, por Máximo Gorki ...	2	3'50	0'30
Anisía, por León Tolstói ...	3	4'50	0'25
Problemas trascendentales, por Tártrida ...	1'10		0'30
La transformación social de Rusia. Cómo se forja un mundo nuevo, por Máximo Gorki ...	2	3'50	0'25
Qué hacer?, por León Tolstói ...	2	3'50	0'30
La educación según la Naturaleza, por P. Piller ...	4		0'25
Poetas y literatos franceses, por Pedro R. Piller (Gastón Leval) ...	3		0'20
Infancia en cruz, por Pedro R. Piller (Gastón Leval) ...	3	4'50	0'25
La esfinge roja, por Han Ryner ...	3	4'50	0'25
También América!, por Campio Carpio ...	4		0'50
La montaña, por Eliseo Reclus ...	2	3'50	0'40
El arroyo, por Eliseo Reclus ...	2	3'50	0'40
Evolución y revolución, por Eliseo Reclus ...	1'50	3	0'25
El calvario, por Octavio Mirbeau ...	2	3'50	0'30
El imperio de la muerte, por Vladimiro Korolenko ...	2	3'50	0'30
El dolor universal, por Sebastián Faure ...	3	4'50	0'30
La Ética, la Revolución y el Estado, por Pedro Kropotkin ...	2	3'50	0'30
Los hermanos Karamazow, por Fedor Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas ...	3	4'50	0'30
La vida trágica de los trabajadores, por el doctor Feydoux ...	3'50	5	0'75
Ideario, por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas ...	2	3'50	1
Crítica revolucionaria, por Luis Fabbri ...	2	3'50	0'6
Ideología y táctica del proletariado moderno, por Rudolf Rocker ...	3	4'50	0'5
Los cardos del Baragán, por Panait Istrati ...	2	3'50	0'5
La Religión al alcance de todos, por R. H. de Ibarreta ...	2	3'50	0'50
Las ruinas de Palmira, por el Conde de Volney ...	2	3'50	0'50
La Internacional Pacifista, por Eugen Relgis ...	1		
Albores, por Albano Rosell ...	3	4'50	
Problemas económicos de la revolución social española, por Gastón Leval ...	3	4'50	
La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico, por Pierre Ramus ...	3'50		
La Inquisición en España (ilustrada con diecinueve láminas) ...	1		
El sacrilego, por José Sampérez Janín ...	5		
Secretos del Convento, por Sor María Ana de Gracia ...	2	3'50	
Sebastián Roch (La Educación jesuítica), Octavio Mirbeau ...	2	3'50	

FOLLETOS FILOSOFICOS Y SOCIALES

	Plas.
La bancarrota del capitalismo, D. A. Santillán...	1
Origen y desarrollo del trabajo humano, por el profesor G. F. Nicolai ...	1
Rusia actual y futura, por el profesor G. F. Nicolai ...	1
Los principios humanitaristas, por Eugen Relgis ...	0'30
La propiedad de la tierra, por León Tolstói ...	0'30
La Iglesia y la libertad, por Lorurot-Desgranges ...	0'40
La prostitución, por Emma Goldmann ...	0'25
La lucha por el pan, por Rudolf Rocker ...	0'50
La libertad y la nueva Constitución española, por Higinio Noja Ruiz ...	0'30

El militarismo y la guerra ...	0'25
La fabricación de armas de guerra, por Rudolf Rocker ...	0'30
Huelga de vientres, por Luis Bulfi ...	0'25
Las fealdades de la Religión, por Han Ryner ...	0'30
Generación voluntaria, por Paul Robin ...	0'25
Maravilloso el instinto de los insectos ...	0'30
Feminismo y sexualidad, por Julio A. Musárriz ...	0'30
Superpoblación y miseria, por Eugenio Lenicolas ...	0'40
La virginidad estancada, por Hope Clare ...	0'20
El mareo, por Alejandro Krupín ...	0'50
La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann ...	0'20
Entre campesinos, por E. Malatesta ...	0'35
La filosofía de Ibsen, por Han Ryner ...	0'25
¿Qué es el comunismo libertario?, por Ramón Separra ...	0'50
El comunismo libertario (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente ...	0'40
Maternología y puericultura, por Margarita Nelken ...	0'25
Amor y matrimonio, por Emma Goldman ...	0'30
El matrimonio, por Elías Reclus ...	0'30
La libertad, por Sebastián Faure ...	0'30
El sindicalismo, por Anselmo Lorenzo ...	0'30
El sindicalismo revolucionario, por V. Griuelhes ...	0'30
El problema de la tierra, por Henry George ...	0'30
Educación revolucionaria, por C. Cornelissen ...	0'30
Estudios sobre el amor, por José Ingenieros. Segunda edición ...	0'75
El subjetivismo, por Han Ryner ...	1
Juana de Arco, sacrificada por la Iglesia, por Han Ryner ...	0'6
Crañquebille, por Anatole France ...	0'5
La muerte de Oliverio Becaille, por Emilio Zola ...	0'5
Luz de domingo, por Ramón Pérez de Ayala ...	0'50
Infanticida, por Joaquín Dicenta ...	0'50
Urania, por Camilo Flammarion ...	0'50

Colección «Ayer, hoy y mañana»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

Pobres y ricos ...	0'30
La política y los políticos ...	0'30
Democracia, sufragio y parlamentarismo ...	0'30
Periodicos y periodistas ...	0'30
Capital, dinero y trabajo ...	0'30
La guerra ...	0'30
La sociedad actual ...	0'30
Criminales, leyes y juzgadores ...	0'30

CORRESPONSALES ADMINISTRATIVOS DE «ESTUDIOS»

Barcelona.—Unión de Quiosqueros: Barbará, 12.	
Madrid.—Agencia de Distribución: Moratín, 49.	
Sevilla.—José Romero Luquez: Reyes Católicos: Número Quosco.	
Granada.—Manuel Laguna: Zenete, 15.	
Buenos Aires (Argentina).—Fermín Cortés: Uspallata número 1.757.	
Rosario Santa Fe (Argentina).—J. Emilio Núñez: Número Julio, núm. 826.	
Montevideo (Uruguay).—Emilio Huerta: Maldonado, número 1.051.	
Camagüey (Cuba).—Manuel Gaona: Lanceros, 17.	

Medios para evitar el embarazo

Por el Dr. G. HARDY

PRECIO:

En rústica:
3'50 ptas.
Encuadernado en tela:
5 ptas.

Obra utilísima, ampliamente documentada e ilustrada con 39 grabados en el texto, detallando los más modernos y perfectos procedimientos científicos para evitar la concepción no deseada, y los medios anticoncepcionales más eficaces y seguros.—Primera edición española autorizada por el autor, notablemente corregida y puesta al día.—Libro de utilidad excepcional, importantísimo.—Indispensable en todos los hogares cuyos cónyuges deseen orientarse en sus relaciones sexuales para una procreación consciente y limitada, a completa voluntad suya, tanto del hombre como de la mujer.—Esta obra ha merecido los honores de los más duros ataques de la mojigatería francesa, y los más sinceros elogios de los hombres científicos de espíritu libre, médicos, abogados, escritores, artistas, etcétera, habiéndose vendido numerosas ediciones en Francia.

Consultorio Médico de ESTUDIOS

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia de Medicina de Barcelona

Ex médico de la Cruz Roja
Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia.
Descuentos especiales en consultas y tratamientos
a los lectores, enviando el cupón.
Pedid cuestionario.

CONSULTA EN VALENCIA:

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Fuente Dorada, 7, pral. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídase «Cuestionario de preguntas», adjuntando el franco para la contestación.

Dr. Isaac Puente

MÉDICO

Cárcel de ZARAGOZA

A los lectores de ESTUDIOS que acompañen el cupón, 2 pesetas por cada consulta.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Santiago, 43
VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará tres pesetas en la primera consulta, y una peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 por 100 en la primera consulta, y el 25 por 100 en las sucesivas.

ESTUDIOS

CUPON CONSULTA

Núm. 124.—Diciembre 1933

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.